IX 9Marks

¿SOY REALMENTE CRISTIANO?

Prefacio de *Kirk Cameron*

Mike McKinley

¿SOY REALMENTE CRISTIANO?

Mike McKinley

IX 9Marks

"Este libro es verdaderamente importante en el sentido más urgente; un libro que sirve a la causa de Cristo planteando la pregunta más importante que los seres humanos pueden enfrentar, y ayudando a contestarla, nada menos. Estoy agradecido a McKinley por su fidelidad y por la preocupación pastoral que le ha llevado a escribir una obra tan importante".

R. Albert Mohler Jr., Presidente, *The Southern Baptist Theological Seminary*

"Simple, penetrante, excelente, práctico, honesto, directo y pastoral. Si conoces a alguien que se esté cuestionando su conversión —¡o que debería cuestionársela!—, ¡consigue este libro!"

Dave Harvey, cuidado y plantación de iglesias, *Sovereign Grace Ministries*; autor, *Rescuing Ambition* (Rescatando la ambición)

"Mike siempre ha tenido la habilidad de hablar acerca de los aspectos cotidianos y serios de la vida con pasión y profundidad de una manera admirable. Se trata de una gran combinación (y rara al mismo tiempo). Usando estas habilidades en su último libro, utiliza experiencias diarias para explicar verdades espirituales mucho más profundas e importantes en torno al asunto de cómo saber si soy cristiano".

Jackson Crum, Pastor principal, *Park Community Church*, Chicago, Illinois

"¿De verdad existe algo más importante que saber si somos realmente cristianos? La gente tiene diferentes formas de abordar esta pregunta (desde recordar haber 'hecho una oración' hasta tener una tarjeta firmada en la Biblia de una reu-

nión de avivamiento, e incluso asegurar que su 'ficha' está bien guardada en el archivo de alguna iglesia). Examinarnos a nosotros mismos para asegurarnos de que estamos en la fe es mucho más que eso, y McKinley ofrece una buena ayuda para evaluar el corazón. Es un buen material para devocionales, para grupos pequeños, y espero que, para algunos, probablemente se convierta en la primera vez que hayan entendido de verdad el evangelio de Jesucristo".

Greg Gilbert, Pastor principal, *Third Avenue Baptist Church*, Louisville, Kentucky

"No puede haber una pregunta más importante que '¿Soy realmente cristiano?' y Mike McKinley nos ayuda a contestarla con una gran habilidad. Plantea un reto a los cristianos nominales y conforta a los verdaderos creyentes. El estilo de McKinley es accesible, interesante y simple sin ser simplista. Me gusta especialmente cómo nos anima a explorar esta cuestión tan crucial en el contexto de una comunidad cristiana. Si no estás seguro acerca de tu posición ante Dios, o conoces a alguien que no esté seguro, entonces este libro es para ti".

Tim Chester, director, *The Porterbook Institute*; autor, *You Can Change* (Puedes cambiar) y *A Meal with Jesus* (Una comida con Jesús)

"¿Puede haber una pregunta en la vida tan importante como saber si estás a cuentas con Dios (saber si vas al cielo o al infierno)? Estoy seguro de que todas las personas que están ahora en la eternidad —sin ninguna excepción entre los billones allí— afirmarían la urgencia y la prioridad de tener la respuesta a tal pregunta. Por ello, si tienes alguna incertidumbre sobre la respuesta para tu propia situación, deberías leer este libro. Algún día, uno tan real como aquel en el

que llegaste a este mundo, tan real como el día en el que estás leyendo estas palabras, entrarás en otro mundo. Allí permanecerás para siempre. ¿Estás listo? Si no lo estás, este libro te ayudará a comprender cómo la Biblia dice que debemos prepararnos".

Donald S. Whitney, Profesor Asociado de Espiritualidad Bíblica, Decano Asociado Principal de la Escuela de Teología, *The Southern Baptist Theological Seminary*; autor, *How Can I Be Sure I'm a Christian?* (¿Cómo puedo estar seguro de que soy cristiano?)

¿Soy realmente cristiano?

Otros libros de 9Marks en español:

La sana doctrina: Cómo crece una iglesia en el amor y en la santidad de Dios
Bobby Jamieson

La membresía de la iglesia: Cómo sabe el mundo quién representa a Jesús
Jonathan Leeman

La disciplina en la iglesia: Cómo protege la iglesia el nombre de Jesús
Jonathan Leeman

¿Qué es el evangelio?
Greg Gilbert

Miembro saludable de la iglesia, ¿qué significa?
Thabiti M. Anyabwile

El evangelio y la evangelización personal
Mark Dever

Una iglesia saludable – Nueve características
Mark Dever

¿Soy realmente cristiano?

Mike McKinley

IX 9Marks

¿Soy realmente cristiano?
Copyright © 2014 by Mike McKinley

Publicado por 9Marks
525 A Street Northeast, Washington, D.C., 20002, Estados Unidos

Publicado por primera vez en inglés en 2011 por Crossway, 1300 Crescent Street, Wheaton, Illinois 60187, bajo el título *Am I Really a Christian?*

Con agradecimiento a Crossway por la cesión de los derechos

Primera edición en español: 2014
Copyright © 2014 por 9Marks para esta versión española

Esta edición se ha llevado a cabo con la colaboración de Editorial Peregrino

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopiativo, de grabación u otro, sin el permiso previo del que publica.

Traducción: Alejandro Molero
Revisión: Patricio Ledesma
Diseño de la cubierta: Latido Creativo

Las citas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960 © Sociedades Bíblicas Unidas, excepto cuando se cite otra. Usada con persmiso.

ISBN: 978-1-940009-03-2

Impreso en España
Printed in Spain

Para cuatro hombres
que han salido de su camino
para enseñarme lo que significa ser cristiano:

Darryle Owens
Jackson Crum
Mark Dever
y mi padre

Índice

Prefacio de Kirk Cameron 13

Introducción: ¿Es este un libro mal intencionado? 15

Capítulo 1: No eres cristiano
simplemente porque digas serlo 21

Capítulo 2: No eres cristiano
si no has nacido de nuevo 33

Capítulo 3: No eres cristiano
solo porque te agrade Jesús 49

Capítulo 4: No eres cristiano
si disfrutas de pecar 65

Capítulo 5: No eres cristiano
si no perseveras hasta el fin 83

Capítulo 6: No eres cristiano
si no amas a la gente 99

Capítulo 7: No eres cristiano
si amas tus posesiones 115

Capítulo 8: ¿Podré realmente llegar a saber
si soy cristiano? 131

Capítulo 9: Un poco de ayuda de tus amigos 147

Reconocimientos 163

Referencias 164

Índice de citas bíblicas 169

Prefacio

La mayoría de nosotros piensa que es sabio visitar al doctor de vez en cuando para hacernos un examen. Da seguridad confirmar nuestra salud, pero también es un alivio identificar un problema antes de que sea demasiado tarde. No obstante, muchos de los que vivimos en el mundo de la "América cristiana moderna" —y más allá— somos reticentes a la idea de examinar nuestras vidas para ver si la Palabra de Dios confirma la salud de nuestro cristianismo. Esto es precisamente lo que Pablo dijo a los corintios:

> "Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?" (2 Co. 13:5).

La realidad es que el infierno está lleno de personas que profesaron el cristianismo pero que nunca se examinaron a sí mismas. Será demasiado tarde si entramos en la eternidad solo para oír aquellas aterradoras palabras de nuestro Señor:

> "Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mt. 7:23).

Durante mis veinte años de camino con el Señor, siempre he anhelado saber si soy un cristiano verdadero y me he esforzado para entender la relación correcta entre la fe y los fru-

tos de las buenas obras. El problema consiste en pensar que producir los frutos adecuados nos convertirá en el tipo de árbol adecuado. El dueño de cualquier huerto te dirá que el fruto es aquello que un árbol produce de forma natural, lo que simplemente revela la naturaleza del árbol. Si el fruto está en mal estado, podrido, o simplemente no existe, la solución no es colgar frutos de plástico en las ramas.

El "doctor" Mike McKinley nos guiará en este examen. Ten la certeza de que Mike tiene una profunda preocupación por nuestra salud espiritual, hasta tal punto que nos invita a todos a mirarnos en el espejo de la Palabra de Dios para hacernos esta pregunta: ¿Soy realmente cristiano?

Kirk Cameron

Introducción:
¿Es este un libro mal intencionado?

Bueno, aquí estamos, en la introducción. ¡Felicidades por haber navegado con éxito por el índice y haber llegado tan lejos! En este punto, normalmente se hace un poco de introducción, específicamente de uno mismo y del libro. Así que empecemos por ahí.

Este libro pretende convencerte de que tal vez no seas cristiano. Quiero que te hagas la pregunta "¿Soy realmente cristiano?" porque estoy convencido de que hay muchas personas en este mundo que piensan que son cristianas pero no lo son.

Al escuchar esto, podrías ser tentado a preguntar: "¿Qué clase de idiota engreído escribe un libro como este? ¿Quién se deleita en insultar y desilusionar a la gente?" Y, para ser honesto, sí, soy un idiota engreído la mayor parte del tiempo. Puedes preguntar a mis amigos.

Pero si pudieras creerme, he escrito este libro porque realmente quiero ayudar. Nosotros, los que profesamos ser cristianos en el mundo de hoy, tenemos un problema grave. Muchos de nosotros estamos confundidos acerca de una cuestión que es más importante que la vida y la muerte, y esta cuestión es si cada uno de los que decimos ser cristianos lo somos en realidad.

Me explico. Muchas subculturas y grupos son altamente quisquillosos acerca de quién realmente "pertenece". Cuando era más joven, solía pasar el rato con los roqueros punk.

En esos círculos, tuvimos debates interminables acerca de si alguna persona o algún grupo era "verdaderamente" punk. Si no cumplías los criterios correctos o no abrazabas una ideología pura, eras etiquetado de falso, de farsante, un aspirante. En el mundo de la ortodoxia del rock punk, lo peor que te puede pasar es ser tachado de petulante. Pero, en fin, ¿a quién le importa las fronteras del rock punk? El hecho de que la autenticidad del punk esté en orden o no, no tiene implicaciones en el destino eterno de nadie.

Otro ejemplo. Pasa unos días conmigo y descubrirás que soy un gran seguidor de los *Yankees* de Nueva York. Viajo con mi familia para ver al equipo jugar, veo la mayoría de sus partidos en la televisión, nombro mis mascotas como los jugadores de los *Yankees*, y me pongo de mal humor cuando los *Yankees* pierden (lo cual, afortunadamente, no sucede muy a menudo).

Ahora digamos que tú también afirmas ser un gran hincha de los *Yankees*. Sin embargo, mientras hablamos se hace evidente que no has ido a un partido en años. No sabes muy bien quiénes son los jugadores. Acabas de enterarte de las semifinales y quieres formar parte de la gloria de la Serie Mundial. Bueno, no calificarías como un "gran fan de los *Yankees*" en mi libro. Te consideraría más bien un seguidor casual, uno que apuesta por el caballo ganador.

Pero, de nuevo, ¿a quién le importa realmente? Nadie vive o muere por no ser un gran fan de los *Yankees*. Al fin y al cabo, se trata de algo completamente insignificante. No obstante, cambia el tema a si eres cristiano o no, y de repente dejamos el ámbito de lo trivial para nadar en lo profundo. Nada menos que el destino eterno de tu alma está en juego.

Jesús enseñó que el mundo estaba dividido en dos grupos de personas que experimentan dos destinos radicalmente diferentes en esta vida y en la venidera. Aquellos que son sus seguidores recibirán vida abundante ahora y bendiciones eternas en su presencia (Jn. 10:10; Mt. 25:34). Aquellos que

no son sus seguidores malgastarán su tiempo en la tierra y, al final, experimentarán la justa ira de Dios contra sus pecados por toda la eternidad. Amigo, tienes mucho en juego en el hecho de saber si eres realmente cristiano.

Imagina por un momento que todos estamos corriendo en una carrera. Según las reglas de esta carrera, no importa el orden en el que lleguemos, pero es absolutamente esencial que terminemos. No solo eso, sino que nuestro destino eterno depende de si terminamos o no la carrera. Terminar significa gozo eterno. No terminar —por la razón que sea— significa sufrimiento eterno. Sería una carrera muy importante, ¿verdad?

Ahora imagina que, a lo largo de la carrera, vemos gente vestida con pantalones cortos y zapatillas deportivas para correr, pero por alguna razón están sentados a un lado de la carretera. Otras personas están agachadas, quietas como estatuas, tensas, preparadas para la salida. Pero nunca se mueven, sino que simplemente se quedan allí. Algunas personas están dando vueltas en círculos. Otros están corriendo en la dirección equivocada.

Supongamos entonces que nos detenemos a hablar con estos corredores. Inmediatamente, se hace obvio que están convencidos de estar corriendo en la dirección correcta. Dicen que esperan completar la carrera y recibir una recompensa sustancial. Sonríen y hablan de sus sueños acerca de la vida más allá de la meta. El problema es que sabemos que nunca van a terminar la carrera debido a su ritmo o dirección.

Dime: ¿Qué sería lo más amoroso que se puede hacer en este caso? ¿Nos motivaría el amor a ignorar su confusión? ¿Nos motivaría el amor a asentir educadamente y no decir nada? Por supuesto que no. El amor nos obligaría a advertirles, a convencerles, incluso a rogarles que cambien su rumbo.

Ese es el espíritu con el que te ofrezco este libro. Espero

servirte ayudándote a determinar si estás "corriendo tu carrera" en la dirección correcta.

Con esto en mente, aquí presento cuatro aclaraciones. En primer lugar, no creo que sea mejor que tú. Estoy en el mismo lugar que tú. Necesito examinar mi vida al igual que te estoy pidiendo que examines la tuya.

En segundo lugar, este libro está dirigido a personas que dicen ser cristianas o quieren serlo. Si sabes que no eres cristiano —digamos, porque eres un musulmán o un agnóstico o cualquier otra cosa— te invito a seguir leyendo, pero es posible que otros libros sean más útiles para tus preguntas.

En tercer lugar, no creo que yo sea un experto en estos asuntos. No deberías creerte nada solo porque yo lo diga. Después de todo, apenas soy capaz de actualizar mi libreta bancaria. Por el contrario, mi objetivo es mostrarte lo que los expertos han dicho. Quiero ir a la Biblia y ver lo que Jesús y los autores de la Escritura han dicho al respecto. Asumo que, si te consideras cristiano, estarás dispuesto a hacer, creer y responder a lo que la Palabra de Dios dice.

En cuarto lugar, sé que muchas personas que son cristianas auténticas luchan con la seguridad de la salvación. Como pastor, a menudo me encuentro con hermanos y hermanas con conciencias sensibles que sienten cada fracaso y luchan de forma dolorosa. Si esto te describe, entonces es posible que necesites ayuda de algunos amigos a medida que lees este libro. Pídeles que no solo te desafíen, sino que también te animen con la gracia de Dios en tu vida. Si esto no es viable, simplemente salta al capítulo 8, que se describe más abajo.

Aquí es adónde vamos: En el primer capítulo, quiero ver más de cerca lo que Jesús y el apóstol Pablo dijeron acerca de la seriedad de este asunto. Veremos que simplemente decir que uno es cristiano no significa serlo en realidad. En el segundo capítulo, veremos lo que la Biblia dice acerca de lo que constituye a un cristiano "genuino".

En los capítulos 3 a 7, veremos pasajes de la Biblia que nos dan algunos criterios específicos para determinar si no somos cristianos genuinos. En el capítulo 8, consideraremos la cuestión de la seguridad. Después de pasar tanto tiempo en los criterios para determinar si eres o no cristiano —lo cual es realmente el propósito principal de este libro— parece también importante pasar unos momentos pensando acerca de cómo saber si realmente *tú eres* cristiano.

En el capítulo 9, concluiremos examinando el papel de la iglesia local para ayudarte a saber si eres cristiano. De hecho, a medida que lees este libro, espero que lo hagas junto con otros miembros de tu iglesia. Dios nos ha dado iglesias locales para que tengamos hermanos y hermanas en Cristo que nos conozcan bien y que nos puedan ayudar a responder a esta pregunta tan importante.

Ser cristiano significa admitir que eres pecador, y admitir que eres pecador significa admitir que eres propenso al autoengaño. Gracias a Dios que nos ha dado a otros cristianos para ayudarnos a ver las cosas que no podemos ver en nosotros mismos. Por tanto, se podría decir que este libro no es para cristianos individuales. Es un libro para cristianos que están en iglesias. El cristiano que piense que puede hacer el tipo de autoexamen que vamos a hacer en este libro *aparte* de otros miembros de su iglesia local, ha tenido un mal comienzo, y puede que nunca encuentre las respuestas que está buscando.

Bien, lo dicho parece bastante para una introducción. Me alegro de que hayas llegado hasta aquí. Ahora oigamos lo que Jesús dice acerca del tema que nos ocupa.

Capítulo 1

No eres cristiano simplemente porque digas serlo

La bandeja de entrada de mi correo electrónico está repleta de oportunidades de "convertirme en algo". Solo este mes, he recibido mensajes de amigos y correos basura que me ofrecen la oportunidad de convertirme en:

- amigo de alguna persona en Facebook,
- un miembro de Netflix,
- un miembro del Partido Demócrata,
- parte de la liga de fútbol fantasía,
- un seguidor de ESPN.com,
- parte del consejo de administración de una organización,
- el titular de una tarjeta del Banco Central de Nigeria (con diez millones de dólares dentro).

Probablemente no aprovecharé ninguna de estas oportunidades. Ya soy un seguidor de ESPN.com en mi casa, no tengo tiempo para jugar al fútbol fantasía o para ser miembro de un consejo (aunque —ahora que lo pienso— tal vez debería investigar más lo de los diez millones de dólares).

Sin embargo, considera lo que pasaría si accediera a este tipo de ofertas: mi relación con esos grupos sería redefinida, y yo sería claramente un miembro. No habría mucha ambigüedad. Ser miembro de un grupo es cuestión de autoselec-

ción: eliges entrar o eliges salir. Actualmente, tanto Netflix como yo tenemos un buen conocimiento acerca del estado de nuestra relación —o no relación— porque nunca he decidido afiliarme. Pero aquí viene la sorpresa: ser cristiano no es exactamente así.

DIOS CONOCE A LOS SUYOS

Sin duda, hay una gran claridad por parte de Dios en la ecuación. Él no está confundido acerca de quién le pertenece y quién no. En la Biblia leemos que Dios tiene un registro definido de los que recibirán la vida eterna por medio de Cristo. Cuando los setenta y dos discípulos volvieron a Jesús, mareados de su reciente éxito ministerial, Jesús les dice: "No os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que *vuestros nombres están escritos en los cielos*" (Lc. 10:20). En otra parte, Jesús dice a los discípulos: "Yo soy el buen pastor; y *conozco mis ovejas*, y las mías me conocen" (Jn. 10:14). Dios sabe quién es un verdadero cristiano y quién no lo es.

Es por eso que el apóstol Pablo puede hablar de "Clemente también y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están *en el libro de la vida*" (Fil. 4:3). Así también, el apóstol Juan —en su visión del juicio final ante el gran trono blanco— se refiere a un "libro de la vida", que contiene todos los nombres de aquellos que son verdaderamente del pueblo de Dios. Toda persona cuyo nombre *no* aparezca en este libro será lanzada al lago de fuego, mientras que todos aquellos cuyos nombres sí aparezcan, ganarán la entrada a la Nueva Jerusalén (Ap. 20:15; 21:27). Por tanto, Dios sabe quién le pertenece y quién no. Lo tiene muy claro.

TU CAMISETA ESPIRITUAL ESTÁ AL REVÉS

Sin embargo, lo mismo no puede decirse de nosotros. Nosotros no nos vemos a nosotros mismos con tanta claridad. De hecho, es divertido ver cómo nuestra autopercepción está a menudo limitada.

¿Alguna vez te has dado cuenta de que has estado caminando con un pedazo de papel higiénico pegado a tu zapato? ¿O con la camiseta al revés? ¿O con una mancha de salsa de tomate en la mejilla? A mí me ha pasado cada una de estas cosas en un momento u otro. Cuando alguien finalmente tuvo misericordia de mí, y señaló el problema —"¡Oye idiota, llevas la camiseta al revés!"— sentí una sensación de vergüenza de pequeña a moderada. Había estado caminando asumiendo ciertas cosas acerca de mí —tierno, devastadoramente guapo, capaz de vestirme a mí mismo correctamente— pero en ese momento descubrí que la realidad era otra (nada agradable). Todo el mundo a mi alrededor podía ver la verdad sobre mí claramente, pero yo no era consciente.

Recuerdo una ocasión en particular que Dios usó para enseñarme la diferencia —a veces enorme— entre la autopercepción y la realidad. Yo acababa de convertirme en un pastor asistente. Había tenido la oportunidad de dirigir un estudio bíblico para unas doscientas personas en nuestra iglesia. Disfruté de dirigir el coloquio y de responder a las preguntas. Por donde se mirara, el estudio bíblico pareció ir bastante bien.

Al día siguiente estaba sentado en la oficina de un amigo mío llamado Matt, y le pedí que me diera su opinión acerca del estudio de la noche anterior. Él me dijo que también pensaba que había ido bien, y entonces mencionó que estaba sorprendido por cómo había dirigido el grupo. Dijo: "Mike, no me podía creer lo agradable, amigable y concentrado que te veías. Realmente parecía que estabas contento de estar allí, y conectaste bien con la gente. Me sorprendió".

Matt quiso decir esas palabras como un cumplido, pero yo no me las tomé de esa manera. Por eso pensé: ¿Qué quiso decir con que estaba sorprendido? ¡Siempre soy agradable y amigable! ¡Siempre parezco que estoy contento de estar allí! Me enorgullecía de conectar bien con la gente. Después de todo, siempre he sabido que no iba a salir adelante en la vida

por mi gran inteligencia; las personas limitadas como yo tienen que ser agradables y amigables.

Pero Matt no me veía así. Me explicó que, a pesar de que yo le caía bien personalmente, siempre me había percibido como una persona apartada y un poco distante. Para empeorar las cosas, empezó a darme algunos ejemplos muy concretos de las veces que me había observado portándome de esta manera.

Como te podrás imaginar, las palabras de Matt me perturbaron. Tras salir de su oficina, sus palabras dieron vueltas una y otra vez en mi mente. Finalmente, llegué a la conclusión de que él estaba loco. O si no estaba loco, por lo menos estaba siendo demasiado crítico. A pesar de que Matt era un amigo de confianza —que me había conocido por diez años— yo estaba convencido de que mi percepción de mí mismo era correcta y que la percepción de Matt estaba equivocada.

Ese día fui a almorzar con Steve, otro miembro de la iglesia. No conocía a Steve muy bien en esa época, pero en el curso de su relación con la iglesia, él había tenido muchas oportunidades de observarme en acción. Mientras comíamos, le comenté a Steve los detalles de mi conversación anterior con Matt. Cuando terminé, le pregunté si estaba de acuerdo. Yo no era realmente una persona apartada y distante, ¿verdad?

Para mi gran sorpresa, Steve asintió furiosamente con la cabeza. Con la boca llena de enchiladas, dijo: "Así es, absolutamente. Eres así. Distante... Me gusta. Es una buena palabra para describirte". Luego compartió en detalle por qué pensaba que yo era así. Cuando mi almuerzo con Steve terminó, estaba convencido de que él y Matt estaban en lo cierto acerca de mí.

Estaba devastado. Mi percepción de mí mismo había sido ridículamente imprecisa. Estaba seguro de que era el Sr. Amistoso, pero todo el mundo pensaba que era el Sr. Distan-

te e Intimidante. ¿Cómo pude haber estado tan completamente ciego a la verdad acerca de mí mismo? ¿Alguna vez te has sentido así?

LA ÚNICA OPINIÓN QUE IMPORTA

En Mateo 25, Jesús nos habla de un grupo de personas que vienen a darse cuenta de la verdad acerca de sí mismas cuando ya es demasiado tarde. Jesús prepara el escenario para un relato desgarrador de cómo será el juicio final:

> "Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; entonces apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos" (Mt. 25:31-32).

Las ovejas aquí representan al pueblo de Dios, los verdaderos seguidores de Cristo, los cuales son elogiados por su maestro y dirigidos al "reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mt. 25:34). ¡Este es el destino que queremos!

A los cabritos —por el contrario— no les va bien en absoluto. Escucha lo que Jesús les dice:

> "Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna" (Mt. 25:41-46).

Hay muchas cosas que podríamos decir acerca de este pasaje, por lo que vamos a volver a él en el capítulo 6. Pero es importante que ahora veamos dos cosas. En primer lugar, cada uno de los que se reunieron ante ese trono se consideraba a sí mismo cristiano o —al menos— digno de la aprobación de Cristo. Cuando Jesús enfrentó a los cabritos con su destrucción eterna, ninguno levantó la mano y dijo: "¡Tienes razón Jesús! Era yo quien estaba equivocado. Siempre dije que no existías. Nunca creí en ti. ¡Nunca debí haber decidido rechazarte!"

Ninguno de ellos se opuso conscientemente a Jesús. De hecho, cuando oyeron el veredicto de Jesús, parecían pensar que tuvo que haber habido algún error. Todos ellos se presentaron para el gran evento esperando recibir una recompensa de Jesús. Pero estaban terriblemente equivocados. Estaban autoengañados. No vieron su propio estado claramente, y su ceguera les costó todo.

En segundo lugar, fíjate que Jesús mismo es el juez. Él dirige a la gente a la vida eterna o al castigo eterno. Las naciones reunidas delante de él no toman esa decisión. No hay nada que puedan decir o hacer para que él cambie de opinión. Lo único que importará en ese último día será lo que Jesús diga en cuanto a si eres uno de los suyos.

Cuando te presentes ante Jesús —tu juez— de nada servirá cualquier evidencia que presentes. Podrás señalar todas las veces que repetiste "la oración del pecador", o la ocasión en la que pasaste adelante, o tu bautismo, o la otra vez que fuiste bautizado en caso de que la primera vez no hubiera valido, o los campamentos juveniles a los que fuiste, o los viajes misioneros en los que participaste. Si en ese momento final Jesús no te mira y te dice: "Eres una de mis ovejas" o "Me perteneces", nada de lo otro importará. No podrás discutir el veredicto con el Juez. Jesús mismo dijo en el Sermón del Monte:

> "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mt. 7:21-23).

¿Puedes ver lo que Jesús está diciendo? Es posible que creas honestamente que eres un seguidor de Cristo, pero que en realidad no lo seas. Es posible que le digas: "Señor, Señor", y aun así que nunca entres en el Reino de los cielos. Simplemente, el hecho de marcar una casilla y llamarte a ti mismo cristiano no significa que realmente seas cristiano.

Recientemente, se creó un sitio web donde la gente podía firmar con su nombre y públicamente "declarar su fe en el Señor Jesucristo". Supongo que está bien si lo haces como pasatiempo. Pero Dios no hará una búsqueda en este sitio web en el día del Juicio. Es su evaluación de ti la que en definitiva importa, no la tuya. Como dijo Jesús, solo aquellos que hacen la voluntad del Padre en el cielo son realmente cristianos. Todos los demás escucharán a Jesús decir: "Apartaos de mí".

UNA DESAGRADABLE SORPRESA

Sé que lo que estoy diciendo es diferente a lo que muchas iglesias enseñan en estos días. En su bien intencionado deseo de hacer que las buenas nuevas de Jesús estén a disposición de todo el mundo, muchas iglesias hacen que la decisión de seguir a Jesús sea demasiado fácil. Todo gira en torno a la *decisión*. Solo *di* que quieres ser cristiano, y ya lo eres. Ora con estas palabras. Firma esta tarjeta. Sigue estos pasos. ¡Listo! ¡Ya eres cristiano! Fin de la historia. Caso cerrado. ¡Bienvenido al cielo!

Es cierto que necesitamos tomar la decisión de seguir a

Jesús. Pero una decisión genuina debe ir seguida por la decisión diaria de *seguir* a Jesús. Jesús no pensó que era suficiente con identificarte superficialmente con él. Ser su seguidor implica más que una profesión de fe. Mi temor es que muchas iglesias han animado a la gente a esperar que algún día Jesús les diga: "Bien hecho, siervo fiel". Pero —de hecho— le oirán decir: "Apártate de mí". Estas personas descubrirán la verdad solo cuando ya sea demasiado tarde.

¿Es posible que tú pudieras ser una de estas personas? ¿Es posible que no seas realmente cristiano? ¿Cómo puedes estar seguro?

JESÚS NO ES WILLY WONKA

Hay que admitir que estamos ante un tema complicado, y hay un montón de maneras en las que nuestro pensamiento podría estar mal. Pero tenemos que tener especial cuidado con no entender mal el carácter de Jesús.

¿Te acuerdas de la película clásica de 1971 llamada *Willy Wonka y la fábrica de chocolate*? (Estoy hablando del antiguo protagonista Gene Wilder, no del nuevo protagonista Johnny Depp). Después de que nuestros héroes Charlie y el Abuelo Joe hubieran sobrevivido a un arduo viaje por la Fábrica de Chocolate Wonka, ambos fueron a recibir el gran premio que les había sido prometido: un suministro de por vida de chocolate Wonka. Pero hay una sorpresa al final. Willy Wonka —el dueño de la fábrica— le niega a Charlie el premio basándose en un tecnicismo. La escena es la siguiente:

> **Abuelo Joe**: ¿Sr. Wonka?
>
> **Willy Wonka**: Estoy extraordinariamente ocupado, señor.
>
> **Abuelo Joe:** Solo quería preguntar acerca del chocolate. El suministro de por vida de chocolate... para Charlie. ¿Cuándo lo obtendrá?
>
> **Willy Wonka**: No lo obtendrá.

Abuelo Joe: ¿Por qué no?

Willy Wonka: Porque rompió las reglas.

Abuelo Joe: ¿Qué reglas? No vimos ninguna regla. ¿Verdad, Charlie?

Willy Wonka: ¡Está equivocado señor! ¡Equivocado! En la sección 37B del contrato firmado por él, se afirma con toda claridad que todas las ofertas se anularán y quedarán sin efecto si, y lo puede leer usted mismo en esta copia fotostática: *Yo, el abajo firmante, perderé todos los derechos, privilegios y licencias, etc., etc... Fax mentis incendium gloria cultum, etc., etc... ¡Memo bis punitor delicatum!* Todo está ahí, en blanco y negro, ¡claro como el agua! Robaste bebidas gaseosas. Te golpeaste con el techo que ahora tiene que ser lavado y esterilizado, por tanto, ¡no obtendrás nada! ¡Perdiste! ¡Buenos días, señor!

Abuelo Joe: Usted es un ladrón. ¡Es un tramposo y un estafador! ¡Eso es lo que es! ¿Cómo ha podido hacer una cosa así, aumentar las esperanzas de un niño pequeño y luego romper todos sus sueños en pedazos? ¡Es un monstruo inhumano!

Willy Wonka: Dije: "¡Buenos días!"[1]

Aquí está el malentendido del que hay que protegerse: Jesús no es como Willy Wonka. Nuestro Dios no es un Dios que se complazca en mantener a la gente en las tinieblas, solo para destrozarles los planes en el último minuto y negarles los beneficios que prometió. Dios no es un avaro que busca retener las bendiciones por un tecnicismo.

En cambio, Dios se deleita en salvar a su pueblo. Jesús dice que "vino a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Lc. 19:10). Es por eso que él vino a la tierra, para salvarnos de nuestros pecados. Si él no hubiera querido salvarnos, no habría venido, en primer lugar. Jesús no es un tramposo. No es un estafador. No es un monstruo inhumano. Nada podría estar más lejos de la verdad.

Además, Jesús, por pura gracia, nos ha dado una guía extremadamente clara acerca de quién realmente le pertene-

ce. En los versículos anteriores al pasaje que leímos hace un momento —en el que Jesús indica que va a decir a algunos que se aparten de él— él explica que "por sus frutos los conoceréis" (Mt. 7:20). En los versículos que siguen a este mismo pasaje, nos da una ilustración de un hombre que oye las palabras de Jesús y "las hace", siendo un hombre prudente, que edifica sobre la roca sólida. En cambio, el hombre que oye las palabras de Jesús, pero "no las hace", es como un hombre insensato que construye sobre la arena (Mt. 7:24-27). No hay cláusulas escondidas aquí. Jesús está buscando —sencillamente— a aquel "que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mt. 7:21).

¡EXAMÍNATE A TI MISMO!

El mero hecho de que Jesús nos hable acerca del peligro en el que estamos es prueba de su amor y misericordia. Él nos ha dado estas advertencias y quiere que les prestemos atención. Sus palabras deberían resonar en nuestras almas como una alarma de incendio. Sus alertas tienen el propósito de ayudarnos a llegar a ese último día sin que nos engañemos a nosotros mismos.

Por las mismas razones, el apóstol Pablo instruye a la iglesia en Corinto: "Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos" (2 Co. 13:5). El apóstol Pedro —del mismo modo— instruye: "Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 P. 1:10-11). Pablo y Pedro amaban a las personas que iban a leer sus cartas, por lo que les advirtieron que examinaran con cuidado sus vidas antes de que fuera demasiado tarde.

Esto es lo que espero hacer a lo largo de este libro. Quiero ver algunos lugares de la Escritura donde Jesús nos dice exactamente sobre qué base podemos *examinarnos a nos-*

otros mismos para ver si estamos en la fe. Idealmente, esto debe hacerse en el contexto de una iglesia local. Debido a que no siempre somos los mejores jueces de nuestras propias vidas y conductas, es sumamente importante contar con cristianos sabios y honestos a nuestro alrededor que nos puedan ayudar a ver las cosas que no podemos ver por nosotros mismos. Por tanto, encuentra a alguien en tu iglesia —¡o tal vez encuentra una iglesia!— y pídele que te acompañe en este viaje. No obstante, primero tenemos un poco más de trabajo de campo por hacer.

CÓMO RESPONDER

Reflexiona:

- ¿La advertencia de Jesús en Mateo 7:21-23 te hace sentir incómodo? ¿Por qué?

- ¿Por qué crees que no es suficiente decir que eres cristiano?

- ¿Alguna vez has examinado tu vida para ver si realmente eres cristiano? Si no, ¿por qué no? Si es así, ¿qué criterios utilizaste? ¿Qué concluiste?

Arrepiéntete:

- Pide a Dios que te perdone por las formas en que has estado indebidamente confiado acerca de tu estado espiritual.

- Piensa en una forma en que podrías crecer en humildad y aprender a no confiar siempre en tu propia percepción de las cosas.

Recuerda:

- Piensa en 2 Corintios 5:21: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”.

- Nunca serás lo suficientemente justo como para agradar a Dios. Pero —menos mal— la justicia perfecta de Cristo llega a ser nuestra cuando nos acercamos a él con fe. ¡Alabado sea Dios por estas buenas noticias!

Informa:

- Habla con un líder o amigo de tu iglesia y pídele que te dé una opinión honesta y regular sobre lo que ve en tu vida espiritual.

Capítulo 2

No eres cristiano si no has nacido de nuevo

Si voy a tratar de convencerte de que es posible que no seas cristiano, parece que tenemos que definir qué significa la palabra *cristiano*. Literalmente, la palabra *cristiano* significa "un seguidor de Cristo". Según Hechos 11, la etiqueta se utilizó por primera vez en la ciudad de Antioquía —en el siglo primero— para describir a los hombres y mujeres que se habían unido al pequeño grupo de seguidores de Jesús. Era probablemente un término de burla, pero los miembros de la Iglesia primitiva llegaron a adoptarlo y lo utilizaban para describirse a ellos mismos. El apóstol Pedro usó la palabra cristiano en su primera carta para indicar que sus lectores eran verdaderos seguidores del Señor. Él escribe allí: "Pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello" (1 P. 4:16).

Detallándolo un poco más, un cristiano es alguien que ha escuchado la palabra del evangelio, las buenas nuevas acerca de Jesús, y ha respondido confiando en Jesús para salvación y declarándolo como Señor. En pocas palabras, un cristiano cree que:

1. Somos pecadores, completamente merecedores de la condenación de un Dios santo que odia todo pecado y maldad.

2. Dios —en su misericordia— tomó forma humana en la persona de Jesús y vivió la vida perfecta de obediencia a Dios que nosotros deberíamos haber vivido.
3. Él dio su vida en la cruz para soportar el castigo por nuestros pecados y fue resucitado de entre los muertos en victoria y gloria como el Rey prometido de Dios.
4. Todo aquel que se vuelve a Jesús en arrepentimiento y fe está completamente perdonado y es adoptado en la familia de Dios.

Tristemente —sin embargo— parece que el término *cristiano* comenzó a perder significado incluso antes de que la tinta de la carta de Pedro se secara. A lo largo de las Epístolas del Nuevo Testamento, los apóstoles invierten una cantidad sorprendente de tiempo advirtiendo contra los falsos maestros y los miembros inconstantes de la iglesia, muchos de los cuales —sin duda— se hacían llamar cristianos.

Hoy en día se utiliza el término como adjetivo para describir todo tipo de cosas que tienen poco que ver con el seguir a Cristo. Un minorista en Internet anuncia: "Accesorios cristianos para automóviles", "Bolsas cristianas grandes" y "Afganos cristianos". La conexión entre el uso que Pedro da a cristiano y las alfombras de goma para automóviles no está muy clara para mí. Pero, ¡el negocio es el negocio!

También somos promiscuos con nuestro uso del término como sustantivo. Lo usamos como una categoría predeterminada para indicar que alguien no es judío ni musulmán. O lo usamos para referirnos a personas famosas que fueron criadas en una cultura de iglesia, tales como las estrellas virginales del pop, solo porque tuvieron sus inicios cantando en la iglesia (entiéndase Britney Spears, Jessica Simpson y luego Clay Aiken). Después, cuando sus pantalones cortos se hicieron demasiado cortos y sus vidas se volvieron intolerablemente escandalosas, empezamos a tener nuestras dudas. Tal vez no eran realmente cristianas, para empezar. Quizá

eran así porque eran del sur de los Estados Unidos. A veces puede ser difícil notar la diferencia. Entonces, ¿qué significa ser cristiano?

UNA PRIMERA DEFINICIÓN

Podríamos cortar esta manzana de varias maneras. Sin embargo —para nuestros propósitos— me gustaría sugerir esta definición: *un cristiano es alguien que ha recibido el nuevo nacimiento como un don gratuito de Dios.*

Ciertamente podríamos decir más. Podríamos enmarcar nuestra definición mediante el uso de diferentes categorías teológicas como la adopción —"un cristiano es un hijo de Dios"— o la justificación ("un cristiano es alguien que ha recibido una posición digna ante Dios"). Pero quiero abordar este tema a través de la óptica de la regeneración, y por eso voy a hablar de "nacer de nuevo" o recibir "el nuevo nacimiento", dos frases que usaré de manera indistinta. En este capítulo, voy a desarrollar esta definición y a clarificar algunas cosas acerca de lo que significa ser cristiano con cinco preguntas.

¿QUÉ ES EL NUEVO NACIMIENTO?

Jesús habla por primera vez del nuevo nacimiento en el tercer capítulo del Evangelio según Juan. Ese es el mejor lugar para comenzar:

> "Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal de los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y

> del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu" (Jn. 3:1-8).

Sin duda, esta no fue la conversación que Nicodemo esperaba tener con Jesús. Sabía que había algo diferente en Jesús, y que Jesús parecía tener la clave para la venida prometida del Reino de Dios. Pero, ¡él no estaba esperando esto! Al fin y al cabo, Nicodemo era un maestro de Israel. Pudo no haber sido tan popular como Jesús, pero tenía un puesto entre la élite religiosa. Fue a Jesús buscando la pieza que faltaba, lo que necesitaba para llegar a la cima.

Pero la prescripción de Jesús era como un consejo para remodelar una cocina con dinamita. Este no es el estilo que usa el psicólogo Dr. Phil[1] para dar "¡Cinco consejos para ser un mejor tú!". No, Jesús le dijo que tenía que empezar otra vez desde el principio —o sea— ¡nacer de nuevo! A pesar de que Nicodemo era un modelo de devoción y rigor religioso, necesitaba una vida totalmente nueva, un nuevo nacimiento.

Te puedes imaginar la confusión de Nicodemo. Probablemente estaba un poco nervioso por acercarse a Jesús. Jesús había convertido el agua en vino, había volcado mesas en el templo y había dicho cosas como: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Jn. 2:19). Jesús no tenía miedo de decir cosas que no tuvieran sentido para la mayoría de las personas que le rodeaban. Pero ahora le dice a Nicodemo que para entrar en el Reino de Dios, debía nacer de nuevo.

El pobre hombre claramente no lo entendía. Cuidadosamente, presionó a Jesús para obtener más detalles: "Jesús, tú sabes que eso es imposible, ¿verdad? Las personas mayores no nacen por segunda vez. Ese tipo de cosas pasan una sola vez".

Así que Jesús aclaró a qué se refería. No estaba hablando de una renovación física, sino de ser "nacido del Espíritu". Nicodemo necesitaba una vida espiritual totalmente nueva. Necesitaba lo que los teólogos llaman "regeneración", un renacimiento mediante el cual la persona espiritual vieja da paso a una nueva.

Si Nicodemo necesitó nacer de nuevo en aquellos días —cuando Jesús caminaba por la tierra— entonces tú y yo necesitamos nacer de nuevo hoy para ver el Reino que Jesús trajo. Recuerda nuestra definición de un cristiano: un cristiano es alguien que ha recibido el nuevo nacimiento como un don gratuito de Dios. Esto es lo que separa al cristiano del resto del mundo; el cristiano ha recibido nueva vida espiritual de Dios.

¿POR QUÉ ES NECESARIO EL NUEVO NACIMIENTO?

Aunque Jesús fue muy claro con Nicodemo acerca de su necesidad de la regeneración, no le dijo por qué necesitaba esta nueva vida, lo cual puede parecer extraño. La sugerencia de que un líder religioso respetado necesitara una renovación espiritual radical seguramente habría sido escandalosa. ¿Por qué era necesario un nuevo nacimiento?

De hecho, Jesús le dio a Nicodemo una pista. Nicodemo había preguntado cómo estas cosas podían ser posibles, a lo que Jesús respondió: "¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?" (Jn. 3:10). Jesús pensó que Nicodemo tenía información suficiente de las Escrituras del Antiguo Testamento para ser capaz de entender lo que estaba diciendo. El Antiguo Testamento —el cual Nicodemo habría conocido muy bien— estaba lleno de indicios de que solo una transformación tan radical era tanto necesaria como prometida por Dios.

Hay dos cosas de las que Nicodemo debía haberse dado cuenta. En primer lugar, el Antiguo Testamento habla de

todos los seres humanos como seres que viven en una terrible situación espiritual. Algunos ejemplos:

- El Rey David acusa a los enemigos de Dios: "Porque en la boca de ellos no hay sinceridad; sus entrañas son maldad, sepulcro abierto es su garganta, con su lengua hablan lisonjas" (Sal. 5:9).
- Pero no es solo un grupo determinado de personas las que son enemigas de Dios. Todo ser humano que ha vivido ha sido un enemigo de Dios. David escribe acerca de la condición humana: "Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios. Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno" (Sal. 14:2-3).
- Dios incluso dice que su pueblo escogido —Israel— tiene corazones de piedra (Ez. 36:26). Los corazones de piedra no funcionan muy bien. Una persona con un corazón de piedra está muerta; es insensible e inconsciente.

Cuando se junta todo, el panorama es sombrío y no hay esperanza. Los seres humanos no están espiritualmente heridos; estamos espiritualmente muertos. No es solo que no estamos dispuestos a agradar a Dios; es que no podemos agradar a Dios. Nicodemo no había leído al apóstol Pablo, por supuesto. Pero para que este tema quede claro para nosotros, vale la pena notar lo que Pablo recogió del Antiguo Testamento acerca de nuestra terrible condición espiritual:

- En un lugar escribe: "Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios" (Ro. 8:7-8).
- Y en otro lugar: "Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en

> los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás" (Ef. 2:1-3).

Una automejora personal no es la solución para este tipo de problemas. Hace falta un cambio radical.

Aprendí algo sobre la diferencia entre estos dos tipos de soluciones cuando compré mi vivienda actual. Mi esposa y yo compramos nuestra casa durante el auge inmobiliario en el norte de Virginia. El vecindario era estratégico para los propósitos del ministerio, y tenía bastante espacio para la familia y los amigos. Incluso, podíamos costearlo —casi—, lo cual era algo inaudito en aquel momento. De hecho, era la casa perfecta… excepto que parecía que en ella se hubiese rodado una película de terror realmente violenta.

Durante los años siguientes llevé a cabo la tarea de limpiar la casa. Retiramos los animales muertos del jardín trasero. Derribamos algunas paredes. Otras las lavamos con fosfato trisódico para eliminar la nicotina que se había acumulado en décadas. Tapiamos varias puertas y reemplazamos algunos suelos. Pero durante todo ese tiempo, sabía que al final iba a tener que lidiar con el vestidor del dormitorio principal.

Las canaletas ubicadas encima de esta pequeña habitación habían permanecido obstruidas por décadas y, con el tiempo, el revestimiento, el aislamiento, y las paredes de yeso se habían podrido. Una mañana, nuestro perro Jeter estaba aburrido en el jardín y cavó un agujero en la pared. Cuando mi esposa entró en el vestidor para prepararse, vio al perro mirándola asomado desde el exterior.

Llegados a este punto, por supuesto, tuve que hacer un esfuerzo y tomar medidas. Un amigo vino a ayudarme y, en el transcurso de muchos fines de semana de verano, reconstruimos el vestidor. Tuvimos que sacar todos los clavos, ya que estaban deteriorados. También tuvimos que sacar todas

las paredes de yeso, porque estaban destrozadas y llenas de moho. Cada trozo de aislante se fue a la basura, junto con los revestimientos y las molduras. El vestidor quedó reconstruido por completo. No quedó nada del original, ya que nada hubiera servido en absoluto en una casa decente y sin infecciones.

Ese vestidor presenta una imagen sombría de nuestra condición espiritual. No es que estemos dañados por el pecado; hemos sido absolutamente destruidos por él. No somos simplemente como un tablero que se ha soltado y que necesita un par de clavos. Somos como un vestidor que está tan podrido que cada trozo tiene que ser reemplazado. Nicodemo debería haber sabido esto al leer la historia de Israel en el Antiguo Testamento.

En segundo lugar, Nicodemo tendría que haber sabido —por su conocimiento del Antiguo Testamento— que Dios había prometido solucionar este terrible problema. Dios no se limita a señalar nuestra condición miserable y dejarnos ahí. Él promete intervenir y salvarnos. Como dijo a través de Ezequiel: "Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra" (Ez. 36:26-27). Dios mismo haría que su pueblo viviera dándoles su Espíritu.

Así que cuando Jesús entró en escena y le dijo a Nicodemo que necesitaba una vida completamente nueva obrada por el Espíritu de Dios, su reacción debería haber sido: "¡Esto es lo que hemos estado esperando todo este tiempo! ¡Esto es lo que necesitamos!"

¿CÓMO SE OBTIENE EL NUEVO NACIMIENTO?

Pero Nicodemo no estaba pensando en esto. Él esperaba una puesta a punto espiritual, un trabajo de pulimento. En cam-

bio, lo que Jesús le recetó fue nada menos que una cirugía radical de corazón, lo que llevó a Nicodemo a un estado de confusión total. Fíjate, Jesús incluso tuvo que decirle: "No te maravilles", como si tuviera que cerrar la boca abierta de Nicodemo.

Probablemente te sientas identificado con su perplejidad. Nicodemo sabía que no podía "nacer de nuevo" por sí mismo. Efectivamente, Jesús indicó que tal hecho era la obra del Espíritu de Dios, y que el Espíritu actuaba libremente según su voluntad, como el viento sopla de donde quiere y a donde quiere. Entonces, ¿qué se suponía que debía hacer Nicodemo? ¿Cómo podría obtener el nuevo nacimiento espiritual que necesitaba tan desesperadamente?

La mala noticia —que Nicodemo vio claramente— es que las personas no pueden hacer nada para conseguir este nuevo nacimiento. Es completamente imposible. Pero la buena noticia —que Jesús pasaría mucho tiempo explicando a lo largo de su ministerio— era que él había venido a hacer posible este evento tan extremadamente imposible.

A través de su vida, muerte y resurrección, Jesús aseguró nueva vida para su pueblo. Dios, en su misericordia, aplica esa obra de Jesús a nuestras vidas, dándonos vida nueva mediante su Espíritu. En 1 Pedro 1:3-4, el apóstol reflexiona acerca de lo que Dios ha hecho por nosotros:

> "Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros".

La regeneración es un acto unilateral de Dios. Dios hace la obra de misericordia. Dios nos da vida. Nosotros simplemente recibimos su regalo.

¿CUÁL ES EL RESULTADO DE HABER NACIDO DE NUEVO?

Cuando Dios hace su obra maravillosa de regeneración en una persona espiritualmente muerta, siempre produce resultados. En Hechos 16:14 leemos acerca de la obra de Dios en la vida de una mujer llamada Lidia. Lucas escribe: "Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía". El Señor actuó en el corazón de Lidia, y Lidia prestó atención a la predicación del evangelio de Pablo y respondió con fe. Así es como funciona el nuevo nacimiento.

La Biblia llama a este resultado "conversión". El regalo de Dios del nuevo nacimiento siempre tiene un efecto en nuestras vidas. Nos cambia; nos convierte de una forma de vida a otra. El Espíritu de Dios no nos vivifica y luego nos deja solos, sino que nos da una fe nueva, unos afectos nuevos y unos deseos nuevos. La nueva vida que tenemos por el Espíritu de Dios produce un cambio en nosotros. Nos hace pasar de nuestro amor al pecado a volvernos a Cristo en confianza y fe. Así que él actúa primero, y después nosotros.

Se trata de algo radical. No es como cambiar tu marca de desodorante; es una alteración total de tu estado espiritual. Es un cambio de lealtades cósmicas. Pablo lo dice de esta manera: "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo" (2 Co. 5:17-18). Si estás en Cristo, si has nacido de nuevo, entonces eres es una criatura totalmente nueva.

Ahora, tenemos que tener cuidado —una vez más— con los malos entendidos. Mientras que el cambio interno de nuestra naturaleza puede ser radical e inmediato, los cambios en algunas de nuestras actitudes y comportamientos externos pueden

manifestarse con mayor lentitud. La regeneración no quita inmediatamente todo el pecado que mora en nosotros. La Biblia es realista. Incluso el apóstol Pablo —cuya conversión fue repentina y drástica— admitió luchar contra el pecado durante toda su vida (*cf.* Ro. 7:15).

Pero donde quiera que el Espíritu de Dios dé nueva vida, siempre habrá transformación, a pesar de que el cambio pueda ser lento en algunas ocasiones. Este es el punto clave que tienes que entender. La transición desde el reino de las tinieblas a la luz admirable de Dios (1 P. 2:9) marcará una diferencia en la vida de una persona.

Por ejemplo, Pablo enumera algunos de los frutos visibles que el Espíritu de Dios producirá en las emociones, las conductas y las actitudes de los creyentes: "El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos" (Gá. 5:22-24). Tal fruto es el resultado de la misericordiosa obra del Espíritu Santo en nuestras almas.

¿CÓMO PUEDES SABER QUE HAS NACIDO DE NUEVO?

Finalmente, aquí está la gran pregunta: ¿Cómo puedes saber que has nacido de nuevo? La regeneración —después de todo— no suele ser llamativa. No se manifiesta con luces de neón. No te crea una aureola sobre la cabeza. No te da superpoderes o capacidades especiales para resolver problemas complejos de trigonometría. En otras palabras, no siempre es fácil decir quién ha recibido el regalo de la regeneración.

Pero esto no quiere decir que no haya ninguna manera de examinarte a ti mismo para ver si realmente has nacido de nuevo. Debes más bien buscar el fruto. Puede que las alarmas no se apaguen en el momento de la regeneración, pero el nuevo nacimiento siempre resulta en un cambio de vida. Es un acto invisible de Dios que solo puede verse en los cam-

bios de actitudes, pasiones y deseos de los cristianos. El Espíritu siempre produce fruto en la vida de la gente que vivifica.

Una vez más, no me cansaré de enfatizar que este importante proceso de autoexamen solo puede hacerse correctamente en el contexto de una iglesia local fiel. Necesitas a otros cristianos que estén comprometidos con tu salud espiritual. Ellos son los que van a ser capaces de llegar a conocerte e identificar el fruto del nuevo nacimiento en tu vida. Si eres propenso al desaliento y a la autocondenación, ellos podrán alentarte. Si eres —¡como yo!— propenso a una visión inflada de ti mismo, ellos dejarán salir un poco de aire fuera de tu burbuja por tu propio bien.

CINCO COSAS QUE TODOS LOS CRISTIANOS TIENEN

¿Cuál sería una evidencia fiable de la regeneración? En los próximos capítulos detallaré cinco cosas que siempre acompañan a la verdadera conversión según la Biblia. Si tienes estas cosas, tendrás evidencia firme de la obra regeneradora de Dios en tu vida. Si estas cosas están ausentes, tienes razones para estar preocupado.

- *Creer en la verdadera doctrina*. No eres cristiano simplemente porque te agrade Jesús.
- *Odiar el pecado en tu vida*. No eres cristiano si disfrutas de pecar.
- *Perseverar en el tiempo*. No eres cristiano si no perseveras en la fe.
- *Amar a los demás*. No eres cristiano si no te preocupan las otras personas.
- *Ser libre del amor por las cosas del mundo*. No eres cristiano si para ti las cosas del mundo son más valiosas que Dios.

Dios nos ha mandado a examinarnos a nosotros mismos para ver si estamos en la fe. Estas cinco cosas constituyen algunos de los criterios por los cuales nos podemos juzgar. Entonces, para el que dice ser cristiano, la pregunta más importante es: ¿Tengo el fruto del nuevo nacimiento en mi vida?

En el día final, nada más importará. Si no has nacido de nuevo, no entrarás en el Reino de Dios. No importará si tuviste padres cristianos o si creciste en una iglesia. Como Juan el Bautista dijo a los fariseos:

> "Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego" (Mt. 3:8-10).

No debemos ser presuntuosos como los fariseos. Por tanto, tenemos que examinar continuamente el fruto en nuestras vidas. Debemos hacerlo nosotros mismos. También debemos hacerlo con otros miembros de nuestra iglesia en quienes confiamos. ¿Has invitado a algunos hermanos y hermanas a participar en tu vida?

PERO ESPERA, ¡UNA ÚLTIMA COSA!

Hay una última cosa que necesitamos dejar clara antes de pasar al tema que nos ocupa. Al examinarnos a nosotros mismos para ver si somos verdaderos cristianos, es absolutamente esencial que tengamos claras nuestras causas y efectos. De lo contrario, todo se enredará.

Recuerda que Dios es la causa de nuestra salvación. No hay duda sobre esto. Tú no puedes salvarte a ti mismo por las buenas obras que hagas o por tu duro esfuerzo. Recuerda, nuestro estado natural es la muerte espiritual. No pode-

mos hacer nada para darnos vida a nosotros mismos.

Fíjate bien en lo que el apóstol Pablo dice acerca de nuestra salvación en Efesios 2:4-10:

> "Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas".

¿Captaste eso? Cuando estábamos muertos en nuestros pecados, Dios nos dio vida. Todo fue por su gracia, un regalo de Dios. De hecho, ¡Dios intencionadamente nos salva de esta manera para que no nos gloriemos, o pensemos que de alguna manera nos salvamos a nosotros mismos (*cf*. Ro. 3:27)! Dios es quien salva. Esto significa que las buenas obras que deseamos —y esperamos— ver en nuestra vida nunca pueden ser la causa de nuestra salvación.

En lugar de eso, la causa es el amor regenerador de Dios y su misericordia. Los frutos —el crecimiento en la paz, el amor, la fe y el odio por el pecado— son el resultado de lo que Dios hace. Estas son las buenas obras que él preparó para nosotros, para que podamos ejercitar las implicaciones de nuestra salvación en el mundo.

Nuestro objetivo en este libro, en otras palabras, no es preguntarnos si hemos hecho lo suficiente para ganarnos el amor y el favor de Dios. En cambio, nuestro objetivo es aprender a buscar la evidencia de que Dios ha hecho su obra poderosa en nuestras vidas. Así que empecemos a trabajar.

CÓMO RESPONDER

Reflexiona:

- Antes de leer este capítulo, ¿cómo habrías definido "ser cristiano"? ¿Ha cambiado en algo esa definición?

- ¿Qué dice acerca de nosotros el hecho de que debemos nacer de nuevo?

- ¿Cuáles crees que podrían ser los peligros de confundir la causa de nuestra regeneración con los efectos de nuestra regeneración?

Arrepiéntete:

- Confiesa a Dios la verdad de que eres un pecador, completamente merecedor de su justa ira.

- Si todavía no has "nacido de nuevo", pídele a Dios que te dé nueva vida ahora.

Recuerda:

- Piensa en Mateo 11:28-30: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

- Cada uno de nosotros lleva una pesada carga de pecado, culpa y vergüenza. Pero Jesús nos invita a cada uno de nosotros a venir a él, no importa lo que hayamos hecho. Y promete descanso y consuelo a todos los que vienen por fe.

Informa:

- Habla con un amigo o líder de tu iglesia y pídele que te ayude a identificar cualquier evidencia de que has nacido de nuevo.

Capítulo 3

No eres cristiano solo porque te agrade Jesús

En 1966, John Lennon creó un revuelo al jactarse de que los Beatles eran "más populares que Jesús". Muchos se escandalizaron por la arrogancia de Lennon, pero ¿podría ser que, en ese momento en la historia, lo fuesen? Los Beatles estaban en medio de una racha de diez años de éxito en todo el mundo, algo pocas veces visto.

Desde una perspectiva más amplia, por supuesto, la fama de Lennon fue de corta duración. Solo cincuenta años después, su vida y su carrera han sido en gran medida relegadas al basurero de la nostalgia y la curiosidad, reducidas a poco más que la banda sonora de los anuncios de Nike.

Jesús, en cambio, sigue creciendo en popularidad con cada año que pasa, por no hablar del hecho de que la gente ha estado hablando de él desde hace dos mil años. Las revistas semanales de noticias saben que si colocan una imagen de Jesús en sus portadas en Navidad y Pascua venderán más copias. Los productores de cine saben que las películas sobre Jesús a menudo tienen buenos resultados en la taquilla. De hecho, la capacidad del nombre de Jesús para llenar la caja registradora ha dado lugar a todo tipo de negocios. Algunos de mis favoritos son:

La Dieta "¿Qué comería Jesús?". Por solo 14.99 dólares puedes descubrir la dieta secreta del Mesías, que había estado oculta

desde hace mucho tiempo. Mi conjetura es que comió las mismas cosas que cualquier otro campesino palestino del siglo primero: aceitunas, pescado, higos, pan y regaliz Twizzlers.

Sandalias con las palabras "¡Jesús te ama!" en las plantas de los pies, de modo que puedes dejar un mensaje inspirador en la arena. Después de todo, la gente siempre está en busca de mensajes ocultos en las huellas de la playa.

Una línea de ropa para mascotas con temas acerca de Jesús, incluyendo una camiseta para perros que dice "Jesus ruffs me" y otra que proclama "Jesús llena el cuenco de mi perro". No te voy a mentir, no tengo ni idea qué significan estas dos.

Jesús es incluso popular entre los no cristianos. Goza de mucho respeto por parte de los grandes hombres y mujeres de otras religiones. El decimocuarto Dalai Lama —uno de los líderes principales del budismo tibetano— llamó a Jesús "una persona iluminada" y lo promocionó como un gran maestro.[1] El líder hindú Mahatma Gandhi escribió afectuosamente acerca de Jesús: "La gentil figura de Cristo, tan paciente, tan amable, tan cariñoso, tan lleno de perdón que enseñó a sus seguidores a no tomar represalias cuando se es abusado o golpeado, sino a poner la otra mejilla; pensé que era un bello ejemplo del hombre perfecto".[2] El famoso científico Albert Einstein una vez dijo a *The Saturday Evening Post*: "Soy judío, pero estoy cautivado por la luminosa figura del nazareno [Jesús]... Nadie puede leer los Evangelios sin sentir la presencia real de Jesús. Su personalidad palpita en cada palabra. Ningún mito está lleno de tanta vida".[3] Incluso el Corán se refiere a Jesús como profeta y mensajero de Dios.

¿Qué debemos hacer con la popularidad de Jesús? No es difícil entender que ser cristiano implica que te *agrade* Jesús, y que alguien a quien no le *agrade* Jesús probablemente no sea cristiano. Pero, ¿podemos decir que tener simpatía por Cristo es suficiente para hacerte cristiano? Si los

budistas, los hindúes, los musulmanes e incluso los ateos pueden pensar que Jesús fue una gran persona, entonces, ciertamente, no podemos decir que seas cristiano simplemente porque Jesús te caiga bien.

En los relatos de los Evangelios, una y otra vez Jesús se encuentra con personas que simpatizan con él, que le respetan y aprueban lo que perciben como su mensaje. Pero luego Jesús se da la vuelta y les dice que no son sus discípulos, que les falta algo (p. ej.: Jn. 3; Lc. 9:57-62; Lc. 18:18-22).

TIENES QUE CREER

No eres cristiano simplemente porque te agrade Jesús. Ser cristiano significa creer en él. Es decir, debes tener fe en él.

Es importante que veas esto, así que no quiero que lo aceptes solo porque yo lo diga. Considera lo que la Biblia dice. Aquí tienes solo cuatro de los muchos pasajes donde se enseña la necesidad de la fe:

> "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios… El que cree en el Hijo tiene vida eterna" (Jn. 3:16-18, 36).

> "¿Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado" (Jn. 6:28-29).

> "Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia,

> mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados" (Ro. 3:21-25).
>
> "Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan" (He. 11:6).

En estos pasajes queda bastante claro que la fe es esencial para ser un auténtico cristiano. Jesús dice que la vida eterna viene por medio de creer. Pablo dice que los beneficios de la muerte de Cristo vienen por la fe. Y el autor de Hebreos dice que agradamos a Dios por la fe.

La fe separa a los verdaderos hijos de Dios de los que meramente respetan a Jesús. No eres cristiano si no tienes fe en el Hijo de Dios. Si tienes esa fe, eres cristiano. Estas declaraciones requieren una mayor clarificación y calificación, por supuesto, pero te dan las pautas generales de lo que la Biblia enseña.

¿Qué quiere decir la Biblia con la palabra *fe*? Usamos la palabra fe para describir todo tipo de cosas. La usamos para describir sistemas religiosos, por lo que los musulmanes, los cristianos y los bahaíes son considerados "gente de fe". O hablamos de tener fe en que una determinada acción financiera dará buenos resultados el próximo año. Se puede decir que un equipo de béisbol tiene fe en su cerrador al darle la pelota en la novena entrada.

A veces la gente habla de la fe como si fuera el polo opuesto de un pensamiento claro o racional (fe como un estado de certeza a la luz de una evidencia contradictoria). Como seguidor de los *Philadelphia Eagles*, ejercito este tipo de fe cada temporada, cuando espero que ganen el *Super Bowl*, a pesar de que nunca, nunca —¡jamás!— lo hacen.

Pero eso no se parece a lo que verdaderamente es la fe

cristiana. La fe de un cristiano, la fe que —según Jesús— marca la diferencia entre la vida eterna y la condenación eterna, tiene dos elementos esenciales: un contenido objetivo y una confianza sincera.

UN CONTENIDO OBJETIVO

Para tener fe, debemos conocer ciertos hechos acerca de nosotros mismos y de Jesús, quién es él y qué ha hecho por nosotros. Así, el apóstol Pablo pregunta retóricamente: "¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído?" (Ro. 10:14). No puedes creer en algo que no conoces. La fe salvadora debe tener un objeto. No solo crees, crees en *algo*. Y en la Escritura encontramos verdades esenciales que deben ser creídas. Pablo escribe que somos salvos por medio de la "fe en la verdad" (2 Ts. 2:13). Hay ciertas doctrinas que una persona debe escuchar, entender y afirmar si quiere llegar a ser un verdadero cristiano.

Eres pecador

La primera verdad que debes creer, el primer fragmento de contenido, es que eres pecador. Jesús solamente acepta a personas que saben que son pecadoras. Para ver esto, considera cómo responde Jesús a la gente cuando se le acercan. Responde generalmente de dos maneras. A algunos los recibe con una bienvenida cálida y tierna. A otros los despide, a veces con palabras cortantes. ¿Cómo se explica la diferencia?

Piensa en la historia de Lucas 5, en la que Jesús llama a un publicano llamado Leví para ser uno de sus discípulos. Leví estaba tan emocionado que hizo una gran fiesta en su casa para que Jesús pudiera conocer a todos sus amigos recaudadores de impuestos. Puede que esto no nos parezca gran cosa, pero en aquellos días la gente se escandalizó. Los recaudadores de impuestos eran los peores pecadores. Ayudaban al gobierno romano invasor a recaudar dinero, por lo que eran traidores a su propia gente. Se llenaban los bolsillos

al recaudar más impuestos de lo necesario, por lo que eran ladrones y estafadores. Se hicieron ricos a costa de otros y de su nación. En aquel entonces, un cobrador de impuestos era considerado casi como un abusador de menores en la actualidad.

En respuesta a este escandaloso llamado de Leví, los fariseos y los escribas le preguntaron a los discípulos de Jesús: "¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?" (Lc. 5:30). Era una pregunta natural. Los fariseos eran los religiosos importantes. Eran los buenos, los encargados de mantener las reglas. Estaban comprensiblemente consternados por la decisión de Jesús de asistir a una cena con grandes pecadores. Pero Jesús les explicó sus acciones: "Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento" (Lc. 5:31-32).

Estamos ante una declaración extraordinaria, ¿verdad? En otro lugar, Jesús dice que vino a "buscar y a salvar lo que se había perdido" (Lc. 19:10). También, extraordinario. De forma natural esperamos que Dios sea bueno con la gente buena y que esté airado con la gente mala. Pero aquí Jesús dice que solamente ha venido para aquellos que se dan cuenta de que son pecadores, de que están enfermos y en necesidad de un médico.

Para ser cristiano, debes lidiar con tu pecaminosidad y tu necesidad de perdón. Tenemos que ser pobres en espíritu (Mt. 5:3) y prestar atención al llamado de Jesús de arrepentirnos. Cada hombre, mujer y niño en la tierra debería clamar con el publicano: "Dios, sé propicio a mí, pecador" (Lc. 18:13).

Las palabras de Jesús acerca de venir por los enfermos y los pecadores son un consuelo y una advertencia. Por un lado, Jesús promete aceptar y sanar a cualquier persona que se acerque a él en arrepentimiento sincero. Esto es una buena noticia para pecadores como tú y yo. Por otro lado,

Jesús promete rechazar a cualquiera que trate de llegar a él sin sentir profundamente su propia pecaminosidad. Las personas que piensan que ya están espiritualmente sanas no recibirán sanidad del Gran Médico.

Jesús es completamente Dios y completamente hombre

Además de creer algo acerca de ti —que eres un pecador necesitado de perdón— ser cristiano significa que debes creer algunas cosas básicas acerca de quién es Jesús. Para empezar, debes creer que él es completamente Dios y completamente hombre.

Empecemos con la idea de que Jesús es completamente Dios. En Romanos 10 el apóstol Pablo nos dice: "Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación" (Ro. 10:9-10). Para ser salvo debes confesar con tu boca que Jesús es el Señor. Aquí el énfasis de Pablo no está tanto en el modo de la confesión (con tu boca), sino en el contenido de nuestra confesión (Jesús es el Señor). Debemos reconocer, creer, confesar y proclamar que Jesús es el Señor.

Ahora bien, voy a decir algunas cosas más sobre el señorío de Jesús en un momento. Pero aquí quiero señalar que la confesión "Jesús es el Señor" es, entre otras cosas, una confesión de la divinidad de Jesús (su naturaleza divina). Piensa en el dubitativo Tomás inclinándose ante Jesús resucitado y diciendo: "¡Señor mío, y Dios mío!" (Jn. 20:28). Una vez que los apóstoles se dieron cuenta de que Jesús era Dios, el término *Señor* se impregnó con la divinidad de Cristo. Pablo también se refiere a Jesús como Señor de tal manera que deja claro que él considera a Jesús como Dios mismo. El erudito del Nuevo Testamento Larry Hurtado sugiere que "'invocar el nombre del Señor' es una expresión bíblica fre-

cuente para la adoración a *Jehová*".[4] Así que el apóstol a menudo cita pasajes del Antiguo Testamento que hablan acerca de Dios y los aplica directamente al Señor Jesús.[5] La divinidad de Jesús es una doctrina cristiana esencial, ya que solo una persona infinita y sin pecado podía recibir el castigo infinito que nuestros pecados merecían. Si Jesús no es Dios, él no puede salvarnos.

No obstante, también debemos creer que Jesús es completamente hombre. Algunas personas en la Iglesia cristiana primitiva lucharon menos con la idea de la divinidad de Jesús y más con la idea de su humanidad. Creían que Dios había venido a ellos en la persona de Jesucristo. Sin embargo, no podían imaginarse que Dios pudiera existir plenamente en carne humana, vivir como un ser humano, y sufrir y morir como un hombre. Les parecía demasiado. ¿Cómo podría Dios caer tan bajo?

Para hacer frente a esta confusión, el apóstol Juan escribió una declaración aclaratoria para la iglesia: "En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo" (1 Jn. 4:2-3). Así como Jesús solo nos puede salvar si es plenamente divino, igualmente solo nos puede salvar si es plenamente humano. Solo un humano puede ocupar el lugar de otro humano, recibiendo el castigo que merecemos. Solamente un miembro de la raza humana podía deshacer la maldición que Adán había traído sobre nosotros (Ro. 5:12-21). Solo alguien que conociera la fragilidad y la debilidad de ser un hombre podía ser un sacerdote compasivo y misericordioso para nosotros (He. 4:14-16).

Por tanto, un cristiano es alguien que confiesa tanto la divinidad como la humanidad de Jesús. Los autores del Nuevo Testamento serían incapaces de imaginar una formulación del cristianismo que rechazara estas creencias.

Jesús, el Dios-hombre que salva por medio de su muerte

Ser cristiano significa creer algo acerca de quién es Jesús, pero también significa creer algo acerca de lo que vino a hacer. Debes creer que Jesús es el Dios-hombre, y tienes que creer que él es el Dios-hombre que vino a buscar y a salvar a los perdidos mediante su muerte en la cruz y su resurrección. Esto nos lleva al corazón mismo del cristianismo. Empecemos considerando la cruz.

En la cruz, Jesús llevó la maldición de la muerte que nuestros pecados merecían (Gá. 3:13). En la cruz, él recibió la ira de Dios que nosotros merecíamos por nuestros pecados (Ro. 3:24-25). En la cruz, Jesús cargó con la culpa que merecíamos por nuestros pecados, por lo que ahora no hay condenación para nosotros (2 Co. 5:21; Ro. 8:1).

Cuando nos fijamos en la predicación apostólica en el libro de los Hechos, vemos que se proclamaba la crucifixión de Cristo como una parte esencial del mensaje cristiano (p. ej.: Hch. 2:23; 3:15; 4:10; 26:22-23). La muerte de Cristo es tan fundamental para el cristianismo que Pablo incluso puede referirse a la proclamación cristiana como la "palabra de la cruz" (1 Co. 1:18). Puesto que esto es cierto, los seguidores genuinos de Cristo deben creer que la muerte de Jesús es suficiente para salvarlos de sus pecados. Debemos ser capaces de decir con el apóstol Pablo: "y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá. 2:20).

El fallecido Leon Morris escribió: "Para decirlo sin rodeos y con claridad, si Cristo no es mi sustituto, sigo ocupando el lugar de un pecador condenado. Si mis pecados y mi culpabilidad no son transferidos a Él, si Él no los tomó sobre sí mismo, entonces ciertamente permanecen conmigo. Si Él no se ocupó de mis pecados, debo afrontar sus consecuencias. Si mi castigo no fue llevado por Él,

todavía está sobre mí".[6] Cada creyente en Cristo debe afirmar la verdad de que Cristo murió en el lugar de los pecadores.

Jesús fue resucitado corporalmente de entre los muertos

La resurrección de Cristo no recibe toda la atención que recibe la crucifixión. Los cristianos a veces son culpables de tratarla como una especie de final cósmico feliz tras la narración de la pasión. Pero no hay duda de que creer en la resurrección está también en el centro de lo que debes hacer para ser cristiano. Recuerda las palabras de Pablo: "Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo" (Ro. 10:9). La resurrección de Cristo era esencial para nuestra salvación. Pablo escribió en otra parte: "Si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe" (1 Co. 15:14).

¿Por qué era esencial? Mi amigo Sam Allberry describe la resurrección como la firma de Dios en la obra de Cristo y nuestra salvación.[7] Piensa en cómo el repartidor de FedEx llega a tu puerta y te pide que firmes un paquete. Tu firma indica que aceptas la entrega y que la transacción se ha completado satisfactoriamente. De la misma manera, Dios muestra su satisfacción con el sufrimiento y la muerte de Cristo resucitándolo de entre los muertos (véase el argumento de Pedro en Hechos 2:22-36). La resurrección de Cristo muestra que Jesús es quien dijo que era y que logró la salvación que vino a asegurar. Si no hubiera resurrección, entonces Jesús todavía estaría en la tumba, incapaz de ayudarnos, salvarnos y mediar por nosotros.

La resurrección de Cristo es de vital importancia. Está en el corazón mismo de la salvación que Cristo ofrece a su pueblo. Como Pablo nos dice: "Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por

nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras" (1 Co. 15:3-4). Si crees en tu corazón que Dios levantó a Jesús de entre los muertos, serás salvo.

Jesús es el Señor

Hay algo más que debes creer para ser cristiano. Debes creer que él es el único Señor. Debes creer que él es el Señor, porque él es Dios y creó el mundo, sí, pero también tienes que creer que él es tu Señor —o autoridad suprema— porque te ha redimido para sí mismo como uno de los suyos.

Después de su crucifixión y resurrección, Jesús declara que "toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mt. 28:18). El Hijo divino se sometió al Padre divino al máximo, por lo que el Padre "todas las cosas las sujetó debajo de sus pies" (1 Co. 15:27). El Padre exaltó al Hijo (*cf.* He. 1:8-9). El que fue crucificado —dice Pedro— es el Señor y Cristo (Hch. 2:36).

El apóstol Pablo resume la divinidad, la humanidad, el sufrimiento, la resurrección y la autoridad de Jesús en una sola declaración gloriosa:

> "Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Fil. 2:8-11).

Llamar a Jesús tu Señor es decir que él tiene autoridad sobre tu vida y es digno de tu obediencia. Si le llamamos "Señor, Señor", debemos estar dispuestos a hacer lo que él dice (Lc. 6:46). Él es la cabeza de su Iglesia (Ef. 5:22-24) y un día volverá para que su señorío sea reconocido por todos.

La pregunta para ti es si estás de acuerdo con que las cinco afirmaciones anteriores son ciertas. Si no es así, la Biblia deja claro que no eres un cristiano genuino. Como dice un autor: "Aquellos que rechazan estas doctrinas fundamentales de la fe cristiana no pueden ser salvos, no importa lo estupendos que sean y lo bien que se comporten. Ser bueno no es suficiente. Debemos saber y creer algo —los hechos básicos acerca de la salvación— para ser salvos".[8]

PERO, ¿Y LA DUDA?

¿Significa esto que la fe de un cristiano verdadero nunca vacila? No, no significa eso. ¿Deberías llegar a la conclusión de que no eres cristiano porque a veces tengas periodos de lucha para creer? Otra vez, no. ¿Puede un creyente genuino batallar a veces con la duda? Sí, muchos lo han hecho y muchos lo hacen.

- Abraham creyó en la promesa del Señor de tener un hijo en su vejez (Gn. 15:6), pero luego dudó (Gn. 17:17).
- Gedeón es considerado como un héroe de la fe (He. 11:32), pero cuando el Señor prometió salvar a Israel por medio de él, necesitó no una sino dos confirmaciones milagrosas antes de creer.
- Juan el Bautista sabía que Jesús era el Mesías de Dios (Jn. 1:29), pero comenzó a preguntarse si se habría equivocado cuando estaba en la cárcel y Jesús no parecía estar haciendo mucho para derrocar a los malvados (Lc. 7:19 -20).
- Pedro caminó sobre el agua hasta que el viento se hizo más fuerte. Sus dudas comenzaron a desplazar su fe en el poder de Jesús para mantenerlo seco (Mt. 14:28-31).

Incluso fuera de las páginas de la Escritura, Agustín, Martín Lutero, William Cowper, y millones de otros cristianos han luchado en diferentes momentos y en diferentes grados con

el miedo y la duda. Si somos honestos, hay momentos cuando todos los hechos parecen contradecir la Palabra de Dios, y nuestros nervios nos traicionan.

Es en esos momentos cuando necesitamos estar en estrecha relación con otros hermanos y hermanas en la congregación local. Cuando nuestra vista está momentáneamente borrosa, necesitamos a otros que puedan ver con más claridad para ayudarnos a luchar a través de la duda. Cuando hay que enfrentar este tipo de luchas, los cristianos no se limitan meramente a echar por la borda las doctrinas de la fe. Por el contrario, nos animamos unos a otros a confiar en la Palabra y en la sabiduría de Dios, y a clamar como el hombre que exclamó a Jesús: "Creo; ayuda mi incredulidad" (Mr. 9:24).

La duda es una experiencia común para los verdaderos creyentes. Aun así, si queremos ser fieles a la enseñanza de la Biblia, debemos insistir en que hay una doctrina objetiva que debe ser creída por cualquiera que sea un cristiano genuino. Aquí es donde nos separamos de nuestros amigos que tienen otras creencias, creencias autofabricadas, o que no tienen creencias en absoluto, incluso si respetan a Jesús como un profeta o un gran maestro. Muchas personas disfrutan de la enseñanza de Cristo en las Bienaventuranzas. Pero el asunto más importante es si creen que el hombre que enseñó estos principios era en realidad Dios encarnado, quien después moriría por los pecados de su pueblo, resucitaría de los muertos y se convertiría en su Señor.

UNA CONFIANZA SINCERA

Me he pasado la mayor parte de este capítulo argumentando que un verdadero cristiano debe creer en la verdad factual de ciertas proposiciones. Pero también debo dejar muy claro que la creencia bíblica o la fe es más que un asentimiento intelectual a un conjunto de propuestas de verdad. La creencia bíblica o la fe es una confianza personal y sincera en una persona.

La diferencia entre estos dos tipos de creencia no es demasiado difícil de ver. El asentimiento intelectual es como hacer un gesto negativo con la cabeza a alguien que pasa a tu lado mientras sigues felizmente con tu camino. Una confianza personal y sincera, sin embargo, significa cambiar la dirección en la que estás caminando. Alguien a quien amas y en quien confías te ha pedido que le sigas, y así lo haces. La confianza sincera produce una obediencia feliz.

El libro de Santiago hace esta distinción de una forma muy clara. Santiago escribe: "Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan" (Stg. 2:19). Incluso los demonios tienen lo que los teólogos llaman una "fe histórica". Saben que Jesús es el Hijo de Dios —y que vino a destruirlos; véase Mr. 1:24 y Lc. 4:41—, pero odian tales hechos. Se oponen a ellos y hacen todo lo posible para socavar estas realidades. Una persona con una fe verdadera, por otro lado, muestra su fe por sus obras (Stg. 2:22-23).

No son solo los demonios, por supuesto, que tienen este tipo de fe deficiente. La gente también. En su Evangelio, Juan habla de las multitudes que vieron los milagros de Jesús y creyeron en su nombre. Pero entonces nos dice que "Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre" (Jn. 2:24-25). Las multitudes habían visto suficiente poder de Jesús para saber que fue enviado por Dios (véase la declaración de Nicodemo unos versículos más adelante, en Juan 3:2). Pero les faltaba un compromiso más profundo y confianza en Jesús, quien sabiendo el verdadero estado de sus corazones, no se fiaba de ellos.

No eres cristiano simplemente porque te agrade Jesús. Debes creer *en* Jesús, como Juan 3:16 dice. No es suficiente simplemente creer cosas *acerca* de Jesús. Debes creer que necesitas un Salvador, y que él es ese Salvador. Debes creer que necesitas un Señor, y que él es ese Señor.

Nuestra confianza no debe estar meramente en las cosas que una vez ocurrieron, sino en la persona que las llevó a cabo. Cuando venimos a Jesús en confianza para el perdón y la sanidad que necesitamos tan desesperadamente, encontramos que él está dispuesto y capacitado para ayudarnos.

CÓMO RESPONDER

Reflexiona:

- ¿Cómo responderías a alguien que dice que el verdadero cristianismo no es un conjunto de dogmas religiosos que debemos afirmar, sino un llamado a ser amable, cariñoso y generoso como era Jesús?

- ¿Estás de acuerdo con la verdad histórica de cada uno de los cinco puntos de doctrina descritos en este capítulo? Si no, ¿qué te dice eso acerca de si eres un verdadero cristiano?

- ¿Te resulta difícil confiar en Jesús para la salvación y el perdón que él ha prometido? ¿En qué falsos "dioses" has confiado?

- En Juan 6:40 Jesús dice: "Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero". ¿Qué crees que significa "ve al Hijo, y cree en él"?

Arrepiéntete:

- Pide a Dios que te perdone por tu incredulidad y tu confianza en otros "dioses".

- Piensa en un paso concreto que podrías dar para fortalecer tu fe y confiar solo en Jesús.

Recuerda:

- Piensa en 1 Juan 1:9: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad".

- No importa lo mucho que lo intentes, no puedes hacer lo suficiente para ganar el favor de Dios. Pero la buena noticia es que Jesús ha hecho todo por nosotros. Gracias a Dios que es fiel para perdonar a todos los que vienen a él por la fe en Cristo, sin importar lo que hayan hecho.

Informa:

- Habla con un líder o con un amigo en tu iglesia y pídele que te ayude a crecer en tu comprensión y confianza en Jesús.

Capítulo 4

No eres cristiano si disfrutas de pecar

Reggie White jugó al fútbol americano en la Universidad de Tennessee. Mientras estuvo allí, estableció récords por el mayor número de *sacks*[1] en una carrera, la mayor cantidad de sacks en una temporada, y la mayor cantidad de sacks en un partido. Casi treinta años después, los registros siguen en pie. Pasó dos temporadas en la ahora extinta USFL, y luego se unió a mi equipo —los *Eagles* de Filadelfia— en 1985. En los ocho años siguientes White registró 124 sacks, más de un sack por partido, mientras conseguía todo tipo de récords en la franquicia. Fue el jugador más grande en la historia de los *Eagles* y mi jugador favorito.

TAMBIÉN ME TRAICIONÓ

Bueno, eso no es del todo justo. White llegó a ser agente libre en 1993 en la *National Football League* (NFL), teniendo la posibilidad de firmar con cualquier equipo que quisiera. Más de dos mil aficionados de los *Eagles* se aglomeraron en la Plaza JFK —en el centro de Filadelfia— y trataron de presionar a los dueños de los *Eagles* para volver a contratar al estelar jugador. Pero White finalmente firmaría por una enorme cantidad de dinero con los *Green Bay Packers* sin ni siquiera recibir una oferta de contrato de los *Eagles*.

Un observador objetivo —que no soy— diría que White

tomó la decisión correcta. Recibió una gran cantidad de dinero y, finalmente, iba a ganar un *Super Bowl* en Green Bay, dos cosas que nunca habrían sucedido bajo ninguna circunstancia si se hubiera quedado en Filadelfia.

Aun así, me mató ver por televisión a White alineado como un *Packer* por primera vez. Se suponía que debía ser un *Eagle*. Había vestido el verde y plata en muchas batallas. Los aficionados de los *Eagles* habían puesto sus esperanzas en él muchos domingos. Pero ahora vestía pantalones amarillos chillones mientras que un montón de aficionados comequesos de los *Packers* le aplaudían como si fuera uno de los *suyos*. La imagen equivalía visualmente a unas uñas arañando una pizarra, por lo que apagué el televisor con rabia.

Casi veinte años después, el dolor está finalmente desapareciendo. De hecho, mientras estoy aquí sentado escribiendo en mi escritorio, estoy usando una camiseta de los *Eagles* número 92 con "WHITE" estampado en la espalda. El tiempo cura todas las heridas, supongo.

¿Qué tiene esto que ver con si eres o no realmente cristiano? Bueno, creo que la pregunta acerca de qué camiseta llevas nos ayuda a pensar sobre el pecado en la vida de un cristiano. Llamarse a sí mismo "cristiano" significa que has cambiado de equipo. Es ponerse una camiseta nueva que le dice a todo el mundo que tienes nuevas lealtades. Pero, ¿qué pensarías de alguien que se puso una camiseta nueva, pero siguió jugando para el equipo de antes? Eso es lo que estamos haciendo como cristianos cada vez que pecamos. Estamos jugando para el equipo antiguo, a pesar de estar usando la nueva camiseta. El pecado de alguien que dice ser cristiano es una extraña clase de traición. Es colocarse del lado de Satanás en rebelión contra Dios, a pesar de estar diciendo que estás al lado de Dios.

No malinterpretes. Todos los cristianos continúan luchando contra el pecado. Pero la Biblia también indica

que, si tu vida se sigue caracterizando por una actitud casual y cómoda hacia el pecado, debes detenerte y pensar en lo que realmente eres. No importa la camiseta que creas llevar, sino ¿para quién estás jugando realmente? Si estás jugando más bien para el otro equipo, tal vez, después de todo, realmente pertenezcas a ellos.

Aquí hay otra forma de decirlo: no eres cristiano si te gusta pecar. En esto vamos a pensar en este capítulo.

LOS HIJOS DE SATANÁS Y LOS HIJOS DE SALVACIÓN

En ninguna parte esta realidad aparece con mayor claridad que en 1 Juan 3. El apóstol no utiliza la imagen de un equipo sino la de una familia. Algunos son hijos de Dios, dice. Dios es su Padre y son parte de su familia. Otros son hijos del diablo. Pertenecen a Satanás y son parte de su pueblo. Una forma de determinar a qué familia pertenecemos es hacer una evaluación del pecado en nuestra vida. Toma un minuto para leer este pasaje lentamente:

> "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados *hijos de Dios*; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, *ahora somos hijos de Dios*, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro. Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es *nacido de Dios*, no practica el pecado, porque la simiente de Dios perma-

> nece en él; y no puede pecar, porque es *nacido de Dios*. En esto se manifiestan los *hijos de Dios*, y los *hijos del diablo*: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios" (1 Jn. 3:1-10).

El pecado es la especialidad del diablo. Es el enemigo de Dios, y ha estado "pecando desde el principio", dice Juan. Desde el huerto de Edén, Satanás ha estado muy ocupado esparciendo el pecado por todo el mundo que Dios ha creado. Él mintió y tentó a Adán y Eva para que se rebelaran contra la autoridad de Dios. Este pecado se extendió a la siguiente generación, y Caín mató a Abel. Cuando llegamos a Génesis 6, leemos: "Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal" (v. 5). En unos breves capítulos de Génesis, hemos dado un paseo en montaña rusa desde una creación que agrada a Dios a una creación que Dios quiere destruir (Gn. 1:31; 6:7). Ese es el fruto del trabajo de Satanás. Él ha estado pecando desde el principio, y aún está pecando hoy.

La llegada de Jesús fue el gran golpe de Dios a su adversario. Acabamos de leer que la razón por la que el Hijo de Dios apareció, fue "para deshacer las obras del diablo" (1 Jn. 3:8). Otra forma de decir esto es que "él apareció para quitar nuestros pecados" (1 Jn. 3:5). Y la Biblia nos dice que él tuvo éxito haciendo esto. Con su muerte expiatoria, Jesús solucionó el problema del pecado. Él no tenía pecado propio que pagar (v. 5), lo que le permitió llevar los pecados de su pueblo sobre sí mismo y pagar por ellos por completo. Ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús, porque Jesús fue plenamente condenado en nuestro lugar (Ro. 8:1). Satanás ya no tiene ninguna base para acusarnos ante Dios, porque nuestros pecados han sido borrados (1 Jn. 1:7; Ap. 12:10).

Puesto que nuestros pecados han sido borrados, ya no

somos más hijos del diablo. Se nos ha concedido una nueva identidad, una nueva familia. Así que Juan nos enseña a admirar la bondad de Dios: "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios" (1 Jn. 3:1). Ya no somos más de Satanás. Pertenecemos a Dios. Ya no estamos atrapados en el dominio de las tinieblas, sino que hemos sido llamados a su luz admirable (1 P. 2:9, Col. 1:13-14). Ya no estamos bajo el poder de Satanás, sino bajo el poder de Dios (Hch. 26:17-18). Una vez fuimos hijos de ira, pero ahora somos hijos de Dios (Ef. 2:3). Ser cristiano implica un cambio radical de identidad.

HACES LO QUE ERES

Está bien, admítelo. No leíste la última parte con mucha atención. Solo le echaste una ojeada, ¿verdad? Está bien, puedes decir la verdad; estamos solos tú y yo aquí (y ni siquiera yo estoy realmente, ¿no?). Bien, me gusta tu forma de ser, así que no lo tendremos en cuenta. Voy a resumirte lo que necesitas saber. La Biblia dice que hay dos clases de personas: los siervos de Satanás y los siervos de Dios. Es una camiseta o la otra. Y la forma de saber qué camiseta vistes es por el papel que juega el pecado en tu vida.

El pecado caracteriza a los hijos de Satanás

"El que practica el pecado es del diablo", oímos decir a Juan (1 Jn. 3:8). El pecado es la marca distintiva de un hijo del diablo. Como un sello en una vaca, es una marca de propiedad. Juan incluso enfatiza este aspecto por segunda vez con palabras ligeramente diferentes: "En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios" (1 Jn. 3:10). Los hijos del diablo hacen del pecado una práctica, porque eso es lo que su padre el diablo hace. Es que no hay otra: es un parecido de familia. Antes de convertirnos en seguidores de Cristo, todos somos esclavos del pecado. No

podemos hacer otra cosa, porque el pecado es parte de quienes somos.[2]

En su Evangelio, Juan relata un episodio en el que Jesús enseña lo mismo. Jesús explica a una multitud: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira" (Jn. 8:44). Las multitudes pecaban porque querían hacer los deseos de su padre.

El poder del pecado sobre los hijos de Dios está roto

Todo lo contrario sucede con un cristiano. Cuando somos transferidos de la familia de Satanás y adoptados en la familia de Dios, nuestra relación con el pecado cambia. Antes, estábamos motivados y controlados por el deseo de pecar. Ahora, vivimos por el Espíritu de Dios. El pecado no tiene el mismo poder para vigorizarnos o movernos. Su poder está roto.

En su carta a la iglesia en Roma, Pablo explica que el poder del pecado está roto debido a la muerte de Cristo. Él escribe: "Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado" (Ro. 6:6). El viejo hombre ha sido crucificado con Cristo. El viejo esclavo del pecado está muerto.

En su lugar hay un hombre nuevo, un hombre que está muerto con respecto al pecado, pero vivo con respecto a Dios. Pablo continúa:

> "Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado

> como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia" (Ro. 6:11-14).

El pecado es incompatible con la realidad de la identidad del cristiano. Un cristiano, recuerda, es alguien que ha cambiado de equipo. Así que cuando Pablo dice a los cristianos que no pequen, él no está diciendo: "Pretende ser algo que no eres". Todo lo contrario, está diciendo: "¡Juega para el equipo que de verdad te ha incluido en su alineación!". Pablo quiere que los cristianos *hagan* en la vida diaria lo que ya *son* en Jesús. Así que el apóstol pregunta retóricamente: "Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?" (Ro. 6:2).

UNA NUEVA OBEDIENCIA

El cristiano tiene un nuevo principio de control. El principio de control ya no es el pecado. Es lo que Thomas Schreiner llama "una nueva obediencia".[3] Los cristianos no son salvos o justificados por esta nueva obediencia, pero su salvación se manifiesta en formas concretas (en esta nueva obediencia).

¿A qué se parece esta nueva obediencia? Positivamente, se ve como un nuevo fruto que comienza a aparecer. Negativamente, implica abandonar antiguos pecados. Pablo aquí describe ambas partes: "Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos" (Gá. 5:22-24). Observa lo claras que son estas palabras finales. Los que son de Cristo *han crucificado la carne*. Lo han hecho. O por lo menos podemos decir que lo están haciendo. Por otro lado, el Espíritu está dando nuevo fruto: amor, paz, paciencia, y así sucesivamente.

El verdadero cristianismo *cambia* a la gente. Debes entender esto: Cristo apareció para quitar los pecados, y vino a destruir las obras del diablo. Eso significa que no hay manera de ser cristiano y seguir amando las cosas que Cristo odia (aquellas que vino a destruir). No es posible ser un hijo de Dios y seguir abrazando el pecado que complace al diablo.

Por este motivo la Escritura advierte regularmente a aquellos que continúan pecando felices y complacidos. Escucha estas advertencias:

> "¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios" (1 Co. 6:9-10).

> "Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios" (Gá. 5:19-21).

> "Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia" (Ef. 5:5-6).

¿Te diste cuenta de que cada uno de estos pasajes específicamente nos aconseja no ignorar su advertencia? Pablo nos conoce muy bien. Le preocupa que vayamos a ser engañados, o que alguien nos convenza de algo distinto, o que nos olvidemos de su amonestación. Nuestros corazones a menudo quieren poner excusas fingiendo que nada de esto es cierto.

Así que estos pasajes son como luces rojas intermitentes que nos indican: "¡No vayas por este camino!" El pecado es incompatible con la nueva identidad del cristiano. Los pecadores no heredarán el Reino de Dios.

Juan resume todo esto planteando una nueva prueba de obediencia. Haz esta prueba tú mismo o con un amigo. Hazla en la iglesia o en casa. En cualquier caso, aquí está la prueba de Juan:

> "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1 Jn. 2:4-6).

La prueba es para cualquiera que diga: "Yo le conozco". ¿Es tu caso? Y la prueba es bastante sencilla. Solo tiene una pregunta: ¿Guardas la Palabra de Cristo y andas como él anduvo? Si no es así, entonces necesitas volver atrás y mirar las advertencias de Pablo. Son especialmente relevantes para ti.

PERO... ¿NO PECA TODO EL MUNDO?

Si Cristo llama a su pueblo a una nueva obediencia, una pregunta obvia es: ¿Quién puede ser cristiano si todo el mundo peca? Cualquiera que tenga la más mínima conciencia de sí mismo sabe que peca todo el tiempo. Los cristianos luchan con toda clase de pecado imaginable. Sin pensar mucho, puedo recordar momentos específicos en los que he sido irritable, egoísta, perezoso, orgulloso y codicioso. Y todo ello considerando solo las últimas cuatro horas.[4]

Pues bien, en ninguna parte la Biblia sugiere que un creyente vivirá una vida libre de pecado. De hecho, Juan nos dice explícitamente: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros... Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él

mentiroso, y su palabra no está en nosotros" (1 Jn. 1:8-10). Al parecer, había falsos maestros en la Iglesia primitiva que decían que no habían pecado desde que se hicieron seguidores de Cristo.[5] Estos maestros estaban autoengañados y, peor todavía, implícitamente estaban afirmando que Dios mismo era un mentiroso ya que Dios dice que todo el mundo peca.

Entonces, ¿cómo podemos encajar las piezas? Por un lado, la Biblia dice que los cristianos han muerto al pecado y han sido liberados de su poder. Los creyentes están vivos para Cristo y son fortalecidos por su Espíritu para dar buen fruto de obediencia. El pecado es incompatible con nuestra nueva identidad como hijos e hijas de Dios. Por otro lado, la Escritura dice que cualquiera que afirme que no peca es un mentiroso. Entonces, ¿se contradice la Biblia a sí misma?

Veamos más de cerca lo que 1 Juan 3 dice realmente. Recuerda lo que leímos:

- Ninguno puede permanecer en él y seguir pecando (v. 6);
- El que sigue pecando, ni le ha visto ni le ha conocido (v. 6);
- El que practica el pecado es del diablo (v. 8);
- Ninguno nacido de Dios practica el pecado (v. 9);
- No puede seguir pecando, porque ha nacido de Dios (v. 9);
- El que no practica la justicia no es de Dios (v. 10).

Ahora, los tiempos verbales del griego antiguo no me entusiasman demasiado, pero ya que estamos hablando acerca de la diferencia que hay entre el cielo y el infierno, haré una excepción. Los verbos en cada uno de estos ejemplos están en el tiempo presente: "permanece", "practica", y así sucesivamente. Todos estos verbos apuntan a una *acción permanente y continua*. Juan no está hablando del cristiano que

cae en pecado. Más bien, está hablando de la persona cuya trayectoria de vida se caracteriza por el pecado. Está hablando de la persona que, podríamos decir, conscientemente *permanece* en el pecado, *manteniéndose* deliberadamente en él, y que felizmente lo *convierte en una práctica*.

El patrón y la dirección de la conducta diaria de un cristiano reflejarán un deseo de amar y obedecer a Jesús, no a Satanás. Un cristiano no puede caracterizarse por un estilo de vida pecaminoso.

¿CÓMO SE PUEDE SABER?

Tanto los cristianos como los no cristianos pecan todos los días. Ambos luchan con romper los malos hábitos y superar los patrones de debilidad y fracaso. Y no puedo decir que los cristianos sean las mejores personas del mundo en términos de pecados totales cometidos. Podríamos considerar un día cualquiera en la vida de un no cristiano, y es posible que viésemos menos egoísmo, menos ira, menos mezquindad y menos orgullo de lo que veríamos ese mismo día en la vida de un cristiano. Entonces, ¿cómo podemos diferenciar entre un verdadero cristiano y alguien que dice ser cristiano pero que está engañado?

Para responder a esto, echemos un vistazo a una de las parábolas de Jesús:

> "Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos le dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde; y les repartió los bienes. No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle. Y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos. Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi

> padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros. Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse" (Lc. 15:11-24).[6]

Esta parábola es particularmente útil para nosotros cuando pensamos en cómo un cristiano responde al pecado. Este joven era un pecador. Insultó a su padre, derrochó su herencia viviendo perdidamente, y cayó a lo más bajo. Esa es la situación en la que muchos cristianos se han encontrado. Pero tres cosas caracterizan la respuesta del hijo pródigo a su pecado, y son las que deben caracterizar la respuesta de cualquiera que sea un verdadero creyente.

Repugnancia

El cambio del hijo comenzó cuando vio la realidad de su pecado con claridad. Se dio cuenta de lo tonto que había sido, de lo ofensivo de su comportamiento y actitudes, y cuán repulsivos eran los placeres del pecado en comparación con las alegrías de la casa de su padre. En las palabras de Jesús, *volvió en sí*.

Puesto que un cristiano está muerto al pecado y vivo para Cristo, cuando peca, se da cuenta de que algo no encaja. No puede sentirse cómodo viviendo en el pecado. Aunque el pecado puede proporcionarle un momento de placer y disfrute, después se encuentra plagado de sentimientos de arrepentimiento, decepción y vergüenza. Si un verdadero segui-

dor de Jesús se enreda en el pecado, al final tendrá un momento —como el que tuvo el hijo pródigo en la pocilga— en el que llegará a odiar su pecado. El cristiano no crece indefinidamente en amor por el pecado, sino que lo odia a medida que pasa el tiempo.

Arrepentimiento

Cuando el hijo volvió en sí, dejó su insensatez y regresó a casa. ¡Qué imagen tan maravillosa de arrepentimiento! El arrepentimiento genuino es más que sentirse mal o admitir que estábamos equivocados. Incluso, es más que confesar nuestra culpa. Se trata de darle la espalda al pecado y volvernos a Jesús en fe con la determinación de obedecerle. Los cristianos debemos renunciar y condenar nuestros comportamientos pecaminosos y comprometemos a obedecer a Jesús de todo corazón.

Reprensión

Ningún cristiano verdadero puede terminar prosperando en el pecado. El Padre celestial, con gran bondad, se niega a dejar que ninguno de sus hijos se sienta cómodo en su rebelión. Así como el hambre ayudó al hijo pródigo a tocar fondo y volver en sí, así el Señor amorosamente enviará circunstancias, oportunidades, dificultades y corrección para ayudar a sus hijos a arrepentirse y abandonar su pecado.

El libro de Hebreos nos dice que esta disciplina es una de las maneras por las que podemos saber que somos hijos de Dios:

> "Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?

> Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados" (He. 12:7-11).

Dios disciplina a los suyos, porque los ama demasiado como para dejarlos en su pecado.

Todos somos pecadores. Cada uno de nosotros ha hecho más que suficiente para merecer una eternidad en el infierno. Y ninguno de nosotros logrará una santidad plena a este lado de la eternidad. Pero no te dejes engañar, un cristiano verdadero no puede continuar en una trayectoria ininterrumpida de pecado. Debe haber evidencia genuina de repugnancia, arrepentimiento y reprensión.

NO ES UNA CIENCIA EXACTA

Entonces, ¿eres un cristiano verdadero o falso? Hay que reconocer que no hay una ciencia exacta para responder a esta pregunta. No se trata de determinar la cantidad de pecado que puedes cometer y aun así seguir siendo cristiano (diez pecados al día te colocan en la zona amarilla, veinte pecados en la zona roja, etc.). Tampoco se trata de llevar a cabo ciertos rituales después de haber pecado con el fin de asegurar el perdón de Dios (lee el Salmo 51, repite esta oración, y ¡estarás limpio!).

En lugar de eso, se trata de cosas mucho más difíciles de evaluar: las actitudes del corazón y las intenciones y compromisos de tu alma. Esta es la razón por la cual la vida cristiana debería vivirse con otros hermanos y hermanas en una iglesia local fiel. No somos buenos jueces de nuestros propios corazones. Algunas personas son demasiado complacientes con sí mismas. Se imaginan que dan evidencia de arrepentimiento verdadero por su pecado, cuando en reali-

dad no lo hay. Otros tienen una conciencia sensible y son demasiado duros con sí mismos. Toman cada debilidad y fracaso como evidencia de que son unos hipócritas y falsos cristianos.

Estar involucrado en una iglesia local es inmensamente útil para estos dos tipos de personas en al menos tres maneras. En primer lugar, escuchar la predicación de la Palabra de Dios nos ayuda a alinear nuestros valores y medidas con las de Dios. Cuando descubrimos lo que Dios *quiere decir* con santidad, empezamos a perder nuestro amor por nuestras *propias ideas* de justicia e injusticia. Oír la Palabra nos enseña lo que agrada a Dios y lo que no.

En segundo lugar, ver el ejemplo de otros creyentes hace que la obediencia a Dios parezca normal y posible en un mundo donde el pecado es mayoritariamente aceptado e incluso celebrado. En tercer lugar, dejar que otros cristianos nos conozcan —nuestras actitudes, nuestra conducta, nuestras luchas— les da a ellos la oportunidad de hablar a nuestras vidas. De esta forma, nos pueden advertir acerca de patrones preocupantes de pecado o animarnos cuando nos sintamos abrumados por nuestras luchas. Nos pueden ayudar a ver aquello que no vemos.

UN GRAN SALVADOR

En este capítulo caminamos por una línea muy fina. Debemos mantener el equilibrio bíblico entre la realidad de la gran santidad de Dios y su increíble misericordia. Así que, por un lado, temo por aquellos que no son cristianos genuinos y que están autoengañados, sin ver lo que sus estilos de vida pecaminosos dicen acerca de sus profesiones de fe. Si es tu caso, espero que este capítulo te haya incomodado mucho.

Por otro lado, me preocupan los cristianos genuinos que luchan contra el pecado, pero que son tentados a pensar que Dios es tan severo que está listo para saltar sobre ellos cada vez que fallen. Si este es tu caso, recuerda la bondad que

Jesús muestra a los suyos. Su muerte es suficiente para borrar toda tu culpa y renovarte. Cuando caigas en pecado, corre a Jesús. Como leemos en el libro de Hebreos: "Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro" (He. 4:15-16).

Esto es lo que realmente importa: Al llamarte a ti mismo cristiano, te has puesto la camiseta cristiana. Sin embargo, ¿para qué equipo estás jugando realmente? ¿Para el tuyo propio o para el de Cristo? ¿Qué dirían tus familiares, tus amigos y los miembros de la iglesia más cercanos?

CÓMO RESPONDER

Reflexiona:

- ¿Cuál es la conexión entre nuestra identidad espiritual y nuestra actitud hacia el pecado?

- Si Dios es misericordioso y rápido para perdonar, entonces ¿qué importa si pecamos?

- Si alguien afirmara ser cristiano, pero no tuviera ningún interés en resistir el pecado y crecer en santidad, ¿qué le diría la Biblia a esa persona?

- ¿Cuándo fue la última vez que hiciste o no hiciste algo simplemente porque amas a Dios y deseas obedecerle?

- ¿Has visto evidencia de repugnancia hacia el pecado, arrepentimiento y reprensión en tu vida?

Arrepiéntete:

- Pide a Dios que te perdone por tus pecados, especialmente por aquellos pecados que has practicado durante mucho tiempo. Piensa en algún paso concreto que podrías dar para cambiar tu comportamiento.

Recuerda:

- Lee Juan 3:16: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna".

- Alaba a Dios porque da vida eterna a todo aquel que cree en Jesús. No puedes ganarte la salvación viviendo una vida santa; solo puedes ser salvado acudiendo a Cristo, confiando en lo que él ha hecho por ti.

Informa:

- Habla con un líder o amigo de tu iglesia y dile acerca de tu lucha con el pecado. Pide a esa persona que te ayude a crecer y a mantenerte con la responsabilidad de rendir cuentas en un vínculo de confianza entre hermanos.

Capítulo 5

No eres cristiano si no perseveras hasta el fin

Mi amada esposa Karen es la persona más fuerte que he conocido. Puedo decir con confianza que nunca he conocido a nadie con una mayor resistencia al dolor que ella. ¿Qué tan fuerte es? Gracias por preguntar. Pues es tan fuerte que dio a luz a nuestro cuarto hijo por cesárea sin anestesia (por solicitud propia). Piensa en ello por un segundo.

A Karen también le encanta correr. Antes de tener hijos, tenía una lista de las metas deportivas que debía lograr antes de asumir las responsabilidades de la maternidad. Pasó un verano corriendo por las Montañas Rocosas y participando en medias maratones de gran altitud. Cuando volvió a casa —a Filadelfia— comenzó a entrenar para el maratón de Filadelfia.

Puesto que soy un marido asombroso, quise animarla entrenando con ella. Después de todo, es más fácil alcanzar una meta cuando alguien está compartiendo la experiencia contigo. Solo había un problema: odio correr. Bueno, eso no es del todo cierto. Odio correr por más de unos minutos. Prefiero el tipo de carrera que se hace en el béisbol: correr cinco segundos, y luego parar durante cinco minutos. Pero, ¿correr por correr? ¿Correr por un tiempo muy prolongado sin parar? Y luego, tras todo tu esfuerzo, ¿terminar en el mismo lugar?

No obstante, Karen, nuestro perro y yo íbamos cuatro veces por semana a correr por el sendero que se extiende a lo largo del río, desde el *Valley Forge Park* hasta la ciudad. Después de veinte minutos, yo comenzaba a quejarme activamente de lo que estaba haciendo. Al cabo de treinta minutos, lo odiaba. A los cuarenta minutos, quería echarme a un lado del camino. Tras cuarenta y cinco minutos, estaba orando por una muerte dulce. Después de una hora, volvería a casa a meter mis piernas en hielo.

En torno a una hora y media más tarde, Karen pasó por nuestra casa para dejar al perro, que parecía sentirse como yo. Una hora y media después, Karen llegó a casa, sudorosa pero desconcertantemente alegre para alguien que había corrido solo cuatro horas.

¿Cuál era la diferencia entre nosotros? La perseverancia. Ella la tenía, y yo no. Cuando las cosas se pusieron difíciles en el camino, yo abandoné. Karen siguió corriendo a pesar del dolor y la dificultad.

Bueno, la perseverancia física está bien, si la tienes. Pero la Biblia habla de otro tipo de perseverancia que es mucho más importante: la perseverancia espiritual. Un verdadero cristiano *debe permanecer y permanecerá* en la fe hasta el final, ya sea que el final consista en la muerte o en el retorno de Cristo. Jesús lo expresa así: "Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo" (Mt. 10:22).

Ahora, la ilustración acerca de la perseverancia física de mi esposa tiene sus límites. La perseverancia espiritual implica nuestro esfuerzo para perseverar, sí, pero también depende de la obra de Dios. Hablaremos más de esto en un momento. Mientras tanto, vamos a empezar con esta idea básica: Si no perseveras hasta el final, no eres cristiano.

LOS MILLONES QUE FALTAN

En una búsqueda rápida en Internet encontraremos docenas de sitios web gestionados por "ex cristianos" que han visto la

luz, abandonando la fe, por lo general con algo de ira.[1] La mayoría de las personas que se alejan de la fe, sin embargo, lo hacen más lentamente (y a menudo inconscientemente). En alguna ocasión repitieron una oración, firmaron una tarjeta, o pasaron al frente. Fueron bautizados, se unieron a una iglesia, y tuvieron un inicio decente. Limpiaron su vida, trataron de ser buenos, y asistieron a la iglesia los domingos. Pero… entonces… se detuvieron. Perdieron el enfoque. Tal vez ocurrió de repente, o tal vez lenta e imperceptiblemente. Pero sucedió.

¿Qué causó el cambio? Podrían haber sucedido muchas cosas. Tal vez ciertos estándares de comportamiento parecían poco realistas. O ciertas doctrinas parecían improbables. O el camino cristiano parecía poco atractivo. O quizás otras cosas empezaron a parecer más atractivas. El asunto es que dejaron de buscar a Cristo. Dejaron de correr y se fueron a casa. No ofrecieron una conferencia de prensa ni lo anunciaron en Facebook. Algunos de ellos incluso todavía podrían llamarse a sí mismos cristianos si se les presiona. Pero por una u otra razón, efectivamente dejaron de ser cristianos.

Este éxodo silencioso de la fe se puede ver en las estadísticas recogidas por la Convención Bautista del Sur, el mayor grupo bautista en los Estados Unidos. En 2004, había más de dieciséis millones de miembros repartidos en más de 43.000 iglesias. Dieciséis millones de personas fueron bautizadas tras profesar a Cristo, y dieciséis millones de personas se unieron a una iglesia. Sin embargo, solamente seis de esos dieciséis millones asistieron realmente a una iglesia de la Convención Bautista del Sur en un domingo determinado.[2] Esto significa diez millones de personas en paradero desconocido.

Ahora, puede haber una buena explicación para muchas de estas personas. Tal vez algunas de ellas se unieron a una iglesia que no pertenece a la Convención Bautista y olvidaron avisar a su antigua congregación. Pero incluso teniendo

en cuenta las circunstancias atenuantes, la realidad es asombrosa: millones de personas que una vez profesaron lealtad a Cristo ahora no tienen nada que ver con él. Y eso es solo en la Convención Bautista.

UN PROBLEMA ANTIGUO

Los apóstatas y los que dan marcha atrás pueden abundar en estos días, pero no son nada nuevo. El Nuevo Testamento habla de un montón de gente prominente que abandonó el barco de la Iglesia del primer siglo:

- Judas Iscariote. Fue el abuelito de todos ellos. Pareció un verdadero discípulo de Cristo (Jn. 13:21-22). Pero al final, traicionó a Jesús y se mató (Mt. 27:5).
- Himeneo, Alejandro y Fileto. Estos hombres abandonaron la verdad del evangelio, naufragaron en su fe, y se desviaron de la verdad (1 Ti. 1:19-20; 2 Ti. 2:17-18).
- Demas. Pablo anuncia los saludos fraternales de Demas a las iglesias en varias de sus cartas. Tuvo que haber sido un estrecho colaborador del apóstol. Pero cuando Pablo escribió su última carta, Demas lo había abandonado a causa de su amor por el mundo (2 Ti. 4:10).

Los eruditos también creen que el apóstol Juan escribió su primera carta en respuesta a los creyentes que estaban abandonando la fe. Un grupo de cristianos profesantes comenzaron a rechazar que Jesús —el Hijo de Dios— había venido en carne humana. Este grupo se separó de la congregación fiel, dejando a los miembros restantes confusos, en conflicto, y vulnerables.[3] Juan quería ayudar a la iglesia a entender esta separación, así que les dijo: “Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros” (1 Jn. 2:19).

Los miembros que se marcharon podrían haber parecido creyentes fuertes. Algunos de ellos podrían haber sido líderes en la congregación. Pero sus verdaderos colores estaban ahora saliendo a la luz.

Es importante tener en cuenta lo que Juan *no* estaba diciendo. Él no estaba diciendo: "Estas personas fueron cristianos una vez, pero ya no". Más bien, estaba diciendo que nunca fueron cristianos en primer lugar. Nunca fueron realmente "de nosotros". De lo contrario, estarían aún en la iglesia. El hecho de que abandonaron la fe demuestra que nunca fueron creyentes genuinos.

Aquí está la lección subyacente afirmada de la manera más clara posible: La Biblia nos enseña que los cristianos genuinos no dejarán la fe. Los cristianos genuinos no abandonan a Cristo.

¿Qué significa esto para tu vida y la mía? Significa que lo que importa no es si *una vez* actuamos y hablamos como creyentes, sino si estamos siguiendo a Cristo *hoy* y si continuaremos haciéndolo hasta el fin.

Muchas iglesias de los Estados Unidos enseñan que ser cristiano es solo una cuestión de tomar una decisión. Si en algún momento de tu vida quieres ser cristiano, dile a Dios que aceptas su perdón, y así el trato queda hecho. Lo tratan como una vacuna contra el sarampión, en la que recibes una dosis de perdón que te inmuniza permanentemente contra el fuego del infierno, sin importar si continúas siguiendo a Cristo o no.

Si ese es el entendimiento de la salvación que tenías cuando tomaste este libro, este capítulo puede parecerte radical. Pero te aseguro que no es tan radical como parece. De hecho, muchos cristianos en el pasado consideraron estas ideas como básicas. Por ejemplo, la Nueva Confesión Bautista de Fe de Hampshire —escrita en 1833— resume la enseñanza de la Biblia sobre el tema de esta manera: "Creemos que solo son creyentes verdaderos los que perseveran hasta el fin; (y)

que su adhesión perseverante a Cristo es la gran marca que los distingue de los profesantes superficiales…"[4]

¿Cómo podemos saber quiénes son los verdaderos creyentes? ¿Cómo podemos distinguirlos de aquellos que tienen profesiones superficiales de fe? Los verdaderos creyentes permanecen hasta el final. Su unión con Cristo persevera y nunca desaparece.

JUSTO EN EL CORAZÓN DEL EVANGELIO

Observa que hay dos errores que deben evitarse aquí. Por un lado, tenemos que evitar el error de decir que se puede perder la salvación. Un verdadero cristiano no puede perderla. Un cristiano genuino *persevera*. Por otro lado, hay que evitar el error de los que con ligereza usan las palabras "¡Una vez salvo, siempre salvo!" como si pudieras hacer una decisión por Cristo, pero después vivir como el diablo. Tampoco es así. Un verdadero cristiano persevera *en seguir a Cristo*.

Para ver esto, considera la naturaleza de la salvación que Jesús aseguró para su pueblo. Es mucho más que una tarjeta diciendo: "Sal del infierno gratis". Más bien es lo siguiente:

- Éramos esclavos del pecado; Jesús vino para hacernos libres (Ro. 6:22).
- Estábamos muertos; Jesús vino para darnos vida (Ef. 2:5).
- Estábamos perdidos; Jesús vino a buscarnos (Lc. 19:10).
- Estábamos espiritualmente enfermos; Jesús vino a sanarnos (Lc. 5:31-32).
- Estábamos espiritualmente ciegos; Jesús vino para que podamos ver la verdad (2 Co. 4:4-6).
- Éramos hijos rebeldes; Jesús vino a restaurarnos con nuestro padre (Lc. 15:11-32).
- Éramos enemigos de Dios; Jesús vino a hacernos sus amigos (2 Co. 5:18-19).

- ❖ Adorábamos ídolos que no podían ayudarnos; Jesús vino para librarnos de sus garras (1 Ts. 1:9).

¿Puedes ver por qué un creyente verdadero, que realmente ha experimentado el perdón de Cristo, permanecerá en la fe hasta el final? Desde una perspectiva humana, ser salvo significa ser salvado de una vida de desobediencia y rebelión. Alguien que continúa desobedeciendo y rebelándose simplemente no ha sido salvado, porque la salvación, entre otras cosas, es la salvación de *eso* precisamente. Es como señalar a alguien sentado en un charco de barro y decir que lo salvaste del barro. Tus palabras no tienen sentido. Cuando alguien que una vez profesó la fe ya no tiene el deseo de adorar, disfrutar, obedecer y amar a Dios, demuestra que no recibió la salvación reconciliadora y purificante de Jesús, en primer lugar.

Desde la perspectiva de Jesús, vale la pena considerar las metáforas de la salvación. Alguien a quien se le ha dado la vista no puede empezar a *no ver*. Alguien que ha sido resucitado está vivo, no muerto. Alguien que ha sido adoptado como un hijo es un hijo. El asunto es que Jesús salva. No salva y "des-salva". Si él salvó y después "des-salvó", entonces no sería un salvador muy bueno.

RAZONES POR LAS QUE LA GENTE SE APARTA

Jesús una vez contó una parábola para ayudarnos a entender por qué las personas pueden parecer ser seguidoras de Cristo inicialmente, pero después apartarse. Él dijo:

> "Oíd: He aquí, el sembrador salió a sembrar; y al sembrar, aconteció que una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves del cielo y la comieron. Otra parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra. Pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Otra parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron y la ahoga-

> ron, y no dio fruto. Pero otra parte cayó en buena tierra, y dio fruto, pues brotó y creció, y produjo a treinta, a sesenta, y a ciento por uno. Entonces les dijo: El que tiene oídos para oír, oiga" (Mr. 4:3-9).

Más adelante, en este mismo capítulo, Jesús explicó el significado de su historia a sus discípulos. Les dijo que los cuatro tipos de tierra representaban cuatro tipos diferentes de personas y sus diferentes respuestas a la Palabra de Dios:

La primera categoría de gente oye la Palabra de Dios y no tiene ningún interés en ella. Nada sucede porque Satanás no deja que nada suceda: "después que la oyen, en seguida viene Satanás, y quita la palabra que se sembró en sus corazones" (Mr. 4:15).

La segunda categoría oye la Palabra de Dios y en un principio parece aceptarla. Parecen cristianos, pero no duran mucho: "cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan" (Mr. 4:17).

La tercera categoría de gente oye la Palabra, pero aunque pueda brotar una respuesta positiva, de nuevo, no dura mucho: "los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se hace infructuosa" (Mr. 4:19).

La última categoría de gente oye la Palabra, y no la suelta. Hay salvación. El crecimiento brota y persevera: "oyen la palabra y la reciben, y dan fruto a treinta, a sesenta, y a ciento por uno" (Mr. 4:20).

Para nuestros propósitos, estamos interesados en las experiencias de la segunda y tercera categoría de personas en la parábola de Jesús. Los primeros no dirían ser cristianos, y

los cuartos perseveran en la fe y dan mucho fruto. Pero tanto los segundos como los terceros muestran signos iniciales de compromiso cristiano, pero al final ni dan frutos ni encuentran salvación. Al considerar sus casos, encontraremos dos razones comunes por las que las personas se apartan de la fe.

La persecución a causa de la Palabra

Las personas de la segunda categoría oyen la buena noticia de Jesús y la reciben con gozo. Están entusiasmados con Jesús y disfrutan de la compañía de nuevos amigos cristianos. Tal vez son bautizados, se unen a una iglesia, y empiezan a usar camisetas cristianas.

Pero entonces la persecución comienza. Tal vez es sutil (la familia y los viejos amigos se burlan de sus camisetas). Tal vez es violenta (el gobierno amenaza con meterles en la cárcel o algo peor). Sea lo que sea, empiezan a pagar un precio por su asociación con Jesús, tal y como Jesús les prometió que pasaría: "Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán" (Jn. 15:20). Aparentemente, no hay manera de seguir a un Mesías que fue crucificado por los poderes del mundo sin que exista sufrimiento. Y, tristemente, los cristianos a menudo fallan en advertir a las personas para que "calculen el costo" antes de tomar la decisión de seguir a Jesús.

Independientemente de que los miembros de este segundo grupo hayan sido instados a calcular el costo —¡por favor hazlo cuando compartas el evangelio!— la idea de seguir a Jesús pierde rápidamente su encanto en circunstancias adversas. Y llega un momento en el que supone más un problema que algo que valga la pena. De forma lenta pero segura, estos navegantes de buen tiempo se distancian de la comunidad cristiana. Al final, aquello que empiezan a llamar su "fase cristiana" queda como un recuerdo lejano.

Compara esto con la respuesta de las personas para las que fue escrito el libro de Hebreos. Esta iglesia había sido desterrada y estaba soportando la persecución del gobierno.

El autor de Hebreos, por tanto, recuerda a estos cristianos el sufrimiento pasado, celebra su perseverancia y los anima a resistir. Escribe:

> "Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, sostuvisteis gran combate de padecimientos; por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante. Porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos. No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma. Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma" (He. 10:32-39).

Estos cristianos verdaderos soportaron persecución por causa de Cristo. Fueron humillados públicamente y arruinados económicamente, pero se aferraron con fuerza a Jesús y no volvieron atrás. Como todos los creyentes a lo largo del tiempo, experimentaron el nuevo nacimiento y prometieron lealtad a Jesús. Ningún problema les iba a hacer renunciar. Por el contrario, aquellos que profesan fe en Cristo y lo abandonan cuando vienen las pruebas, probablemente nunca fueron cristianos genuinos.

La prosperidad que ahoga la Palabra

Los miembros de la tercera categoría, como los de la segunda, también reciben la Palabra, pero finalmente se alejan de ella. Lo que les distrae es su preocupación por las cosas del mundo, bien sea porque son pobres y viven

agobiados y ansiosos por pagar el alquiler, o porque son ricos y siempre están buscando casas mejores y más grandes.

La fe de algunas personas es asaltada por la pobreza y el sufrimiento. La fe de otros es ahogada por el éxito. La privación tienta a algunos a abandonar la esperanza de Cristo en busca de pastos más verdes. La prosperidad hace que otros desvíen su mirada de él. En otras palabras, no se trata de cuánto tienes. Se trata de lo que estás buscando.

Ahora bien, pensamos en la prosperidad como algo bueno, y en cierto modo lo es. Pero puede ser peligrosa en términos espirituales. Piensa en esto:

- Las posesiones materiales pueden tener el efecto de la anestesia, alivian el dolor del alma y hacen a las personas insensibles a su necesidad de Cristo.
- Las riquezas nos tientan a confiar en ellas para nuestro bienestar en lugar de confiar en Jesús.
- La prosperidad implica que tenemos más que perder, lo cual hace más difícil que dejemos todo por amor a Cristo.
- Las riquezas son difíciles de conseguir. Se requiere mucho trabajo e inversión para ganar y mantener la riqueza, lo cual nos deja menos tiempo para asuntos espirituales. El famoso rapero The Notorious B.I.G. dijo: "Ma' dinero, ma' problemas".
- Y mientras más poseemos, más cosas tenemos para atesorar en lugar de Cristo.

La Biblia habla repetidamente acerca de los peligros de la riqueza. Pensaremos más en esto en capítulos posteriores, pero baste con decir que alguien que abandona a Jesús con el fin de adquirir riqueza y prosperidad nunca le atesoró (Mt. 13:44-46).

DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA

Entonces, ¿cómo podemos perseverar en la fe y seguir siendo fieles hasta la muerte o hasta el regreso de Jesús (lo que ocurra primero)? El libro de Judas nos ayuda a responder a esta pregunta. Judas escribe:

> "Conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne. Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén" (Jud. 21-25).

Judas menciona dos realidades que debemos mantener en tensión.

La perseverancia es la responsabilidad del creyente

Por un lado, Judas nos instruye a mantenernos "en el amor de Dios". Dios nos ama, sí, pero tenemos que mantenernos en ese amor. En otras palabras, la perseverancia es una responsabilidad del creyente.

Y Judas no es el único escritor del Nuevo Testamento que habla de esta manera. A lo largo del Nuevo Testamento los autores nos exhortan a invertir tiempo y energía en asegurarnos de que estamos perseverando. Señalan el peligro constante de caer, precisamente para que prestemos atención a la advertencia y hagamos lo que sea necesario para permanecer fieles. He aquí algunos ejemplos:

> "Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados" (1 Jn. 2:28).

> "Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos. Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo" (1 Ti. 6:12-14).

> "No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma. Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma" (He. 10:35-39).

> "Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante" (He. 12:1).

Estas advertencias y exhortaciones asumen que la perseverancia es el trabajo y la responsabilidad de cada cristiano a nivel individual.

En resumen, hay una diferencia entre mi esposa y yo cuando se trata de correr. Ella persevera, yo no. Así es en la vida cristiana: somos llamados a perseverar. En palabras de Jesús, una vez más: "Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo" (Mt. 10:22).

La perseverancia es obra de Dios

Por otra parte, esto es solo la mitad de la historia. Si lo único que vas a recordar de este capítulo es la ilustración introductoria acerca de la perseverancia de mi esposa, te

habrás perdido algo crucial. Debemos perseverar, sí, pero al final, la perseverancia es obra de Dios.

Judas no puso su confianza final en el trabajo duro o el esfuerzo de sus lectores. También les recordó que Dios "es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría" (Jud. 24).

Los creyentes pueden tener la confianza de que van a perseverar hasta el final porque es el Señor mismo quien mantiene fieles a los suyos. Dios usa las advertencias de la Escritura enumeradas anteriormente para alertar a su pueblo y darle poder para evitar la caída. Escucha una vez más:

> "Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Fil. 1:6).

> "En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria" (Ef. 1:13-14).

> "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre" (Jn. 10:27-29).

> "Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 8:38-39).

Así como la salvación de los creyentes no es obra suya, tampoco lo es su perseverancia. La sublime gracia que salva miserables es la misma sublime gracia que los guarda hasta el final.

¿Significa la promesa de Jesús de que nadie nos puede arrebatar de su mano, o la promesa de Dios de que nada nos puede separar del amor de Cristo, que podemos sentarnos y no hacer nada? No, en absoluto. Debemos esforzarnos, sabiendo que Dios obra en nosotros. Así es como Pablo habla de ambas caras de la moneda en un solo verso: "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 2:12-13).

CONCLUSIÓN

Si estás caminando con Cristo actualmente, este capítulo no tiene la intención de asustarte. Puedes tener la confianza de que el Señor se mantendrá cerca de ti a medida que le sigues. Sigue peleando la buena batalla y persevera hasta que suene la bocina final. Dedícate a alentar a otros cristianos para que hagan lo mismo.

Sin embargo, si te has alejado de la fe, o si estás considerando dejar la fe, ¡presta atención a esta advertencia! Si estás confiando en una profesión de fe del pasado que no tiene nada que ver con tu vida diaria hoy, oro para que oigas la Escritura llamándote a venir a Cristo. Si te has alejado definitivamente de Cristo, no eres cristiano.

CÓMO RESPONDER

Reflexiona:

- ¿Por qué la naturaleza de la salvación de Cristo implica que un verdadero creyente no volverá a una vida de incredulidad?

- ¿Estás siguiendo a Cristo ahora mismo?

- ¿Cómo puede la perseverancia ser a la vez nuestra responsabilidad y la responsabilidad de Dios?

Arrepiéntete:

- Confiesa a Dios cómo el mundo ha conspirado con tus propios deseos pecaminosos para tentarte a dejar de seguir a Jesús. Pídele que te perdone por tu fe inconstante.

Recuerda:

- Medita en las palabras del Salmo 130:3-4: "Si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse? Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado".

- Agradece a Dios que no nos paga por nuestras iniquidades, sino que las cargó todas en su Hijo para que pudiéramos ser perdonados. No podemos trabajar lo suficientemente duro para mantenernos en la fe, así que alábale por sostener a sus ovejas en la palma de su mano.

Informa:

- ¿Qué papel juega la iglesia local en ayudar al pueblo de Dios a perseverar en la fe?

- ¿Tienes a alguien en tu vida que te esté animando a permanecer fiel a Cristo? Si no es así, ¿quién podría ayudarte en esto?

Capítulo 6

No eres cristiano si no amas a la gente

Para el 99% de nosotros, crecer significa aprender a aceptar nuestras limitaciones. Cuando era joven, quería ser médico, bombero y jugador de béisbol profesional. A medida que fui creciendo, descubrí que el tiempo era limitado y que tendría que empezar siendo un jugador de béisbol solamente. Ser médico y bombero podía esperar hasta que la carrera deportiva hubiese terminado.

Un poco más tarde, tal vez cuando tenía once años, cada uno de estos sueños comenzó a desmoronarse. Era lento. Me faltaba coordinación entre mis ojos y mis manos, por lo que nunca iba a poder batear una pelota con regularidad. Ver sangre me horrorizaba. Y se hizo evidente para mí que es mejor salir corriendo de los edificios en llamas que entrar en ellos. Poco a poco, el veredicto estaba haciéndose realidad: no iba a ser ni jugador de béisbol, ni médico, ni bombero.

Luego vinieron varios años de ansiedad y desesperación acerca del futuro. Entonces, en algún momento al final de la secundaria, me di cuenta de lo que debería hacer con mi vida: sería un profesor universitario; un tipo inteligente y profesional. Si no puedo ser el primera base de los *Yankees* de Nueva York, ¿qué podría ser mejor? Básicamente te pagan por leer un montón de libros, hablar a los estudiantes dos días a la semana, y tener los veranos libres. Añade mi afi-

ción por llevar gabardina y fumar una pipa, y tendríamos el modelo perfecto. Sería un profesor de literatura. Mi crisis existencial había terminado…

… hasta que llegó Charles Dickens. ¿Has leído a Dickens? Sus novelas son el equivalente literario de la hierba de trigo: amada por un pequeño grupo de devotos, sin duda buena para ti, pero muy difícil de tragar. Cuando mi profesor de inglés de noveno grado nos asignó la novela *Hard Times* (Tiempos difíciles) de Dickens, al principio estaba emocionado. Sabía que una persona tenía que apreciar a Dickens para ser un intelectual profesional. Aquí estaba mi emocionante oportunidad de dar mi primer paso hacia un nuevo destino.

Pero al llegar a la página seis, todas mis esperanzas se desvanecieron, y llegó el pánico. *Hard Times* es una crítica ficticia al utilitarismo, y debe ser una de las obras de ficción más aburridas que se haya escrito jamás. Bueno, para ser exactos, todo lo que puedo decir con certeza es que las primeras seis páginas deben ser algunas de las seis páginas de ficción más aburridas jamás escritas. Tras esto, todo lo que puedo decir es que *Hard Times* dio lugar a los materiales de estudio más aburridos nunca vistos. Estoy convencido de que ningún ser humano ha terminado de leer con éxito esta novela. Los que dicen haberlo hecho están fingiendo.

De hecho, mi desagrado por Dickens se prolongó durante años. Nunca leí *Great Expectations* (Grandes expectativas). Evité *A Tale of Two Cities* (Un cuento de dos ciudades) como a la peste. Incluso me negué a ver el musical *¡Oliver!* —basado en la novela de Dickens llamada *Oliver Twist*— cuando fue televisado en el canal local PBS. Si un hombre podía escribir un libro tan aburrido como *Hard Times*, ¿cómo sería de insoportable la versión musical de *¡Oliver!*?

Hubo una excepción a mi sinsabor con Dickens. Cada Navidad, solía ver alguna versión de la película *A Christmas Carol* (Un cuento de Navidad) (Alastair Sim, George C.

Scott, Patrick Stewart, los Muppets), y me encantaba. La historia de la transformación de Ebenezer Scrooge de cascarrabias a filántropo es enternecedora, cautivadora, y sin duda entretenida (todo lo que *Hard Times* no es). Sin embargo, no me atreví a leer los libros en los que se basaban las películas. Los recuerdos del aburrimiento de noveno grado eran demasiado dolorosos.

Bueno, un fatídico día, con el ánimo de mi encantadora esposa, enfrenté mis miedos y agarré el libro *A Christmas Carol*. Al principio tenía miedo, como si las palabras de la página se fuesen a filtrar a través de mis ojos como un virus de aburrimiento, llevándome a un oscuro letargo. Pero fui gratamente sorprendido. El libro era tan bueno como la película, tal vez incluso mejor. Y a pesar de la total incapacidad del autor para hacer que Thomas Gradgrind Jr. y los otros personajes en *Hard Times* parecieran remotamente interesantes, sus descripciones de Ebenezer Scrooge eran una delicia. Escucha este pasaje:

> ¡Oh! ¡Pero qué tacaño que era en el trabajo, el tal Scrooge! ¡Viejo pecador avaricioso, que estrujaba, retorcía y avasallaba a las personas! Duro y afilado como el pedernal, del que nunca ningún acero sacó ni una chispa de generosidad. Era reservado, introvertido y solitario como una ostra. La frialdad de su interior congeló su viejo semblante y su puntiaguda nariz, arrugó sus mejillas, encorvó su andar; enrojeció sus ojos, azuló sus finos labios y agravó su áspera voz. Una helada escarcha yacía sobre su cabeza, sus cejas y su tiesa barbilla. Siempre llevaba consigo su gélida temperatura; congelaba su oficina en los días calurosos, y no se descongelaba ni un grado en Navidad.[1]

La profundidad de la misantropía de Scrooge hace que su transformación sea aun más satisfactoria y deleitosa. Cuando termina la historia, leemos:

> Scrooge fue mejor de lo que se había propuesto. Lo hizo todo, e infinitamente más; y para Tiny Tim, que no murió, fue un segundo padre. Se convirtió en tan buen amigo, tan buen maestro y tan buen hombre, que fue el mejor que se conoció en toda aquella buena y vieja ciudad, o en cualquier otra buena y vieja ciudad, pueblo o barrio de este buen y viejo mundo. Algunos se reían al ver el cambio en él, pero les dejaba reír, y poco caso les hacía; porque era lo suficientemente sabio como para saber que nunca sucede nada en este mundo, para bien, de lo que algunas personas no se burlen en un principio; y sabiendo que éstos permanecerían ciegos de todas formas, pensó que era mejor que hiciesen muecas, al entornar los ojos por no poder reprimir la risa, y que no manifestasen su enfermedad en formas menos atractivas. Su propio corazón reía, y eso era más que suficiente para él.[2]

A todas las personas les gustan las historias de redención y regeneración. Eso explica por qué *A Christmas Carol* siempre ha sido uno de los cuentos favoritos.

No obstante, todos sabemos que este tipo de cosas no suceden en la vida real. Los leopardos no cambian sus manchas. La gente no aprende a amar después de toda una vida de maldad. Los Ebenezer Scrooges del mundo no se convierten de repente en Madres Teresa. ¿No?

¿O sí? De alguna manera, el mensaje principal del libro que tienes en tus manos es exactamente este tipo de cambio que ocurre en los cristianos. Uno de los cambios más importantes que siempre acompaña al verdadero arrepentimiento y a la fe —dice la Biblia— es un crecimiento en amor genuino por los demás. De hecho, si este tipo de cambio no ha acompañado a tu conversión, hay razón para cuestionar si eres realmente cristiano.

No me estoy inventando esto. Lo estoy sacando del apóstol Juan. Escúchalo: "Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. *El que no ama, no ha conocido a Dios*;

porque Dios es amor" (1 Jn. 4:7-8). La cuestión es bastante simple: no eres cristiano si no amas a la gente.

UN TIPO DE AMOR LOCO

Es cierto que estamos ante una declaración dura, ya que exige que examinemos nuestros corazones y vidas con honestidad. Pero también es dura porque, bueno, es difícil saber cuánto amor se espera. Quiero decir, todo el mundo ama algo o a alguien. Incluso las peores personas que conozco aman a sus amigos, a sus madres o a sus hijos. Si tienes que amar para ser cristiano, ¿quién entonces *no* cumple con ese criterio?

Todo el mundo ama el amor. Si te levantaras en una reunión de cristianos, musulmanes, judíos, budistas e hindúes, y gritaras: "Dios es amor", muchos estarían de acuerdo contigo. A la gente le gusta la idea de un Dios que es amor. Incluso gusta la idea de una religión que le dice a la gente que ame. Piensa en esto: los estadounidenses tienen un día festivo dedicado exclusivamente a expresar amor.[3] Las tarjetas de amor se venden por millones. Y por lo menos dos series románticas de Jennifer Aniston son impuestas a la población cada año. Pero en un mundo donde las nociones confusas del amor venden mucho, ¿qué significa "tener amor" de una manera singularmente cristiana?

Para responder a esta pregunta, tenemos que cavar más profundo en lo que la Biblia nos dice acerca de cómo los cristianos deberían amar. La Biblia nos dice que los cristianos se diferenciarán por tres tipos específicos de amor. A medida que avanzamos, te darás cuenta de que uso muchas referencias bíblicas. No te saltes estos pasajes. Léelos. Que no sean mis opiniones las que den forma a tu comprensión del amor. Que sea la Biblia la que lo haga. Además, no quiero que creas que te estoy dando gato por liebre. Lo que encontrarás aquí es *cristianismo básico*. Si puedes, haz una pausa en cada pasaje de la Escritura y medita en él.

El amor por otros cristianos

La noche antes de ser crucificado, Jesús dio a sus discípulos una instrucción final, un nuevo mandamiento. Les dijo: "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (Jn. 13:34-35). Los discípulos de Jesús deberían amarse unos a otros en maneras que son extraordinarias para los estándares del mundo. Este es uno de los distintivos de los seguidores de Cristo.

Este amor se manifiesta normalmente en el contexto de la vida de la iglesia local. Los miembros de una iglesia local deben cuidarse unos a otros física y espiritualmente, tal y como los escritores del Nuevo Testamento enseñaron a las primeras iglesias. Por ejemplo, el escritor de Hebreos dice a la iglesia que "permanezca el amor fraternal", y que recuerden a los hermanos y hermanas que están en prisión por su fe, que compartan lo que tengan, y que hagan que el servicio de los líderes sea un gozo (He. 13:1, 3, 17).

Pedro, sabiendo lo difícil que puede ser amar a nuestros hermanos de la iglesia, escribe: "Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados" (1 P. 4:8). Tus hermanos van a pecar contra ti, pero ¡ámales de todos modos! ¿Y sabes qué más? Ejercita tu hospitalidad con ellos, y no te quejes mientras lo haces (v. 9). Además, ya sabes que un hombre es un líder cuando puede ejercer este tipo de amor y cuidado por una congregación (1 P. 5:2-3).

Vez tras vez, la Escritura manda a los cristianos a amarse los unos a los otros.[4] Así que Juan nos dice que el amor por los demás cristianos es una de las marcas de un discípulo verdadero, y la falta de amor es un señal de un falso creyente:

> "El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y

> en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos" (1 Jn. 2:9-11).

El amor por los necesitados

Otra característica del amor cristiano es que tiende a ayudar a los pobres y necesitados. La primera carta de Juan, una vez más, nos desafía aquí. Juan pregunta enfáticamente: "Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?" (1 Jn. 3:17). No hay manera de tener el amor de Dios morando en ti sin que se desborde en actos de misericordia hacia los necesitados. Si decimos que tenemos fe en Cristo, pero nos negamos a ayudar a alguien en necesidad, nuestra fe está muerta y es inútil (Stg. 2:15-17).

Parece que este tipo de amor por los pobres caracterizó a los primeros cristianos. Alrededor del 45 d. C., una hambruna estalló en Jerusalén, la cual tuvo un impacto terrible sobre los cristianos de la ciudad. Las iglesias de Macedonia, en respuesta, dieron generosamente para ayudar, a pesar de que ellos mismos eran bastante pobres. También sabemos que las congregaciones tenían programas regulares de ayuda para las viudas pobres (1 Ti. 5:3 *ss*.), y esa preocupación por los pobres era un distintivo de piedad en la Iglesia primitiva (Hch. 9:36 *ss*., Hch. 10:4).

Este patrón de vida impresionó incluso a extraños hostiles. En el 197 d. C., Tertuliano, un líder de la Iglesia primitiva, escribió su *Apología* para defender a los cristianos de las autoridades romanas hostiles. Tertuliano describió el extraordinario amor que los cristianos mostraron a sus hermanos y hermanas en necesidad, un amor tan grande que trajo el desprecio de sus vecinos paganos. Él escribió:

> Aunque tenemos nuestro tesoro, no se compone de dinero de compra, como el de una religión que tiene su precio. Cada mes, en el día de la

> colecta, el que quiere hace una pequeña donación; pero solo si es su voluntad, y solo si puede hacerlo, porque no hay ninguna obligación, todo es voluntario. Estos regalos… no se toman de allí y se gastan en fiestas, en beber y comer, sino que se usan para apoyar y enterrar a los pobres, para suplir las necesidades de los niños y niñas privados de medios y padres, y de los ancianos confinados a permanecer en casa; tales también, los que han sufrido un naufragio; o si hay alguno en las minas, o desterrados en islas, o encerrados en las cárceles, por nada más que su fidelidad a la causa de la Iglesia de Dios, se convierten en los protegidos de su confesión. Pero son sobre todo las obras de un amor tan noble que llevan a muchos a poner un estigma en nosotros. *Mirad*, dicen, *cómo se aman unos a otros*… cómo incluso están dispuestos a morir unos por otros.[5] (Cursivas mías).

En el capítulo 1 vimos brevemente la enseñanza de Jesús en Mateo 25. Si recuerdas, Jesús dijo a sus oyentes que algún día regresaría y separaría a su pueblo (las ovejas) de los que no son cristianos (los cabritos). A continuación pasa a describir lo que caracteriza a las ovejas:

> "Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mt. 25:34-40).

Los cabritos por su parte no mostraron tanta compasión por los necesitados. Jesús continúa:

> "Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna" (Mt. 25:41-46).

No sé cómo se podría enfatizar esto con más contundencia. Cuando el Rey Jesús regrese, él será capaz de separar a su pueblo por el amor que demostraron por los necesitados.

El amor por tus enemigos

El tercer tipo de amor que caracteriza a un verdadero cristiano es el amor por los enemigos. Esta es quizás la forma más difícil —pero más distintiva— de amor ordenada por Jesús. Cristo observa que incluso los peores tipos de pecadores aman a los que les aman. Pero eso no es suficiente para su pueblo. Dice:

> "Pero a vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, ni aun la túnica le niegues. A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva. Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo. Y si prestáis a aquellos de quienes

> esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores prestan a los pecadores, para recibir otro tanto. Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y malos. Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso" (Lc. 6:27-36).

El cristiano debe caracterizarse por un amor fuera de lo común, que se opone a lo natural. Amamos naturalmente a los que son amables con nosotros y odiamos naturalmente a aquellos que se nos oponen. Pero todo el que ha nacido de Dios y que sigue a Jesús como Señor ama sobrenaturalmente, lo que significa amar a aquellos que están en contra de nosotros.

¿QUÉ TIENE QUE VER TODO ESTO CON EL AMOR DE DIOS?

Los verdaderos cristianos aman. Aman a otros cristianos, a los necesitados y a sus enemigos. ¿Por qué aman así? Recuerda lo que 1 Juan 4:7 dice: Los cristianos han nacido de Dios, y Dios es amor. Los cristianos aman así porque —por el poder del Espíritu— reflejan el carácter de Dios mismo. Fíjate bien en las razones que la Escritura da en cuanto a por qué este amor debe estar presente:

> "El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor" (1 Jn. 4:8).

> "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros" (Jn. 13:34).

> "Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que

> os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos" (Mt. 5:44-45).

En cada uno de estos versos, a los cristianos se les manda a amar porque Dios mismo ama. Nuestro amor muestra que el amor de Dios está en nosotros, y demuestra cómo es él. Amamos a otros cristianos, a los necesitados, y a nuestros enemigos, porque esas son las personas que Dios ama.

Dios ama a su pueblo (los cristianos)

El amor de Dios por su pueblo es una cosa maravillosa. De hecho, todo el mensaje cristiano muestra las glorias del amor inmerecido de Dios para la gente que salva. Dios repetidamente recuerda a los cristianos que su salvación demuestra su amor por ellos.

> "Pero Dios, que es rico en misericordia, *por su gran amor con que nos amó*, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dió vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)" (Ef. 2:4-5).

> "... a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos *cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento*" (Ef. 3:17-19).

> "Pero cuando se manifestó *la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres,* nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo" (Tit. 3:4-5).

> "Mirad *cuál amor nos ha dado el Padre*, para que seamos llamados hijos de Dios" (1 Jn. 3:1).

¿Por qué Dios ha salvado a su pueblo? ¿Por qué los ha hecho sus hijos? No es por nada que hubiese en ellos. Más bien, es enteramente una cuestión del increíble amor de Dios. Él ama a los suyos, y por eso envió a su Hijo para salvarlos.

Dios ama a los necesitados

Es natural amar a las personas que tienen éxito, que son ricas, y que tienen buena presencia. Si estuvieras en una fiesta y entrara un deportista famoso o una estrella de Hollywood, pasarías el resto de la noche hablando de ello. Pero Dios declara que él fija su amor en los necesitados, en los pobres, en las viudas, en los huérfanos y en los que claman a él en busca de ayuda:

> "Porque Jehová vuestro Dios es Dios de dioses y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas, ni toma cohecho; que *hace justicia al huérfano y a la viuda; que ama también al extranjero* dándole pan y vestido. Amaréis, pues, al extranjero..." (Dt. 10:17-19).

> "Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?" (Stg. 2:5).

> "Alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis" (Lc. 6:20-21).

En un inesperado cambio de fortuna, los pobres y los necesitados tendrán más bendición que los ricos y poderosos. La fama y el placer tienden a adormecer la necesidad de Dios en la gente. Pero los desesperados son más propensos a clamar a Dios y así hallarle misericordioso y dispuesto a ayudar.

Dios ama a sus enemigos

Una cosa es que Dios ame a las personas que no le dan ninguna razón para amarles. Otra cosa es que ame a los pobres y a los necesitados que no pueden pagarle. Pero es absolutamente sorprendente que un Dios santo y justo ame a sus enemigos en lugar de aplastarlos.

El hecho de que Dios ame de esta forma es una expresión de su perfección. Escucha estos pasajes finales:

> "Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que *hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos*. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mt. 5:45-48).

> "Y cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Y Jesús decía: Padre*, perdónalos, porque no saben lo que hacen*" (Lc. 23:33-34).

> "Mas *Dios muestra su amor para con nosotros*, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida" (Ro. 5:8-10).

¿DÓNDE ESTÁ EL AMOR?

En el capítulo 4 consideramos cómo nuestra actitud hacia el pecado revela la identidad de nuestro padre. Si amamos el pecado, Satanás debe ser nuestro padre. Si amamos la justicia, Dios debe ser nuestro padre.

De la misma manera, tu forma de amar muestra a quién

perteneces. Si solo amas a los que te aman, no eres un seguidor de Jesús. Recuerda, Jesús perdonó a sus verdugos. Si Dios mismo mostró un amor tan costoso —incluso a los fastidiosos, lisiados y necesitados—, lo mismo harán sus seguidores. Dios es amor. Y lo mismo sucede con todos los nacidos de Dios.

CÓMO RESPONDER

Reflexiona:

- ¿Cómo es el amor cristiano? ¿Cómo está ese amor enraizado en el amor que Dios tiene para la gente?

- ¿Dónde en tu vida ves evidencia de esa clase de amor?

- ¿Pueden las personas que no son cristianas mostrar amor genuino? Si es así, ¿en qué se diferencia este amor con el amor cristiano?

Arrepiéntete:

- Confiesa a Dios cómo el egoísmo, la envidia y el orgullo te han impedido ser amoroso. Pídele que te perdone por todas las veces en las que pudiste haber mostrado amor, pero decidiste no hacerlo.

- Piensa en una persona a la que puedes demostrar amor en las próximas semanas. Haz un plan para hacerlo.

Recuerda:

- Lee Romanos 5:8: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”.

- Tómate el tiempo para recordar cuán maravillosamente Dios nos ha amado al enviar a su Hijo. No podemos amar a los demás lo suficiente como para ganar ese amor. En su lugar, entender el amor de Dios por nosotros a pesar de nuestro pecado nos permite amar a los demás.

Informa:

- Pide a alguien de tu iglesia que te ayude a evaluar si tu vida está caracterizada por el amor.

- ¿Cómo el estar involucrado en una iglesia local te ayuda a crecer en los tipos de amor descritos en este capítulo?

Capítulo 7

No eres cristiano si amas tus posesiones

Tener brazos es buenísimo. Es posible que lo des por sentado sin darle importancia, pero piensa en todas las cosas que haces con tus brazos:

- Vestirte en la mañana
- Cepillarte los dientes
- Abrazar a tu familia
- Meter tu boleto en la máquina para entrar en el metro
- Comer tu almuerzo
- Dar vuelta a las páginas de un libro para poder leer el resto de una brillante y atrayente introducción de un capítulo

Cada día y durante todo el día usas tus brazos. Dependes de ellos. Probablemente podrías vivir con un solo brazo. Podrías incluso sobrevivir sin ninguno. Pero seamos realistas, ninguna de estas opciones sería de tu agrado.

El alpinista Aron Ralston probablemente estaría de acuerdo contigo. Pero Ralston también sabe que algunas cosas son aun más valiosas que un brazo. En un día frío en abril de 2003, Ralston estaba caminando solo en el *Blue John Canyon* en los remotos desiertos de Utah. Ralston era un excursionista experimentado, que había escalado la

mayoría de las montañas de cuatro mil metros de las Montañas Rocosas. Ralston también había experimentado su cuota de peligro. Dos meses antes había estado enterrado hasta el cuello en la nieve por una avalancha en Colorado. Se las arregló para salir y salvar a un compañero que quedó enterrado por completo.

Pero un sábado de abril, Ralston atravesaba un tramo de un metro de ancho en un desfiladero cuando cayó sobre él una roca de 450 kilos que atrapó su brazo contra la pared del cañón. Luchó por liberar su brazo, pero fue en vano. Pasó una noche dura y muy larga. El día siguiente, se dio cuenta de que pedir ayuda era inútil. El martes se le acabó el agua. El jueves, se dio cuenta de que iba a morir si no tomaba medidas drásticas.

En este momento, los lectores sensibles deberían saltar este párrafo y el siguiente. Lo que viene a continuación no es apto para cardíacos. Con su único brazo libre y sus dientes, Ralston diseñó un torniquete con las correas de su mochila. Retorciendo su cuerpo violentamente, se fracturó el radio y el cúbito de su brazo. Luego utilizó una navaja para cortar poco a poco la piel, los músculos y los nervios de su brazo. Por último, usó sus pinzas para desgarrar los tendones tenaces del brazo. Toda la operación tomó cerca de una hora.

Ralston dejó abandonado medio brazo en la pared de aquel cañón, bajó a rápel por un acantilado de veinte metros, salió del desfiladero y fue finalmente rescatado por un grupo de excursionistas. Ahora vive en Colorado y sigue escalando montañas.

Hay muchas lecciones que aprender de su historia, como por ejemplo la locura que supone ir solo por los cañones remotos del desierto. Y ciertamente Ralston ya dispone de una buena ilustración, si alguna vez se encuentra en un púlpito predicando las palabras de Jesús acerca de cortarte la mano si te hace pecar.

Sin embargo, aquí está la moraleja que quiero sacar de la

historia de Ralston: hay momentos en los que la sabiduría nos llama a sacrificar algo muy valioso, aunque pudiera tratarse de algo bueno. Ralston, sin duda, hizo la elección correcta. Los brazos son muy importantes, pero no tienen más valor que la vida misma. A veces perder es ganar. Y ciertamente debemos renunciar a algo que no podemos mantener —citando a Jim Elliot— con el fin de obtener lo más valioso.

Al igual que los brazos, el dinero y las posesiones materiales son también cosas buenas. Son regalos de Dios para ser disfrutados. En cierto sentido, podemos incluso decir que son necesarios para vivir en este mundo. No obstante, muchos que se hacen llamar cristianos no logran ver lo fácil que es que nuestras cosas —o deseos de tener cosas— nos mantengan atrapados en la pared, y nos amenacen con tomar nuestra alma. De hecho, déjame decirlo de esta manera: no eres cristiano si amas tus posesiones materiales.

UNA DOLOROSA ELECCIÓN

En el Evangelio de Lucas leemos acerca de otro joven que estaba atrapado en una pared. Pero no era una roca lo que le mantenía sujeto, sino su riqueza. El problema era que no lo sabía.

La historia comienza cuando el joven —que era un gobernante— se acercó a Jesús con una pregunta:

> "Un hombre principal le preguntó, diciendo: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo Dios. Los mandamientos sabes: No adulterarás; no matarás; no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre. Él dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud" (Lc. 18:18-21).

El hombre quería saber lo que debía hacer para heredar la vida eterna. No podemos saber si se trataba de una pregun-

ta sincera o no. Obviamente, parecía un hombre satisfecho con sus méritos religiosos. En su expediente no había adulterio, ni mentiras, ni robos, ni asesinatos. Así que, o estaba buscando una palmadita en la espalda del famoso maestro, o estaba intentando asegurarse de que había cubierto todas sus expectativas. El asunto es que este hombre —en lo exterior— era tan bueno como tú o como yo, y probablemente mejor. Cuenta todas las cosas buenas que has hecho y todas las veces que has obedecido la ley de Dios, y luego duplícalo. El resultado sería probablemente el nivel de este tipo.

Ahora, considera cómo responde Jesús:

> "Jesús, oyendo esto, le dijo: Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme. Entonces él, oyendo esto, se puso muy triste, porque era muy rico. Al ver Jesús que se había entristecido mucho, dijo: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Porque es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios" (Lc. 18:22-25).

No esperaríamos que Jesús hubiera dicho esto. Esperaríamos que Jesús lo hubiese felicitado ("¡Tú sí que eres santo! ¡Buen trabajo!"), o lo hubiese corregido ("Espera un momento, campeón. ¿Recuerdas aquella mentira que dijiste en enero?"). Pero Jesús ignora la aptitud externa de este hombre y se enfoca en su corazón.

Resulta que a este hombre le faltaba una cosa. Tenía un montón de tesoros aquí en la tierra. Era rico (y no de clase media alta, ni de buena posición, sino "muy rico"). Comprensiblemente, amaba su dinero. Pero Jesús dijo que si este rico gobernante quería tesoros en el cielo —es decir, la salvación—, sus posesiones tenían que quedar atrás. No podía quedarse con su riqueza y con el Reino de Dios. ¿Por qué no?

EL DINERO ES UNA BENDICIÓN

Antes de responder a esta pregunta, vamos a asegurarnos de entender lo que Jesús *no* está diciendo aquí. No le está diciendo a este hombre rico que todo el dinero sea inherentemente malo. De hecho, el dinero y la prosperidad —honestamente adquirida— pueden ser una gran bendición de Dios. Considera cuatro cosas que la Biblia nos dice acerca de la riqueza:

Dios creó la tierra para ser próspera.

> "Y los bendijo Dios [a Adán y Eva], y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer. Y a toda bestia de la tierra, y a todas las aves de los cielos, y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay vida, toda planta verde les será para comer. Y fue así. Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día sexto" (Gn. 1:28-31).

La prosperidad es a menudo el fruto de la obediencia y la sabiduría.

> "Y por haber oído estos decretos y haberlos guardado y puesto por obra, Jehová tu Dios guardará contigo el pacto y la misericordia que juró a tus padres. Y te amará, te bendecirá y te multiplicará, y bendecirá el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra, tu grano, tu mosto, tu aceite, la cría de tus vacas, y los rebaños de tus ovejas, en la tierra que juró a tus padres que te daría. Bendito serás más que todos los pueblos; no habrá en ti varón ni hembra estéril, ni en tus ganados" (Dt. 7:12-14).

"Sino acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te da el poder para hacer las riquezas, a fin de confirmar su pacto que juró a tus padres, como en este día" (Dt. 8:18).

"La bendición de Jehová es la que enriquece, y no añade tristeza con ella" (Pr. 10:22).

"El indolente ni aun asará lo que ha cazado; pero haber precioso del hombre es la diligencia" (Pr. 12:27).

"Las riquezas de los sabios son su corona; pero la insensatez de los necios es infatuación" (Pr. 14:24).

La riqueza nos ayuda a proveer para los necesitados.

"El que da al pobre no tendrá pobreza; mas el que aparta sus ojos tendrá muchas maldiciones" (Pr. 28:27).

"Y respondiendo [Juan el Bautista], les dijo: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo" (Lc. 3:11).

Cuando Jesús regrese y haga nuevas todas las cosas, el pueblo de Dios volverá a ser próspero.

"Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán" (Ap. 22:1-3).

Todos comprendemos intuitivamente que el dinero puede ser una cosa buena. Cuando tus hijos están enfermos, es una bendición tener dinero para pagar por su atención médica. Cuando uno tiene hambre, es bueno tener dinero para llenar el estómago. Si este libro viniera con un billete nuevo de cien dólares adherido a la portada, no retrocederías horrorizado, sino que comprarías más copias para dárselas a tus amigos. Así que Jesús no le está diciendo a este joven gobernante que su riqueza sea inherentemente pecaminosa. El dinero es una bendición de Dios por la cual deberíamos estar agradecidos.

EL DINERO ES PELIGROSO

Pero no cambies la emisora todavía. Hay más que decir acerca del dinero, y es de vida o muerte. En un mundo caído, el dinero y las posesiones tienen un peligro inherente. El joven rico estaba ciego ante este hecho.

El dinero puede hacernos la vida más fácil. Tiene el poder de darnos lo que queremos. Por tanto, los seres humanos son constantemente tentados a hacer de su riqueza un ídolo. En lugar de confiar en el poder y en la bondad de Dios, confiamos en el poder del dinero y en nuestra propia bondad (para alcanzar felicidad y seguridad). En lugar de buscar a Dios para encontrar satisfacción, crecemos apegados a nuestras posesiones y recurrimos a ellas para hallar significado y satisfacción. Si no me crees, solo considera la histeria que inunda los periódicos cuando se derrumba la bolsa de valores o se desploman los precios de las viviendas.

Tan peligroso es el dinero que Jesús advirtió a sus discípulos que los ricos lo tendrían difícil para entrar en el Reino de Dios. Más dinero significa más tentación para abandonar a Dios y confiar en la riqueza. En Lucas 12, Jesús cuenta una parábola que ilustra esto:

> "Y les dijo: Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.

> También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios" (Lc. 12:15-21).

En la historia de Jesús, un hombre rico tiene un campo que produce una gran cosecha, la cual le hará incluso más rico. Y por eso toma una decisión financiera astuta: invierte en su infraestructura construyendo un granero más grande. Ahora lo tiene todo: una jubilación cómoda, unos buenos ahorros, y descanso de las preocupaciones y el estrés. Comer, beber y ser feliz... suena muy bien, ¿verdad?

Pero hay trampa. Este hombre muere. Dios demanda su vida. Resulta que los graneros llenos de trigo no son muy útiles cuando viene el juicio de Dios. Este hombre pudo haber sido un astuto hombre de negocios pero, a fin de cuentas, el astuto hombre de negocios fue un necio. Pasó su vida persiguiendo las riquezas equivocadas. Cuando llegó el momento de dar cuentas de su vida, no estaba preparado. Proverbios 11:4 destaca la lección sin rodeos: "No aprovecharán las riquezas en el día de la ira; mas la justicia librará de muerte".

La riqueza es como la anestesia: puede ser una cosa buenísima, pero también puede ser peligrosa. Si tuvieras una herida mortal, no querrías estar tan adormecido por la anestesia para no reconocer el peligro. La anestesia no soluciona tus problemas; no cura tus heridas. Solo te hace menos consciente de los problemas que tienes.

Toda tu riqueza es peligrosa porque tiene el poder de adormecer tu necesidad de Dios. Tiene el poder de robarte tu

amor por Dios y engañarte, haciéndote pensar que el dinero puede satisfacerte y salvarte. El apóstol Pablo concluye claramente: "Porque raíz de todos los males es el amor al dinero" (1 Ti. 6:10).

DOS SEÑORES, UNA ELECCIÓN

De hecho, tan peligroso es el amor al dinero, que Jesús lo describió como uno de los principales pretendientes al trono de Dios. Él sabía que se presenta a sí mismo como un posible salvador, ofreciendo salvación a través de la comodidad y la facilidad. Así que el Señor advirtió a sus oyentes con esta dura expresión: "Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas" (Lc. 16:13).

Piensa en ello. Hay dos dioses reclamando tu vida. Uno de ellos es el verdadero Dios del universo, que está dispuesto a ayudar y a salvar. Encontrarás libertad, gozo y vida eterna sirviéndole. El otro dios no es, después de todo, ningún dios en absoluto, pero eso no le impide hacer promesas que no puede cumplir. De hecho, este otro dios exigirá cada vez más tiempo, más y más ansiedad, más y más amor y energía, pero nunca va a proporcionar el pago definitivo de gozo y paz. Este dios es un amo de esclavos que miente. Entonces, ¿a qué dios quieres servir?

Si vienes a Cristo, no puedes hacerlo a medias. Jesús no va a compartir tus afectos y tu corazón con nadie más. Esto no es porque sea mezquino. Es porque él es bueno, y sabe que estas otras cosas te están matando. Te tienen atrapado en la pared del cañón, te des cuenta o no.

No hay nada que pueda darte lo que necesitas. Dinero, trabajo, éxito, hijos, cónyuge, esperanzas, ambiciones, sueños, reputación... todo ello puede ser bueno. Pero ninguna de estas cosas puede satisfacer tus mayores necesidades. Nuestros corazones tienden a pensar que sí pueden. Nos fija-

mos en estas cosas y pensamos: "Esto me salvará y me dará gozo, propósito y significado". Pero si tratas de encontrar gozo en cualquier cosa que no sea Jesús, acabarás mal.

Jesús nos confronta y nos ofrece desenredarnos de nuestra codicia e idolatría esclavizadora. La mayoría de nosotros no somos dueños de nuestras posesiones; sino que nuestras posesiones son dueñas de nosotros. Así que Jesús viene a liberarnos. Lleno de gracia, expone nuestros falsos amores. Nos muestra que nuestros corazones son idólatras, y extiende su salvación por gracia a cualquiera que esté dispuesto a servirle.

La naturaleza radical del discipulado exige una elección. Jesús dice que no podemos servir a Dios y al dinero porque él no admitirá rivales. Su salvación exige un compromiso total. No puedes ser cristiano si conseguir riquezas en la tierra es el principio que da sentido a tu vida. En lugar de esto, debes estar dispuesto a sacrificar todo para tener a Jesús como tu Señor.

En Mateo 13, Jesús cuenta dos breves parábolas para ilustrar esta verdad:

> "Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo. También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró" (Mt. 13:44-46).

Cada uno de estos hombres hizo el descubrimiento de su vida. El primer hombre encontró un tesoro en un campo; el segundo encontró la perla más preciosa. El Reino de los cielos es semejante a esto. La salvación que Jesús ofrece es un tesoro de valor insuperable.

Con el fin de obtener este tesoro, ambos hombres tuvieron que vender todas sus otras posesiones. El mercader de

perlas sería un hombre rico, así que no se trataba de un pequeño sacrificio. Presumiblemente, encontrar el tesoro produjo un momento de crisis para ambos. No podían tener este tesoro y aferrarse a todo aquello que amaban y por lo que habían trabajado tanto. Tuvieron que renunciar a todo. El Reino de los cielos debe obtenerse de la misma manera. Requiere que nos juguemos todas nuestras fichas. Solamente se puede obtener a cambio de todo.

De la misma manera, hay una elección ante todos nosotros, la elección de a quién vamos a servir y en qué invertiremos nuestras vidas. ¿Vamos a servir a Dios o a nuestro dinero y posesiones? A lo mejor suena como una decisión obvia. Pero billones de personas eligen mal cada día.

De hecho, existe un gran peligro en desatender a Jesús en esto. El joven rico lo hizo. Tenía todo lo que tú y yo probablemente deseamos en la vida. Era rico, poderoso e intachable en la conducta personal. Pero salió de la presencia de Jesús ese día como el esclavo de un ídolo inútil. Ante la difícil decisión de seguir a Jesús o a su dinero, eligió el dinero. Tuvo la salvación justo en frente de él pero perdió la oportunidad y se alejó como un hombre aparentemente moral, pero sin esperanza.

Entonces, ¿Jesús pide que todas las personas vendan literalmente todo y que regalen su dinero? No, pero sí llama a todos a amarle y a confiar en él más que en el dinero, y una de las mejores maneras de evidenciar esto es considerar el reto de dejar más cosas atrás. Si en el fondo amas y confías en tus posesiones, si eliges servir a tu dinero para tus propios fines, entonces no eres un seguidor de Cristo.

LO QUE IMPLICA SEGUIR A JESÚS

Seguir a Jesús nos exige pagar un precio. No podemos servir a Jesús y a nuestro dinero, porque cuando las demandas de los dos entren en conflicto, veremos a quien servimos realmente. Debemos estar dispuestos a desprendernos de nuestras riquezas si Jesús nos lo pide.

La mayoría de las multitudes que seguían a Jesús durante su ministerio terrenal no tenía idea de que él les pediría sacrificar todo. Para la mayoría de ellos, Jesús era un hacedor de milagros y un maestro. Si querías sabiduría, sanidades, y pan y pescado gratis, Jesús era el hombre a seguir.

Pero Jesús quiso asegurarse de que sabían lo que él les estaba pidiendo. Prefería que ni siquiera le siguieran antes de que lo hicieran con falsas pretensiones. Por ello, leemos en el Evangelio de Lucas: "Grandes multitudes iban con él; y volviéndose, les dijo: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo" (Lc. 14:25-27).

Vamos a hablar claro acerca del discipulado. Para ser cristiano, literalmente debes estar dispuesto a morir. Jesús debe ser más importante que tus propios padres, hermanos e hijos (a esto se refiere Jesús con "odiar"). Expliquemos un poco más estas palabras.

Primero, observa *a quiénes está hablando, su audiencia*: "Si alguno viene a mí". Esta no es una exigencia solo para supercristianos. No se está refiriendo a los mártires y a los apóstoles solamente. Está hablando a todo aquel que quiera ser cristiano. Y si tú deseas ser cristiano, esto debe ser cierto para ti también. Esta es la experiencia normal de un discípulo de Jesús.

A continuación, considera *lo que debes hacer*. Debes negarte a ti mismo. ¿Qué significa esto? Bueno, por lo general entendemos la autonegación como la abstención de lujos. Si quiero bajar de peso, me abstengo del postre. Si quiero ajustarme a un presupuesto, me niego alguna compra innecesaria. Pero Jesús va mucho más allá. Así es como John Stott lo describe:

> "Negarnos a nosotros mismos es comportarnos con nosotros como lo hizo Pedro con Jesús cuando lo negó tres veces. El verbo es el mismo (*aparneomai*). Renegó de él, lo repudió, le dio la espalda. La autonegación no es negarnos a nosotros mismos lujos tales como chocolates, pasteles, cigarrillos y cócteles (aunque esto se podría incluir); es verdaderamente negarnos o renegar de nosotros mismos, renunciando a nuestro supuesto derecho de seguir nuestro propio camino. 'Negarse a uno mismo es... arrepentirnos de la idolatría del egocentrismo'".[1]

¿Puedes ver por qué no puedes seguir a Jesús sin negarte a ti mismo? Alguien tiene que mandar en tu vida. O tú, o Jesús. No puedes decir que sigues a Jesús sin negarte a tí mismo.

Entonces, considera *cómo Jesús sube el listón*. No solo debes negarte a tí mismo, sino que debes tomar tu cruz. No podemos ni imaginarnos lo duras que habrán sido estas palabras para los discípulos. Nosotros estamos acostumbrados a las cruces. Las llevamos como joyas. Cantamos canciones sobre ellas. Están por todas partes. Pero en los días de Jesús, una cruz era algo asqueroso y repugnante. Era un método cruel de ejecución, usado por los romanos para evitar que la gente de provincias lejanas se rebelara. La sola mención de una cruz probablemente produciría una respuesta visceral en los oyentes de Jesús; el mismo efecto que "linchamiento" nos produce a nosotros hoy. Y los discípulos probablemente habían visto personas llevando sus cruces. Los romanos hacían que los condenados a muerte cargaran el travesaño de la cruz hasta el lugar de la ejecución. Sabían que era un viaje sin retorno. Los que llevaban su cruz no regresarían nunca más.

Ahora, Jesús no está hablando de morir literalmente (aunque seguir a Jesús exigirá la vida de algunos). Él está hablando acerca de morir a tu antigua manera de vivir. Él quiere que crucifiquemos nuestra antigua forma de vida,

centrada en nosotros mismos. Será como la muerte misma, porque ninguna parte de tu vida quedará intacta.

Para los principiantes, la persona que toma su cruz tendrá una relación diferente con el dinero. Como Jesús dice en otra parte: "Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo" (Lc. 14:33). Debes morir a tus posesiones. Ellas ya no deben comandar sobre tu amor y obediencia. Deben estar todas a disposición de Jesús. Si desea cualquiera de ellas, suyas son.

Amigo, cualquiera que te haya dicho que ser cristiano no requiere nada más que decir unas pocas palabras o hacer una oración como si fuera un hechizo mágico, estaba completamente equivocado. Cualquiera que te haya dicho que seguir a Jesús haría tu vida más fácil, agradable y divertida, estaba completamente equivocado. Cualquiera que te haya dicho que Jesús quiere que seas rico, estaba completamente equivocado. No, seguir a Jesús significa cargar tu cruz. Como Dietrich Bonhoeffer dijo: "Cuando Cristo llama a un hombre, le ordena venir y morir".[2]

¿QUÉ TIPO DE TESORO?

Este capítulo no pretende ser un ataque contra las personas con dinero. La salvación no es una cuestión que tenga que ver con la cuenta bancaria. Como dije antes, no es pecado tener dinero. Tampoco hay ninguna virtud inherente en estar en la ruina. Los pobres pueden ser tan esclavos de su dinero como la gente rica.

En cambio, este capítulo pretende plantear la pregunta, ¿qué amor te controla? ¿Es el amor al dinero? ¿A las posesiones materiales? ¿A lo fácil, la comodidad y la seguridad futura? ¿O es el amor a Jesús, la extensión de su Reino, y el cuidado de los pobres?

Todos los días acumulas tesoros para ti mismo. Gastas, ahorras o inviertes todo tu dinero con el fin de asegurar algún tipo de tesoro. ¿Qué tipo de tesoro estás comprando?

Jesús nos dice que debemos invertir en él (un tesoro que nunca falla). Todo lo demás es un desastre, una torre que se desplomará rápidamente. Él nos dice:

> "Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Lc. 12:33-34).

CÓMO RESPONDER

Reflexiona:

- ¿Por qué el dinero es peligroso?

- ¿Por qué crees que Jesús dijo al joven rico que vendiera todo lo que tenía (Lc. 18:22) y no dijo lo mismo también a otras personas (*cf.* Lc. 19:1-10)?

- ¿Si mostraras a alguien cómo usas tu dinero, qué conclusión sacaría esa persona acerca de lo que más valoras? ¿Qué dice esto sobre el tipo de tesoro que estás acumulando para ti mismo?

- ¿Podrías enumerar áreas de tu vida en las que has "cargado tu cruz" para seguir a Jesús? Si no es así, ¿qué implica esto en cuanto a tu declaración de ser cristiano?

Arrepiéntete:

- Pide a Dios que te perdone por las formas en las que has amado y confiado en tu dinero más que en él.

- Piensa en cómo podrías utilizar tu dinero para servir a

los propósitos de Dios. ¿Hay algo a lo que podrías renunciar que te permitiría ser más generoso con los necesitados y con la causa del evangelio?

Recuerda:

- Lee 1 Timoteo 1:15: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero".

- La muerte y la resurrección de Jesús son suficientes para salvar incluso el peor pecador. Gracias a Dios que nos salva a pesar de nuestra codicia y pecado, cuando venimos a Cristo pidiendo misericordia.

Informa:

- Muestra tu presupuesto mensual a alguien de tu iglesia que maneje bien su dinero. Pídele que valore tus hábitos de gasto.

Capítulo 8

¿Podré realmente llegar a saber si soy cristiano?

A medida que hemos ido avanzado en este libro, hemos tenido la difícil tarea de considerar principios muy claros y aplicarlos a nuestras vidas (vidas ensombrecidas con muchos grises). La Biblia es muy clara acerca de principios como estos:

- ❖ No eres cristiano si no crees y confías en los hechos del evangelio.
- ❖ No eres cristiano si disfrutas de pecar.
- ❖ No eres cristiano si no perseveras en la fe hasta el fin.
- ❖ No eres cristiano si no amas a otras personas.
- ❖ No eres cristiano si amas tus posesiones.

Pero cuando se trata de aplicar estos principios a nuestras vidas, se hace difícil verlos con claridad. Por ejemplo, ¿cuáles de estas personas son cristianas de verdad?

- ❖ Pedro es un carpintero de unos cuarenta años. Tiene dos hijos y ha estado casado con la misma mujer por casi veinte años. Profesó fe en Cristo cuando era joven y nunca ha estado involucrado en ningún pecado escandaloso. Ha sido fiel en su asistencia a la iglesia; está allí cada semana. Sin embargo, Pedro nunca se ha

involucrado en la vida de la congregación, sino que se ha mantenido a distancia. No toma la iniciativa para conocer a nadie en la congregación, ni deja que lo conozcan. Se sienta en la parte trasera del edificio con una mueca en su rostro y rara vez canta. Le gusta cómo los sermones le estimulan intelectualmente, pero rara vez considera la forma de aplicarlos a su vida.

- Francisco es un estudiante internacional. En su país de origen, el cristianismo es considerado como una reliquia de un pasado distante (una superstición para señoras mayores). Desde su llegada a los Estados Unidos, ha entablado amistad con un grupo de estudiantes cristianos. Le han incluido en sus salidas y le invitaron a ir a la iglesia. Ahora, se está preguntando si es cristiano. Cuando oyó la noticia de que Dios le ofrece perdón a través de Jesús, se emocionó mucho. Vive resistiendo al pecado y confiando cada vez más en Jesús, pero todavía tiene serias dudas de si algunos de los acontecimientos descritos en la Biblia realmente sucedieron.

- Bárbara es una mujer de casi treinta años. Profesó fe en Jesús en un campamento juvenil cuando era una adolescente. A los veinte, se casó y se involucró en una iglesia de su vecindario. Pero en algún momento, dejó de asistir. Entonces su marido descubrió que había estado teniendo una serie de aventuras amorosas. Se divorció de ella. Luego ella quedó embarazada de otro hombre, y en ese momento volvió a la iglesia diciendo estar arrepentida de su pecado. Recibió consejería y cambió su comportamiento. Ahora está tratando de reconstruir su vida con su bebé, pero está sola y siente constantemente la tentación de volver a la promiscuidad sexual.

- Alan es un adolescente. Sus padres son cristianos y ha estado en la iglesia toda su vida. Hizo una oración "para aceptar a Jesús en su corazón" y fue bautizado cuando era un niño pequeño. Cree en Dios, pero no ve realmente qué diferencia marca el cristianismo en su vida. No bebe ni consume drogas, ni va de chica en chica. Pero piensa que si pudiera hacer estas cosas sin que lo descubrieran, tal vez las haría.

- Jenny tiene treinta años. Su esposo es un abogado muy influyente, y ella es una devota ama de casa, madre de tres hijos pequeños. Vive en el Cinturón de la Biblia[1] y asiste a una iglesia bautista local, al igual que todos sus amigos. A pesar de que no es superreligiosa —en sus propias palabras—, se alegra de que sus hijos tengan una educación religiosa y se complace en dar dinero a los diferentes proyectos de la iglesia. También invierte mucho tiempo y dinero en asegurarse de que ella y su familia tengan lo mejor de todo: ropa bonita, una casa enorme, los mejores automóviles, y la escuela más exclusiva para sus hijos.

- Roberto es un hombre soltero de unos veintitantos años. Creció en un hogar cristiano y se toma en serio su fe. Está involucrado en la iglesia, lee la Biblia y ora por su cuenta un par de veces a la semana. Lee libros cristianos y escucha la radio cristiana. Pero cuando sale con sus amigos a veces bebe demasiado. Y una vez o dos veces por semana ve pornografía en Internet. Siempre se siente mal por ello, pero asume que es prácticamente inevitable.

¿Cuáles de estas personas son cristianas? Todas, menos Francisco, dicen ser creyentes, y todas también podrían dar alguna evidencia de su fe. Pero parecen fallar también en al

menos una de las pruebas que hemos esbozado en este libro. Siendo honestos, ¿quién de nosotros no falla de vez en cuando en estas pruebas? A veces, la duda irrumpe y hace que sea difícil confiar en Jesús. A veces, no amamos a otros cristianos. A veces, pecar nos hace sentir bien y el dinero pareciera ser la respuesta.

¿Es que nadie es cristiano? Dado que todos nosotros fallamos a la hora de cumplir estos estándares, ¿cómo puede alguien decir que es un auténtico seguidor de Cristo? ¿Y cómo podría alguien tener seguridad al respecto?

Ningún cristiano es perfecto, pero es posible tener confianza en la salvación. De hecho, la Biblia nos anima a buscar tal seguridad. El apóstol Juan incluso escribió su primera carta "a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, *para que sepáis que tenéis vida eterna*" (1 Jn. 5:13). Pero, ¿cómo pueden personas débiles, pecadoras y vacilantes como nosotros tener la confianza de que realmente pertenecemos a Cristo? Primero, tenemos que identificar el fundamento de nuestra seguridad.

EL FUNDAMENTO DE NUESTRA SEGURIDAD

Un gran edificio debe descansar sobre una base sólida, y la única base para la seguridad de salvación es Jesús. En concreto, debemos observar tres cosas acerca de Jesús: cómo era, lo que ha hecho, y lo que ha prometido.

El carácter de Cristo

En los relatos de su vida que encontramos en los Evangelios, Jesús se caracteriza por una ternura increíble hacia los pecadores. "Y todos daban buen testimonio de él", dice Lucas, "y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca" (Lc. 4:22). El profeta Isaías predijo que el Mesías iba a ser misericordioso con los humildes: "No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare" (Is. 42:3). A veces vemos a Jesús como un antílope herido ve a un león,

como si estuviera listo para atacar. Pero nada podría estar más lejos de la verdad. Jesús no está esperando que cometas un error para condenarte. Jesús no nos va a quebrar; no nos va a apagar.

De hecho, la bondad de Jesús hacia los publicanos y las prostitutas —lo peor de lo peor—, escandalizó a todas las personas "buenas" (*cf.* Lc. 5:30-31). No encontrarás ni un solo ejemplo en los Evangelios de Jesús rechazando o hablando con dureza a alguien que fuese un notorio pecador. Cuando los débiles, los lisiados, los impuros, los criminales, los forasteros y los pervertidos se acercaron a Jesús, siempre encontraron una cálida bienvenida y una palabra tierna. Las únicas personas que Jesús condenó fueron los hipócritas no arrepentidos, los orgullosos, los avaros y los que se creían justos.

Jesús no se limitó a tolerar a los pecadores. Él vino a buscar y a salvar a los perdidos, por lo que les dice: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (Mt. 11:28-30). Cuando venimos a Jesús, no lo encontramos severo y difícil de complacer. Al contrario, es amable con los débiles, y rápido para perdonar todos nuestros pecados y restaurarnos. La confianza que podemos tener como pecadores descansa en el hecho de que Jesús es muy misericordioso, paciente y tolerante.

La obra completa de Cristo

Nuestra confianza también puede descansar sobre la base de la obra terminada de Cristo. Recuerda, nunca podríamos agradar a Dios, ni siquiera con nuestros mejores intentos de obediencia. Según el autor de Hebreos, podemos tener seguridad ante Dios porque Jesús murió, resucitó y está sentado en el cielo:

> "Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura" (He. 10:19-22).

Cuando venimos a Cristo, él nos limpia completamente de nuestro pecado. Su justicia perfecta pasa a ser nuestra; él cargó toda nuestra maldad en sí mismo (2 Co. 5:21). Antes, no podíamos acercarnos a un Dios santo a causa de nuestro pecado. Ahora, podemos tener la confianza de que Dios nos acepta y nos ama por lo que Jesús hizo por nosotros.

Las promesas de Cristo

El carácter y la obra de Jesús se materializan a través de las promesas que hace a los pecadores, y estas promesas son también una base para nuestra seguridad. He aquí una primera promesa de Jesús: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera" (Jn. 6:37). Los cristianos son aquellos que Dios el Padre ha "dado" al Hijo. Pero nunca deberíamos pensar que: "Tal vez no estoy en ese grupo de personas, por lo que Jesús me va a rechazar cuando vaya a él". No, el Salvador nos dice que él nunca echará fuera a ninguno que acuda a él. No tenemos que temer que nuestro pecado o indignidad le hará apartarse de nosotros.

Más bien, hay una segunda promesa para los pecadores como tú y yo: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Jn. 1:9). Sin Cristo, nuestro pecado nos separa de Dios. Pero Cristo es fiel para perdonarnos y limpiarnos si se lo pedimos.

Y si le pedimos, obtenemos una tercera promesa: "Ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades,

ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Ro. 8:38-39). Todas las promesas de Dios acerca de la gracia, la misericordia y el perdón pueden ser nuestras si vamos a Cristo. Son suyas y nos las da (2 Co. 1:20).

Así que, incluso si nos fijamos en nuestras propias vidas para ver si las evidencias de la fe verdadera están presentes, no debemos imaginar ni por un momento que nuestra confianza puede descansar en lo que nosotros hemos hecho. Recuerda las palabras de Jesús que consideramos al comienzo de este libro:

> "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mt. 7:21-23).

Fíjate dónde estas personas engañadas depositaron su confianza. Estaban considerando su propio curriculum de logros religiosos, lo cual es comprensible. Habían echado fuera demonios, habían profetizado y habían hecho milagros portentosos. Por ello, su seguridad estaba arraigada en sus buenas obras. Pero al final, nadie podrá acumular un curriculum suficiente para agradar a Dios y generar confianza. Más bien, nuestra única esperanza es que Jesús ha prometido salvación a todo aquel que se arrepienta de su pecado y confíe en él. En el día final, el pueblo de Dios tendrá un testimonio como el del ex traficante de esclavos John Newton: "Mi memoria está desapareciendo ya; pero recuerdo dos cosas: Que soy un gran pecador y que Cristo es un gran Salvador".[2]

No podemos construir nuestra seguridad de salvación en ningún otro fundamento que no sea la grandeza y la bondad de Cristo. El gran teólogo escocés John Murray lo expresó así:

> "La fe y el amor del creyente tienen su flujo y reflujo. Están sujetos a todo tipo de fluctuación, pero la seguridad del creyente descansa en la fidelidad de Dios... Es sobre la determinación y la estabilidad de las dádivas de Dios que nuestros corazones deben descansar si no queremos ser arrastrados por los ánimos o temperaturas fluctuantes de nuestra propia experiencia".[3]

¿CÓMO PUEDES ESTAR SEGURO?

Sobre este firme fundamento, estamos listos para considerar qué es lo que da seguridad a los creyentes para saber que son verdadaremante cristianos. Permíteme sugerir cuatro cosas que nos pueden dar la confianza de que pertenecemos a Dios:

Fe en Cristo hoy

En primer lugar, debemos tener fe en Cristo hoy. El autor de Hebreos quería que sus lectores estuvieran seguros de que su fe era genuina, por lo que escribe: "Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio" (He. 3:14). Más tarde les dice que pueden tener una esperanza ciertísima en Jesús, pero deben perseverar en la fe y en la paciencia: "Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas" (He. 6:11-12). Es decir, heredamos las promesas perseverando pacientemente en nuestra fe.

Pablo dijo algo similar a los colosenses. Les dijo que podían tener gran confianza en su salvación "si en verdad per-

manecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído" (Col. 1:23). Como vimos en el capítulo 5, un verdadero cristiano perseverará en la fe. Por tanto, la pregunta importante no es "¿Profesé fe en Cristo en el pasado?" sino "¿Estoy confiando en Cristo hoy para mi salvación?" Si tienes que recordar algún evento pasado lejano para probar que tienes interés en Cristo, deberías preguntarte si has sido salvado de verdad. Pero si has seguido confiando en Cristo a lo largo del tiempo, tienes razones para tener esperanza en tu salvación.

¿Estás luchando con las dudas? Entonces deja de pensar en ti mismo, dirige los ojos de tu corazón hacia él, y confía en él. ¡Hazlo ahora mismo!

La presencia del Espíritu de Dios

La presencia del Espíritu Santo en nuestras vidas es otro indicio firme de que somos hijos de Dios. Los cristianos tienen el Espíritu Santo morando en ellos; los incrédulos no. Fíjate en todos los "si" que Pablo usa en este pasaje:

> "Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros" (Ro. 8:9-11).

¿Cómo sabemos entonces que el Espíritu de Dios está presente en nuestras vidas? En un sentido, puede ser difícil de saber. Ser morada del Espíritu no es lo mismo que hacerse un tatuaje, lo cual deja una marca física evidente. Pero hay varios indicadores útiles:

- Creemos doctrina correcta acerca de Dios. Solo podemos creer correctamente por medio del Espíritu. Pablo señala que "nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo" (1 Co. 12:3). Juan también dice que si creemos en el nombre de su Hijo Jesucristo entonces "sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado" (1 Jn. 3:23-24).
- El Espíritu produce fruto en nuestras vidas. Se nota dónde el Espíritu está obrando porque sus huellas digitales estarán presentes en la vida de un creyente. "El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza… Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos" (Gá. 5:22-24).
- El Espíritu de Dios también nos da testimonio de que somos hijos de Dios. Un creyente normalmente tiene un sentido interno y subjetivo de que está siendo guiado por el Espíritu de Dios para seguirle y clamar a él como Padre. Pablo escribe: "Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!" (Gá. 4:6). En otra parte, escribió: "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios" (Ro. 8:14-16).

Obediencia a la Palabra de Dios

Un tercer asunto que nos da confianza en nuestra salvación es nuestra obediencia a la Palabra de Dios. Como vimos en el capítulo 4, la presencia de pecado desenfrenado en nuestras vidas debería provocar que examinemos si somos realmente cristianos. En contraste, la presencia del fruto del Espíritu

Santo —véase arriba— debería animarnos sabiendo que pertenecemos a Dios. Si amamos a Jesús, guardaremos sus mandamientos (Jn. 14:15). Al igual que David, seremos capaces de decir que la Palabra de Dios no es una carga sino que es dulce como la miel (Sal. 19:10).

De nuevo, es importante recordar que no deberíamos imaginarnos que siempre guardaremos perfectamente la ley de Dios o que exhibiremos el fruto del Espíritu en el mundo sin fallar jamás. Más bien, se trata de una cuestión de trayectoria en nuestras vidas. ¿Las personas que te conocen bien dirían que te caracterizas por obedecer a Dios?

Deberías examinar tu actitud diaria hacia la Palabra de Dios. ¿Generalmente ves la sabiduría de la ley de Dios? ¿Te deleitas en obedecerle? Incluso ahora, ¿cuál es tu actitud hacia este simple ejercicio? La Biblia nos dice que debemos examinarnos y estar seguros de nuestro llamado. ¿Haces esto, o das por sentada tu salvación sin más?

Un patrón de crecimiento en el tiempo

En cuarto y último lugar, un creyente debe buscar un patrón de crecimiento en madurez espiritual a través del tiempo. La autenticidad de nuestra fe está marcada no tanto por nuestra madurez espiritual actual sino por el patrón general de nuestras vidas. En cualquier momento uno puede sentirse empantanado en el pecado, cansado y luchando para crecer. Tal vez has estado perdiendo la paciencia con tus hijos últimamente o has tenido una actitud irrespetuosa hacia tu jefe. Sabes que eso está mal, pero parece que no puedes controlar esta área de tu vida. ¿Esto quiere decir que no eres cristiano? No necesariamente. Para obtener una buena lectura de tu condición espiritual, mira el panorama general. ¿Has visto algún crecimiento en tu vida en estas áreas? Incluso si estás decepcionado de ti mismo en este momento, ¿puedes ver algunas cosas en las que has cambiado y madurado en los últimos cinco años?

Una vez escuché una ilustración muy útil acerca de la vida cristiana por parte del profesor de consejería David Powlison. Dijo que el patrón de la vida cristiana y el crecimiento es como un yoyó: arriba y abajo, arriba y abajo. Esto es bastante deprimente, pero también muy cierto. Un día me siento como si hubiera vencido al pecado; al día siguiente me siento como si estuviera de vuelta al principio.

Pero hay más, dijo Powlison. El patrón de la vida cristiana y el crecimiento puede ser como un yoyó, pero es un yoyó en las manos de alguien que está subiendo unas escaleras. Esta imagen es mucho más alentadora. En el día a día, somos muy conscientes de la sensación de yoyó, las subidas y las bajadas de la batalla contra el pecado. Sin embargo, no tenemos una perspectiva más amplia del crecimiento y la madurez que Dios está obrando misericordiosamente en nosotros (nos está subiendo por las escaleras). Incluso nuestros puntos bajos de ahora son más altos que los puntos altos de antes.[4]

Así que podrías estar luchando con estallidos de ira con tus hijos (arriba y abajo, arriba y abajo). Pero si eres cristiano, a lo largo del tiempo tú —y tus amigos— notaréis que cada vez eres más amoroso, que tus arranques de ira son más escasos, menos violentos, más cortos en duración, y que eres más rápido para arrepentirte y buscar la reconciliación.

¿Y QUÉ PASA SI NO SOY CRISTIANO?

John Wesley fue un ministro anglicano y el hijo de un ministro anglicano. En 1738, era muy conocido en Inglaterra por su piedad y su enfoque riguroso y metódico a su religión. No era, sin embargo, cristiano. Él mismo reconoció que estaba confiando en su propia bondad para ganar el favor de Dios. Pensó que sus méritos religiosos le harían justo ante Dios.

Entonces, un día de mayo, justo después de que Wesley había regresado de un fracasado viaje misionero a América, tuvo una experiencia que le hizo entender la gracia de Dios. Escribió en su diario:

> "En la noche fui de muy mala gana a una sociedad [reunión] en la calle Aldersgate, donde alguien estaba leyendo el prefacio de Lutero a la epístola a los Romanos. Sobre un cuarto para las nueve, mientras que [el líder] describía el cambio que Dios obra en el corazón mediante la fe en Cristo, sentí un calor extraño en mi corazón. Sentí que confiaba en Cristo, solo en Cristo, para mi salvación; y con ello obtuve la seguridad de que él había quitado *mis* pecados, incluso *los míos*, y que *me* había salvado de la ley del pecado y de la muerte".[5]

Espero que hayas sentido el mismo calor en el corazón, la misma seguridad de que Cristo ha quitado tus pecados.

Es mi oración que este libro haya tenido uno de dos efectos en ti, dependiendo de tu situación actual ante Dios:

- Si eres un cristiano genuino, espero que este libro haya sido un ejercicio útil para que prestes atención al llamado bíblico de examinarte a ti mismo y asegurar tu vocación y elección. Oro para que estés más seguro del amor de Dios para ti y más sorprendido por cómo te ha cambiado y moldeado con su maravillosa salvación.
- Si eres un cristiano nominal, es decir, un cristiano de nombre solamente —como John Wesley era— espero que este libro haya sido usado por Dios para hacerte ver el peligro espiritual en el que estás. Oro para que el Señor te muestre que, a pesar de lo que has dicho y pensado, todavía necesitas su salvación.

Amigo, si no eres cristiano, no debes esperar más. Arrepiéntete de tus pecados y pon tu confianza en Jesús. Lo encontrarás listo para salvarte.

CÓMO RESPONDER

Reflexiona:

- Mira los ejemplos al principio del capítulo. ¿En qué basan estas personas la seguridad de su salvación? ¿Qué es preocupante en sus vidas?

- ¿Cómo pueden personas imperfectas llegar a saber si realmente son salvas?

- ¿Por qué la confianza de nuestra salvación debe estar arraigada en el carácter, la obra y las promesas de Jesús? ¿Qué pasa si solo nos fijamos en nuestras propias obras y actitudes para tener seguridad de salvación?

- ¿Por qué es importante para los creyentes genuinos tener la seguridad de que son hijos de Dios? ¿Cómo cambiaría nuestra forma de relacionarnos con Dios si no hay certeza de salvación?

- ¿Eres cristiano?

Arrepiéntete:

- Confiesa a Dios las formas en las que has confiado en tus propias obras para tu salvación y en las que has robado el crédito a la gracia de Dios en tu vida.

- Si ves evidencia de la gracia salvadora de Dios en tu vida, tómate tiempo para alabarle y darle gloria por ello.

Recuerda:

- Lee Colosenses 2:13-14: "Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz".

- La obra de Cristo significa que nosotros, los que alguna vez estuvimos muertos en nuestros pecados estamos ahora vivos. Jesús tomó todo nuestro pecado y culpa y los clavó en la cruz. No hay nada que necesitemos hacer para ganar este perdón; es un regalo gratuito de Dios a todos los que confían en Jesús.

Informa:

- Pide a alguien en tu iglesia que evalúe tu vida de acuerdo a los criterios establecidos en este libro. Solicita su opinión acerca de tu salud espiritual.

Capítulo 9

Un poco de ayuda de tus amigos

Mi avión llegó al aeropuerto londinense de Heathrow a las 6:00 a.m. Había viajado internacionalmente pocas veces, así que los rigores de un viaje trasatlántico se hacían notar. Tenía los ojos rojos, la boca seca y mi cara gris. Para colmo de males, cuando fui a una cafetería del aeropuerto no me pudieron vender un café de filtro normal, porque solamente había del tipo de café llamado americano.

Finalmente logré pasar las cintas de recogida de equipaje y conocí a un taxista llamado Chas. Estaba muy bien vestido, había sido enviado por el grupo de misiones que me invitó como conferenciante esa semana. Era lo suficientemente mayor para ser mi abuelo pero, por extraño que parezca, me seguía llamando "señor". Después de un rato, le pedí que me llamara Mike, ya que, como americano, me sentía incómodo con la formalidad y cualquier cosa que oliera a distinción de clase. Chas me explicó que como inglés se sentía incómodo con cualquier cosa que oliera a familiaridad. Pero accedió a llamarme Mike, porque a fin de cuentas yo era el cliente y tenía la razón.

Nada más salir, Chas comenzó a contarme cómo llegó a ser cristiano. Había sido adicto a las drogas y al alcohol hasta que una mujer le dio la buena noticia acerca de Jesús y nació de nuevo inmediatamente. Tuvimos una agradable conver-

sación durante el viaje, pero cuando nos acercábamos a la ciudad de Luton —algo así como Cleveland pero sin aquello que hace que Cleveland sea inhabitable— yo estaba luchando por mantener la conversación. Buscando temas, le pregunté a Chas acerca de la iglesia a la que asistía.

De repente, el tono de la conversación cambió. Chas cambió la agradable cara inglesa y agarró el volante con fuerza. "No voy a la iglesia", me dijo. "Tengo todo lo que necesito aquí en mi coche. Escucho sermones por la radio y tengo comunión con la gente que llevo, personas como usted. No necesito ser parte de una iglesia para ser cristiano".

Bueno, ¿qué piensas del argumento de Chas? ¿Necesitas ser miembro de una iglesia local para ser cristiano? ¿O es algo puramente opcional?

Por un lado Chas estaba en lo correcto. Es teóricamente posible ser un verdadero cristiano sin ser parte de una iglesia. También es teóricamente posible que dos personas se unan en matrimonio sin vivir nunca en la misma casa. Pero eso no quiere decir que sea una buena idea, y ni siquiera es posible sin que se pierda el significado. Un cristiano que no es parte de una iglesia local no está viviendo como Jesús quiso que su pueblo viviera. Entre otras cosas, vas a tener muchas dificultades para saber si realmente eres cristiano. En este último capítulo, vamos a ver cómo la membresía y el compromiso en una iglesia local son partes importantes del plan de Dios para ayudarnos a saber si somos cristianos.

LA MEMBRESÍA DE LA IGLESIA Y LA SEGURIDAD DE LA SALVACIÓN

Cuando te fijas en lo que dice la Escritura, te das cuenta de que a la iglesia se le han dado algunas tareas que hacer. Por ejemplo, la iglesia está llamada a predicar el evangelio a todas las naciones (Mt. 28:19-20, Hch. 1:8). La iglesia es también el medio asignado por Jesús para dejar claro —tanto al mundo

como a la propia congregación— quién es cristiano y quién no lo es.

Como consideramos al comienzo de este libro, muchas personas están confundidas acerca de su estado espiritual. Muchos son creyentes genuinos, pero luchan con el temor de no serlo. De forma más preocupante, muchos creen sinceramente que son cristianos, pero están sinceramente equivocados. Mientras tanto, el mundo mira a la iglesia y, al observar especialmente a esta última categoría, no ve ninguna diferencia real entre los creyentes profesantes y el mundo.

Pero si las iglesias locales estuvieran haciendo su trabajo, esto no sería así (y libros como este no serían necesarios). Aquí es donde entra en juego la membresía de la iglesia. Las iglesias deberían estar compuestas por personas que están verdaderamente convertidas. En este sentido, una de las funciones de la membresía de la iglesia es dar seguridad de salvación. Ser un miembro de iglesia significa que la iglesia cree que tu profesión de fe es creíble. Es por eso que la iglesia te ha bautizado, te da la Cena del Señor, y no te ha disciplinado. Otra función de la membresía de la iglesia es mostrar al mundo lo que significa ser un verdadero cristiano, puesto que excluye a los no creyentes y a los falsos profesantes de la membresía.

Obviamente, ningún ser humano o iglesia puede ver dentro del alma y determinar el destino eterno de otra persona. Tampoco deberíamos asumir que ninguna iglesia en particular es perfectamente pura. Aun así, Jesús ha dado a las iglesias una autoridad representativa para hablar en su nombre, evaluar la credibilidad de las profesiones de fe de la gente, y establecer nuevas comunidades de creyentes en todo el mundo. Aunque las iglesias ejerzan esta autoridad de forma imperfecta, sigue siendo su derecho y responsabilidad por mandato divino.[1]

Consideremos entonces el ejemplo de Chas, mi amigo taxista. Él escuchó el evangelio y respondió con arrepentimiento genuino y fe (según lo que pude discernir en un paseo de cuarenta y cinco minutos en automóvil). Ahora, él repre-

senta a Jesús ante el mundo que le rodea. Todas las personas que se suben a su taxi oyen hablar de Jesús, y esto está muy bien, por cierto.

Pero, ¿y si Chas está equivocado? ¿Y si su profesión de fe no es genuina y Chas está engañándose a sí mismo? ¿Qué pasa si hay tanto pecado sin arrepentimiento en su vida como para que su conversión sea dudosa? Como ilustración, supongamos que con el tiempo Chas comenzó a cambiar. Empezó a estafar a los clientes, a insultar en voz alta a otros conductores en el tráfico, y a insinuarse a algunas pasajeras. Pero él se sigue considerando cristiano. Ahora tenemos dos problemas importantes: por un lado, un hombre que podría estar engañado creyendo que está convertido. Por otro lado, este mismo hombre está mintiendo a la gente a su alrededor acerca de cómo realmente es Jesús y sus seguidores. Este es uno de los problemas que la membresía de la iglesia local debe abordar. Esto se hace de tres maneras.

El bautismo

En la Biblia, el bautismo es la manera normal y prescrita para que un creyente manifieste su fe públicamente y se una a la membresía de la iglesia. El bautismo es una moneda de dos caras. Por un lado, el creyente se autoidentifica como cristiano. Por otro lado, la iglesia afirma la credibilidad de esa profesión de fe y administra la señal y sello del bautismo.

Así que, si un reconocido ateo llegara a una iglesia pidiendo ser bautizado, esa iglesia debería examinar cuidadosamente su vida y hacer preguntas de sondeo antes de aceptar bautizarle. Cualquier cosa menos que esto, reduciría el bautismo a un insignificante chapuzón en una piscina.

La Cena del Señor

Si el bautismo es el rito inicial para el cristiano, la Cena del Señor es cómo el creyente expresa su fe permanente en Cristo y su continua conexión con el cuerpo de la iglesia. Al

igual que en el bautismo, hay dos caras en la Cena del Señor. El creyente llega a la mesa porque se identifica como cristiano. La iglesia admite a la persona a la mesa, porque su vida y conducta parecen coherentes con la verdadera fe cristiana.

La disciplina correctiva

El bautismo y la admisión a la Cena del Señor tienen el fin de ayudar a asegurar a los creyentes que sus profesiones de fe son genuinas. Si con el tiempo, sin embargo, el curso de la vida de una persona y su conducta empiezan a indicar que no ha sido salvada, entonces la iglesia tiene la obligación de intervenir y dejarlo claro.

El apóstol Pablo se enfrentó a una situación como esta en la iglesia de Corinto. Un hombre que era parte de la iglesia estaba involucrado en un pecado escandaloso, y la iglesia avaló su conducta en lugar de confrontarla. Así que Pablo escribió a la iglesia para corregir su error:

> "De cierto se oye que hay entre vosotros fornicación, y tal fornicación cual ni aun se nombra entre los gentiles; tanto que alguno tiene la mujer de su padre. Y vosotros estáis envanecidos. ¿No debierais más bien haberos lamentado, para que fuese quitado de en medio de vosotros el que cometió tal acción? Ciertamente yo, como ausente en cuerpo, pero presente en espíritu, ya como presente he juzgado al que tal cosa ha hecho. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo, el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús" (1 Co. 5:1-5).

Pablo le dice a la iglesia que quite a este hombre de la membresía de la congregación, una acción que se hace visible al no admitirle a la Cena del Señor. Y concluye: "Más bien os escribí que no os juntéis con ninguno que, llamán-

dose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón; con el tal ni aun comáis" (1 Co. 5:11).

Esta disciplina tiene un doble propósito. Primero, Pablo quería que el hermano extraviado fuera restaurado (a fin de que el espíritu sea salvo). Sacar al hombre de la iglesia era una manera de decirle: "La forma en que estás viviendo no concuerda con tu profesión de fe, por lo que nuestra iglesia ya no puede afirmar tu profesión". La esperanza era que tal acción y tales palabras llevaran a este hombre a arrepentirse y volverse a Cristo para recibir perdón.

En segundo lugar, la acción de la iglesia dijo algo al mundo alrededor. La relación de este hombre era tan repugnante que incluso los paganos se escandalizarían. Así que la acción disciplinaria de la iglesia ayudaría a que estos paganos vieran que alguien que vive en pecado flagrante y sin arrepentimiento no es cristiano.

Así, Jesús autorizó a la iglesia para que ayudara a establecer públicamente quién es cristiano y quién no lo es. Al bautizar a los creyentes, al celebrar la Cena del Señor, y al ejercer la disciplina correctiva, la iglesia pone un sello de aprobación a la profesión de fe del creyente. Es una protección contra el autoengaño.

Si quieres ayuda para saber si eres cristiano, encuentra una iglesia local que crea y enseñe la Biblia. Pídeles que te ayuden a examinarte a ti mismo. Entonces, si la conclusión conjunta es que eres creyente, pide ser bautizado y únete a la membresía de la iglesia.

EL CAMPO DE PRUEBAS DE NUESTRA FE

Si recuerdas, vimos al principio de este libro que la fe genuina en Cristo se caracteriza por cinco cosas:

- *Creer en la verdadera doctrina*. No eres cristiano simplemente porque te agrade Jesús.

- ❖ *Odiar el pecado en tu vida*. No eres cristiano si disfrutas de pecar.
- ❖ *Perseverar en el tiempo*. No eres cristiano si no perseveras en la fe.
- ❖ *Amar a los demás*. No eres cristiano si no te preocupan las otras personas.
- ❖ *Ser libre del amor por las cosas del mundo*. No eres cristiano si para ti las cosas del mundo son más valiosas que Dios.

Al igual que una iglesia debería quitar a aquellos que parecen ser falsos profesantes de fe, también debe edificar a los que parecen ser verdaderos creyentes.[2] Pasemos ahora a considerar cómo participar en una iglesia local te ayudará a vivir algunos de los temas explicados en este libro.

Creencia en la verdadera doctrina

La iglesia está llamada a predicar la verdadera doctrina, específicamente el contenido de la Palabra de Dios cuyo mensaje se centra en el mensaje de la vida, muerte y resurrección de Cristo. Así que Pablo escribe a Timoteo, un pastor en la iglesia de Éfeso, y le ordena que enseñe nada más que la verdad de la Palabra de Dios:

> "Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oir, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas. Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio" (2 Ti. 4:2-5).

En la misma línea, Jesús da líderes a sus iglesias, de modo que estos líderes instruyan a la congregación en la verdad. Pablo escribe en otra parte:

> "Y él [Jesús] mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error" (Ef. 4:11-14).

El Cristo resucitado ha equipado a la iglesia para que no sea engañada por la falsa doctrina. Los maestros enseñan la verdad y los ancianos protegen a la iglesia de los "lobos" (Hch. 20:29-31).

Así que ser miembro de una congregación sana te pondrá en contacto permanente con la proclamación de la verdad de Dios. Al escuchar la Palabra de Dios con otros creyentes, tu fe será fortalecida e inoculada contra el error. Y ponerte bajo el cuidado de líderes piadosos te protegerá de aquellos que pudieran engañarte y llevarte por mal camino. En un mundo que se muestra escéptico y cínico, es útil, no, más bien necesario, tener contacto regular con creyentes que piensen igual, aunque solo sea para recordarte que no estás loco por creer en estas cosas.

Odio por el pecado en tu vida

La membresía en una iglesia también te ayudará a odiar el pecado. A medida que la Palabra sea predicada, entenderás más claramente lo que es el pecado, lo engañoso que es, y cómo los cristianos tienen mejores promesas en las que descansar. El mundo que nos rodea no valora la enseñanza de la Biblia sobre estos asuntos. La televisión pregona las virtudes de la lujuria y la falta de respeto. La publicidad fomenta la codicia y la envidia. Los restaurantes tipo *buffet* siguen siendo un negocio rentable fomentando la gula. Pero en la igle-

sia, tienes un lugar en el que la piedad es valorada, esperada y promulgada.

Los hermanos y las hermanas en la iglesia deben amonestarse unos a otros (Col. 3:16), capacitarse en lo que es apropiado (Tit. 2:3-4), y exhortarse para tener dominio propio (Tit. 2:6). El autor de Hebreos insta a los cristianos a seguir reuniéndose para animarse unos a otros hacia la piedad: "Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca" (He. 10:24-25).

Además, el estar involucrado en una iglesia te proporcionará un entorno en el que tendrás oportunidades de decir "no" al pecado. En Gálatas 5, Pablo enumera toda una serie de pecados que los creyentes deben rechazar: "Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, *enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias*, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios" (Gá. 5:19-21). ¿Te fijaste en la secuencia de pecados en el medio del texto? Estos son los tipos de pecados que surgen en comunidad. Los individuos aislados normalmente no necesitan preocuparse acerca de los celos, las enemistades, o las contiendas porque no hay nadie alrededor para ponerlos celosos o airados. Pero la vida en una iglesia, llena de pecadores como tú, te dará muchas oportunidades tanto para experimentar estas tentaciones como para luchar contra ellas.

Hay muchos pecados de los que nunca podrás liberarte si tu "comunión" se restringe a lo que vives en un taxi. Chas, el taxista, parecía un buen tipo, era amable y paciente. Pero seamos honestos, Chas no tuvo que pasar mucho tiempo en mi presencia. Nunca llegó a saber cómo soy cuando estoy

estresado o irritable. Nunca tuvo que ser paciente con mi pecado o enfrentar mi egoísmo. No solo estaba perdiendo una oportunidad de conocerse a sí mismo de verdad, sino que también estaba perdiendo la oportunidad de conocer a otros creyentes como yo y ayudarles con su pecado. La vida en la iglesia nos ayuda a odiar el pecado, lo cual nos ayuda a ayudar a otros a odiar el pecado.

Perseverancia en la fe

¿Te acuerdas cuando mencioné en el capítulo 5 cómo Jesús dijo que "el que persevere hasta el fin, éste será salvo" (Mt. 10:22)? La membresía de la iglesia nos ayuda a hacer precisamente eso, perseverar en la fe hasta el final.

En Hebreos 3, recibimos estas instrucciones:

> "Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio" (He. 3:12-14).

El autor nos dice que debemos exhortarnos unos a otros para que no seamos endurecidos por el engaño del pecado. Una vez más, ¿cómo puede el cristiano solitario hacer eso, y no llegar a endurecerse y autoengañarse? En la iglesia, formamos relaciones con hermanos y hermanas que llegan a conocernos, que se comprometen a hacer bien en nuestras vidas, y que luego nos exhortan diariamente para permanecer fieles. Cuando ven que nos alejamos, tratan de restaurarnos a la fe (Stg. 5:19-20).

Amor por los demás

Si recuerdas, vimos que los cristianos tienen que caracterizarse por el amor a sus enemigos, el amor a los necesita-

dos, y el amor por otros cristianos. En cierto sentido, la membresía en una iglesia local nos da la oportunidad de hacer las tres cosas. Como D. A. Carson ha señalado en su libro *Love in Hard Places* (Amor en lugares difíciles), amar a otro cristiano es amar a alguien que solía ser un enemigo, un enemigo de Dios y de toda la humanidad, tal como tú eras antes. Ahora, en la iglesia, estos enemigos aprenden a amarse unos a otros de forma práctica y concreta.

En la iglesia, también aprendemos a amar a los que están necesitados, tanto en términos físicos como espirituales. El mundo tiende a despreciar a los necesitados. Pero la iglesia debe abrazarles.

No quiero limitar nuestro amor a nuestros enemigos, a los necesitados, o a otros cristianos dentro de nuestra propia iglesia local, aunque es el mejor lugar para comenzar. ¿Puedes amar a tu amigo cristiano que asiste a una iglesia diferente? Por supuesto. De hecho, deberías hacerlo. Pero nuestras interacciones más importantes con otros cristianos tienen lugar en el contexto de la iglesia local, ya que estas son las personas que se han comprometido a supervisar nuestro discipulado, y nosotros el suyo. En Efesios, Pablo describe lo que debería ser el amor en la iglesia local:

> "Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos" (Ef. 4:1-6).

Andar como es digno de nuestro llamado significa mostrar paciencia, soportar a los otros con amor, y mantener la

unidad. Esto sucede normalmente en la iglesia local, una asamblea real del cuerpo de Cristo.

De hecho, creo que esta es una de las principales razones por las que tantos cristianos nominales no van a la iglesia o evitan comprometerse con una congregación en particular. Estar en una iglesia requiere amor. Se requiere abnegación. Requiere anteponer los intereses de los demás por delante de los nuestros (Fil. 2:4). Los nominales simplemente no quieren la molestia de tener que amar a otros cristianos.

Después de todo, enfrentémoslo: el amor es costoso y los cristianos son problemáticos. Si te unes a una iglesia local, es probable que te pongan a trabajar. Se te pedirá servir a otros cristianos —¡tal vez incluso cuidando a sus hijos en la guardería!—, y pronto te encontrarás rodeado de algunas personas devastadas, débiles y necesitadas. Esto puede sonar como una mala idea al principio. Pero si recuerdas el amor y el servicio de Cristo por ti (Mr. 10:43-45), y si te das cuenta de que es probable que requieras más amor y paciencia de la que pensabas, te sentirás bendecido en la iglesia.

El materialismo

La iglesia es una sociedad de personas que tienen un tesoro mayor que cualquier cosa en este mundo. Los miembros de la iglesia juntan su dinero para apoyar el ministerio de la congregación, ayudar a los pobres, y extender el evangelio por todo el mundo. En el mundo, la riqueza te hace importante. No es así en la iglesia. Por eso, Santiago dice a sus lectores que Dios tiene un tipo de economía diferente:

> "Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas. Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí, en buen lugar; y decis al pobre: Estate tú allí en pie, o siéntate aquí

> bajo mi estrado; ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos? Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman?" (Stg. 2:1-5).

FINALMENTE...

Ahora bien, me doy cuenta de que todo lo que he descrito anteriormente es lo ideal. Ninguna iglesia te animará perfectamente ni encarnará los principios de la Biblia. Pero el hecho de que la iglesia no sea perfecta todavía no significa que debas marcharte y seguir tu propio camino. En vez de eso, deberías ayudar a otros en tu iglesia local, examinando también tu vida al mismo tiempo. Procura confirmar tu llamado y elección, y hazlo en el contexto de una comunidad de cristianos que tengan amor y discernimiento.

Al final de su última carta, con su muerte acechando en el horizonte, el apóstol Pablo escribió:

> "Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida" (2 Ti. 4:6-8).

Mi oración es que cuando llegues al final de tu vida, seas capaz de decir lo mismo.

CÓMO RESPONDER

Reflexiona:

- ¿Cómo responderías a la afirmación de Chas acerca de que no tiene por qué estar involucrado en una iglesia?

- ¿Importa si uno está comprometido con una iglesia en particular o es suficiente con saltar de una iglesia a otra los domingos?

- ¿De qué forma el hecho de vivir en comunidad con otras personas nos da la oportunidad de decir "no" a algunos pecados específicos? ¿Qué buen fruto del Espíritu podemos mostrar solo en presencia de otras personas?

Arrepiéntete:

- Confiesa a Dios cualquier individualismo o desagrado por la autoridad que te haya impedido estar involucrado en una iglesia local.

- Haz un plan para encontrar una iglesia con la que puedas comprometerte.

Recuerda:

- Efesios 5:25-27 dice: "... Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha".

- No éramos santos y sin mancha cuando Cristo murió por nosotros. No obstante, él murió por los pecadores. ¡Alábale porque cualquiera que se acerca a él, lo encuentra listo para limpiar y perdonar!

Informa:

- ❖ Habla con el liderazgo de tu iglesia para hacerte miembro, para que puedas rendir cuentas y comprometerte con la congregación.

- ❖ Pídele a alguien en la iglesia que se comprometa a ayudarte por un año, para que puedas crecer en cada una de las áreas mencionadas en este capítulo.

Reconocimientos

Debo mucha gratitud a algunas personas que me han ayudado con este libro.

En primer lugar, este libro fue una idea de mi amigo Andrew Sherwood. Creo que fue una buena idea, aun cuando el título inicial que propuso —mucho más duro— finalmente fue cambiado.

En segundo lugar, Jonathan Leeman es un gran editor. Es divertido trabajar con un buen amigo que "capta" el proyecto y se ríe de tus chistes malos.

En tercer lugar, doy gracias a la buena gente de Crossway por su apoyo en este proyecto. Estoy muy agradecido por trabajar con gente de tanta clase.

En cuarto lugar, la buena gente de *Sterling Park Baptist Church* ha sido un estímulo maravilloso para mí. No me puedo imaginar una iglesia que haga que su pastor sienta tanto gozo al servirles. Agradezco especialmente a Brian y Leslie Roe por su amistad y hospitalidad durante el proceso de escritura.

Finalmente, mi familia. Mis hijos Kendall, Knox, Phineas, y Ebenezer han sido muy dulces y pacientes, cuando mi atención estaba dedicada a este libro. Y mi esposa, Karen, sin duda la mujer más alentadora, sacrificada, solidaria y paciente del planeta. Estar casado con ella es un recordatorio diario de que Dios me ama mucho más de lo que merezco.

Referencias

Capítulo 1: No eres cristiano simplemente porque digas serlo

1. Roald Dahl, *Willy Wonka & the Chocolate Factory* (Willy Wonka y la fábrica de chocolate), dirigida por Mel Stuart (Burbank, CA: Warner Home Video, 1971), DVD.

Capítulo 2: No eres cristiano si no has nacido de nuevo

1. Dr. Phil es un programa estadounidense protagonizado por el Dr. Phil McGraw. McGraw ofrece asesoramiento sobre "Estrategias de vida" de su experiencia como psicólogo clínico. (N. del T.).

Capítulo 3: No eres cristiano solo porque te agrade Jesús

1. James Beverly, "*Comment: Buddhism's guru, part two*". Consultado el 11 de agosto, 2010. http://www.canadianchristianity.com
2. Sankar Ghose, *Mahatma Gandhi* (New Delhi: Allied, 1991), 37.
3. Citado en John Farrell, *The Day Without Yesterday: Lemaître, Einstein, and the Birth of Modern Cosmology* (El día sin ayer: Lemaître, Einstein, y el nacimiento de la cosmología moderna) (New York: Avalon, 2005), 202.
4. Citado en Tom Schreiner, *New Testament Theology:*

Magnifying God in Christ (Teología del Nuevo Testamento: Magnificando a Dios en Cristo) (Grand Rapids, MI: Baker, 2008), 331 n. 94.
5. P. ej.: Ro. 11:26; 1 Co. 1:31; 2 Co. 3:16.
6. Leon Morris, *The Cross in the New Testament* (La cruz en el Nuevo Testamento) (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1965), 410.
7. Sam Allberry, *Lifted: Experiencing the Resurrection Life* (Levantado: Experimentando la vida de resurrección) (Nottingham: InterVarsity Press, 2010), 20.
8. Michael Wittmer, *Don't Stop Believing: Why Living Like Jesus Is Not Enough* (No dejes de creer: Por qué vivir como Jesús no es suficiente), versión Kindle (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2008), 44.

Capítulo 4: No eres cristiano si disfrutas de pecar

1. En el fútbol americano, un *sack* ocurre cuando el quarterback es tackleado o sale del campo de juego detrás de la línea de golpeo antes de lanzar un pase adelantado. (N. del T.).
2. Esto no quiere decir que los no creyentes sean completamente malvados, ni que sin Cristo haríamos cosas malas todo el tiempo. Más bien, nuestra situación antes de conocer a Cristo es que el pecado —p. ej.: el egoísmo, el orgullo, la avaricia— es una fuerza que nos controla, no puede ser resistido, es el principio de funcionamiento de la vida humana sin Cristo.
3. Schreiner, *New Testament Theology* (Teología del Nuevo Testamento), 551.
4. Si cuentas la visita a Taco Bell que acabo de hacer, probablemente podrías añadir gula a la lista.
5. Colin Kruse, *The Letters of John* (Las cartas de Juan) (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 2000), 70.

6. La historia continúa y nos habla acerca de lo que sucede con el hermano mayor, pero no es aplicable a nuestros propósitos. Si quieres saber cómo termina la historia, lee Lucas 15:11-32.

Capítulo 5: No eres cristiano si no perseveras hasta el fin

1. Después de leer muchos de estos sitios, es sorprendente ver cómo todos se autoflagelan y expresan su pesar por haber tenido tanta seguridad acerca de su fe en Cristo. ¡Pero ahora tienen la misma cantidad de certeza acerca de su falta de fe! Se podría pensar que al menos deberían haber adquirido un poco de humildad intelectual en el proceso.
2. John Hammett, *Biblical Foundations for Baptist Churches: A Contemporary Ecclesiology* (Fundamentos bíblicos para iglesias bautistas: Una eclesiología contemporánea) (Grand Rapids, MI: Kregel, 2005), 109.
3. Kruse, *The Letters of John* (Las cartas de Juan), 2.
4. La Nueva Confesión Bautista de Hampshire (1833), artículo XI.

Capítulo 6: No eres cristiano si no amas a la gente

1. Charles Dickens, A Christmas Carol (Un cuento de Navidad) (New York: Bantam, 1986), 2.
2. *Ibíd*. 85.
3. Yo estaba pensando en el Día de Acción de Gracias, nuestra declaración nacional de amor por el fútbol y la carne asada. Al leer esta parte del manuscrito, mi esposa señaló que algunas personas podrían pensar de forma más natural en el Día de San Valentín. Cualquiera de las dos cosas me parece bien.

4. P. ej.: 1 P. 2:17; Ro. 12:10; 2 Jn. 5
5. Citado en Martin Hengel, *Poverty and Riches in the Early Church: Aspects of a Social History of Early Christianity* (Pobreza y riquezas en la Iglesia primitiva: Aspectos de una historia social del cristianismo primitivo) (Minneapolis, MN: Fortress, 1998), 67-68.

Capítulo 7: No eres cristiano si amas tus posesiones

1. John R. W. Stott, *The Cross of Christ* (La cruz de Cristo) (Nottingham: Inter-Varsity, 1986), 279.
2. Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship* (El Costo del Discipulado) (New York: Simon and Schuster, 1995), 89.

Capítulo 8: ¿Podré realmente llegar a saber si soy cristiano?

1. El Cinturón de la Biblia —en inglés, *Bible Belt*— es un término coloquial utilizado para referirse a una extensa región de los Estados Unidos donde el cristianismo evangélico tiene un profundo arraigo social. (N. del T.).
2. Citado en Jerry Bridges, *Respectable Sins: Confronting the Sins We Tolerate* (Pecados respetables: Confrontando los pecados que toleramos) (Colorado Springs, CO: NavPress, 2007), 31.
3. John Murray, *The Collected Writings of John Murray* (Los escritos recopilados de John Murray), vol. 2, *Lectures in Systematic Theology* (Lecciones en teología sistemática) (Carlisle: Banner of Truth, 1977), 270-71.
4. Paul David Tripp y David Powlison, *Changing Hearts, Changing Lives* (Cambiando corazones, cambiando

vidas), sesión 2 (Greensboro, NC: New Growth, 2006), DVD.

5. Citado en Mark Noll, *Turning Points: Decisive Moments in the History of Christianity* (Puntos de inflexión: Momentos decisivos en la historia del cristianismo) (Grand Rapids, MI: Baker, 1997), 225-26.

Capítulo 9: Un poco de ayuda de tus amigos

1. Si quieres una buena y cuidadosa defensa de este concepto, revisa *The Church and the Surprising Offense of God's Love: Reintroducing the Doctrines of Church Membership and Discipline* (La iglesia y la sorprendente ofensa del amor de Dios: Reintroduciendo las doctrinas de la membresía de la iglesia y la disciplina) Jonathan Leeman (Wheaton, IL: Crossway, 2010), 182-217.
2. Los teólogos llaman a lo primero "disciplina correctiva", y a lo segundo "disciplina formativa".

Índice de citas bíblicas

Génesis
1:28-31 119

1:31 68
6:5 68
6:7 68
15:6 60
17:17 60

Deuteronomio
7:12-14 119
8:18 120
10:17-19 110

Salmos
5:9 38
14:2-3 38
19:10 141
51 78
130:3-4 98

Proverbios
10:22 120
11:4 122
12:27 120
14:24 120
28:27 120

Isaías
42:3 134

Ezequiel
36:26 38
36:26-27 40

Mateo
3:8-10 45
5:3 54
5:44-45 109
5:45-48 111
7:20 30
7:21 30
7:21-23 27, 31, 137
7:24-27 30
7:23 13
10:22 84, 95, 156
11:28-30 47, 135
13:44-46 93, 124
14:28-31 60
25:31-32 25

25:34 16, 25
25:34-40 106
25:41-46 25, 107
27:5 86
28:18 59
28:19-20 148

Marcos
1:24 62
4:3-9 90
4:15 90
4:17 90
4:19 90
4:20 90
9:24 61
10:43-45 158

Lucas
3:11 120
4:22 134
4:41 62
5:30 54
5:30-31 135
5:31-32 54, 88
6:20-21 110
6:27-36 108
6:46 59
7:19-20 60
9:57-62 51
10:20 22
12:15-21 122
12:33-34 129
14:25-27 126
14:33 128
15:11-24 76
15:11-32 88, 166
16:13 123
18:13 54
18:18-21 117
18:18-22 51
18:22 129
18:22-25 118
19:1-10 129
19:10 29, 54, 88
23:33-34 111

Juan
1:29 60
2:19 36
2:24-25 62
3:1-8 36
3:2 62
3:10 37
3:16 62, 81
3:16-18 51
3:36 51
6:28-29 51
6:37 136
6:40 63
8:44 70
10:10 16
10:14 22
10:27-29 96
13:21-22 86
13:34 108
13:34-35 104
14:15 141
15:20 91
20:28 55

Hechos
1:8 148
2:22-36 58
2:23 57
2:36 59
3:15 57
4:10 57
9:36 105
10:4 105
11 33
16:14 42
20:29-31 154
26:17-18 69
26:22-23 57

Romanos
3:21-25 52
3:24-25 57
3:27 46
5:8 112
5:8-10 111
5:12-21 56
6:2 71
6:6 70
6:11-14 71
6:22 88
7:15 43
8:1 57, 68
8:7-8 38
8:9-11 139
8:14-16 140
8:38-39 96, 137
10:9 58
10:9-10 55
10:14 53

1 Corintios
1:18 57
5:1-5 151
5:11 152
6:9-10 72
12:3 140
15:3-4 59
15:14 58
15:27 59

2 Corintios
1:20 137
4:4-6 88
5:17-18 42
5:18-19 88
5:21 32, 57, 136
13:5 13, 30

Gálatas
2:20 57
3:13 57
4:6 140
5:19-21 72, 155
5:22-24 43, 71, 140

Efesios
1:13-14 96
2:1-3 39
2:3 69
2:4-5 109
2:4-10 46
2:5 88
3:17-19 109
4:1-6 157
4:11-14 154

5:5-6 72
5:22-24 59
5:25-27 160

Filipenses
1:6 96
2:4 158
2:8-11 59
2:12-13 97
4:3 22

Colosenses
1:13-14 69
1:23 139
2:13-14 145
3:16 155

1 Tesalonicenses
1:9 89

2 Tesalonicenses
2:13 53

1 Timoteo
1:15 130
1:19-20 86
5:3 105
6:10 123
6:12-14 95

2 Timoteo
2:17-18 86
4:2-5 153
4:6-8 159
4:10 86

Tito
2:3-4 155
2:6 155
3:4-5 109

Hebreos
1:8-9 59
3:12-14 156
3:14 138
4:14-16 56
4:15-16 80
6:11-12 138
10:19-22 136
10:24-25 155
10:32-39 92
10:35-39 95
11:6 52
11:32 60
12:1 95
12:7-11 78
13:1 104
13:3 104
13:17 104

Santiago
2:1-5 159
2:5 110
2:15-17 105
2:19 62
2:22-23 62
5:19-20 156

1 Pedro
1:3-4 41
2:9 43, 69

4:8 104
4:16 33
5:2-3 104

2 Pedro
1:10-11 30

1 Juan
1:7 68
1:8-10 74
1:9 64, 136
2:4-6 73
2:9-11 105
2:19 86
2:28 94
3:1 69, 109
3:1-10 68
3:5 68
3:8 68, 69
3:10 69
3:17 105
3:23-24 140
4:2-3 56
4:7-8 103
4:8 108
5:13 134

Judas
21-25 94
24 96

Apocalipsis
12:10 68
20:15 22
21:27 22
22:1-3 120

¿Eres realmente cristiano?

Puede que pienses que lo eres, pero es posible que no lo seas. Al fin y al cabo, Jesús mismo dijo que algunas personas harían cosas aparentemente "cristianas" en su nombre, pero no le conocerían verdaderamente. O quizá sepas que no eres cristiano y te estás preguntando qué significa serlo.

Para estar seguros, sin embargo, hay claridad desde la perspectiva de Dios. Él no está confundido en cuanto a quién le conoce y quién no. Y aunque nuestra percepción de nosotros mismos es limitada, disponemos de criterios bíblicos que nos ayudan a evaluar si somos seguidores de Cristo o no.

Mike McKinley nos muestra la importancia de examinar nuestra situación ante Dios y nos ayuda a que nos hagamos las preguntas más difíciles sin miedo, con el fin de que veamos si estamos en la fe y lo que esto implica exactamente.

"Este libro es verdaderamente importante en el sentido más urgente; un libro que sirve a la causa de Cristo planteando la pregunta más importante que los seres humanos pueden enfrentar, y ayudando a contestarla, nada menos. Estoy agradecido a McKinley por su fidelidad y por la preocupación pastoral que le ha llevado a escribir una obra tan importante".

R. Albert Mohler Jr., Presidente,
The Southern Baptist Theological Seminary

Mike McKinley (MDiv, *Westminster Theological Seminary*), tras servir en el equipo pastoral de *Capitol Hill Baptist Church* en Washington, D.C., fue llamado en 2005 a revitalizar *Sterling Park Baptist Church* en Virginia. Es el autor de *Church Planting Is for Wimps.*

IX 9Marks
www.9marks.org

ISBN: 978-1-940009-03-2
9 781940 009032